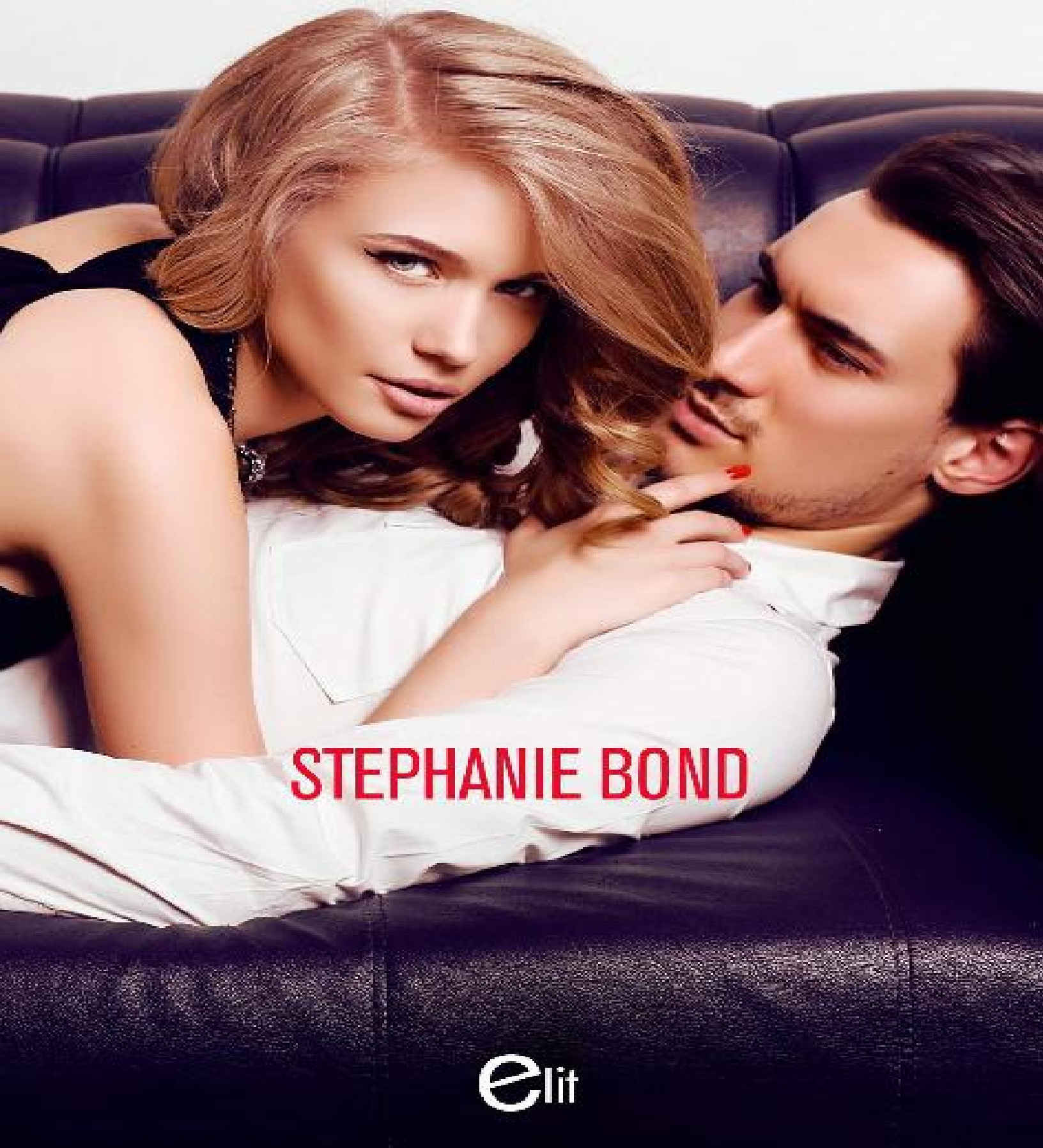


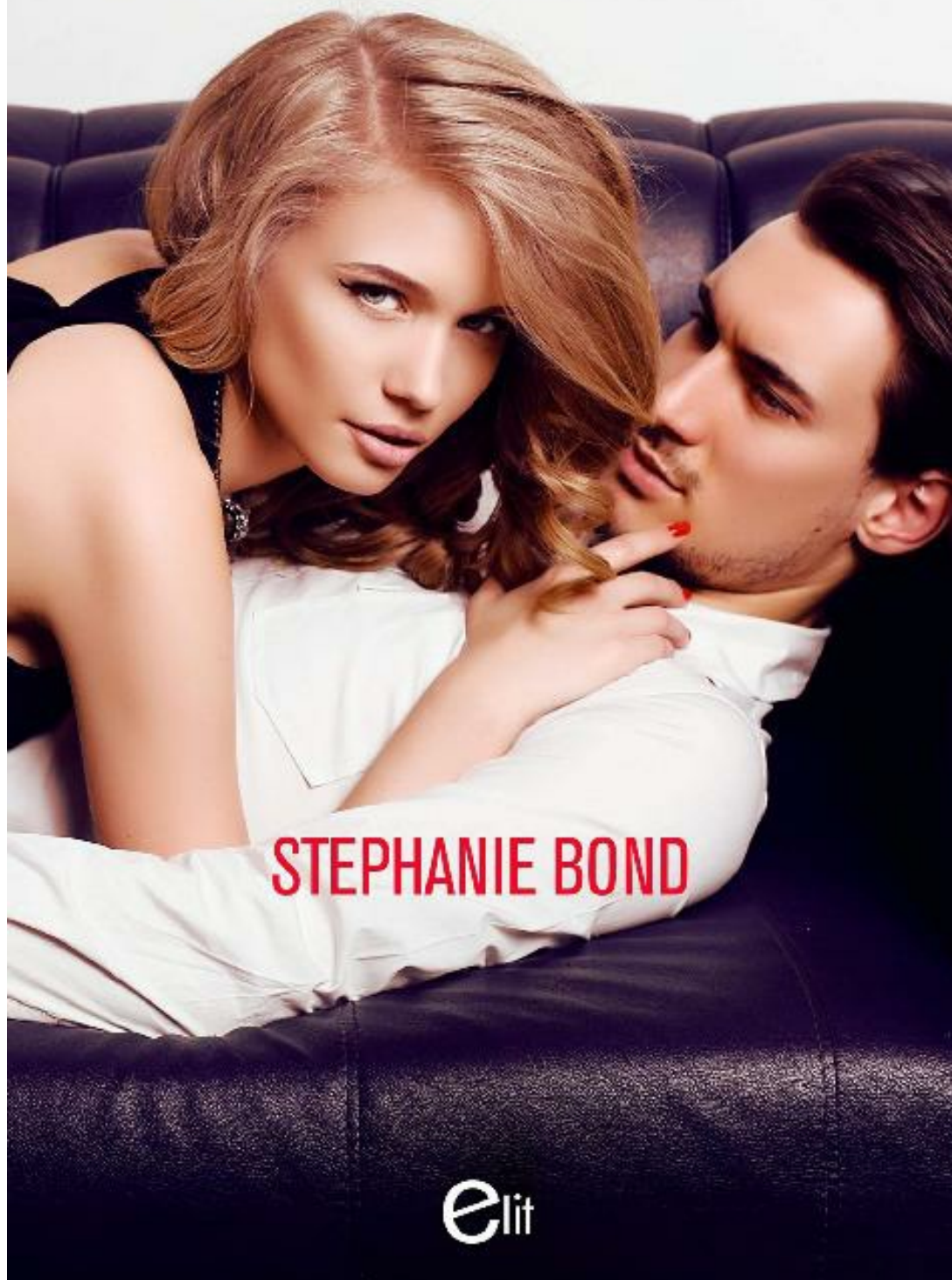
# DESAFÍAME



**STEPHANIE BOND**

eLit

# DESAFÍAME



**STEPHANIE BOND**

eLit

*Tentación*

Desafíame

Stephanie Bond



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2006 Stephanie Bond, Inc.  
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.  
Desafiame, n.º 253 - junio 2014  
Título original: Just Dare Me...  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Tentación y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4376-9  
Editor responsable: Luis Pagni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

# 1

—¿Con quién crees que se acostó para conseguir que la ascendieran?

Gabrielle Flannery dejó de mirar a la atractiva rubia que estaba en el centro de la sala. Era viernes por la tarde y todo el departamento se había reunido para despedirse de ella. Miró extrañada a su compañera Tori.

—Courtney siempre ha sido agradable conmigo. Y contigo también.

Tori se rió.

—Sí, pero sólo porque hemos hecho siempre lo que nos ha pedido. Como dos esclavas.

Gabrielle sacudió la cabeza y siguió observando a Courtney mientras cortaba la tarta. La sala de conferencias estaba tan llena, que ellas se habían tenido que subir a la gran maceta del ficus que decoraba la habitación.

—Pues yo me alegro de que le vaya bien —le dijo Gabrielle en voz baja a su amiga.

—Sí, le va a ir de maravilla. Tendrá un impresionante salario, cuenta de gastos ilimitada, coche de empresa y un despacho con vistas... Los más populares de la empresa se lo llevan todo, mientras que nosotros, los perdedores, estamos cada vez peor...

No le hacía ninguna gracia que la incluyera en esa categoría.

—Estás siendo injusta, Tori. Todos tenemos nuestro papel en esta empresa. Todos tenemos nuestras propias cuentas y clientes —le dijo.

Se le aceleró el pulso al ver cómo el atractivo Dell Kingston se disponía a pronunciar unas palabras en honor a la homenajeadada.

—Claro —repuso Tori—. Por eso las cuentas más interesantes, como los coches de lujo o los perfumes, se las llevan gente como Courtney Rodgers y Dell Kingston, mientras que a nosotras nos tocan cosas como papel higiénico o comida para perros.

Gabrielle estiró el cuello para ver mejor lo que estaba pasando.

—Bueno, ellos tienen más antigüedad en la empresa —murmuró ella sin

pensarlo mucho.

—¿Qué? Esos dos llegaron sólo dos semanas antes que nosotras, Gabrielle —contraatacó Tori—. Y su trayectoria profesional ha despegado desde entonces. Míranos, por favor, ellos son el centro de atención mientras que nosotras estamos aquí pegadas a esta enorme planta. Somos meras espectadoras de su éxito.

Gabrielle se mordió el labio mientras observaba a Courtney y Dell, eran como los reyes del baile, la pareja más popular y atractiva de la empresa.

—Ahora que Courtney se va, Dell va a quedar libre... —le susurró Tori al oído.

—¡No digas tonterías! —repuso Gabrielle sonrojándose.

Se arrepentía de haberle confesado lo que sentía por Dell, pero se alegraba de que Tori no supiera hasta qué punto le gustaba ese hombre. Sabía que no tenía ninguna posibilidad. Creía que él nunca se interesaría por nadie como ella. Sólo la miraba para burlarse y hacer comentarios sobre su pelo rojo y sus pecas.

—Hola a todos —saludó Dell, intentando concentrar la atención de todo el mundo.

No le costó trabajo. Con su conocida sonrisa, consiguió que todos lo presentes lo miraran en silencio. Ese hombre tenía un magnetismo especial. Sus grandes ojos castaños siempre conseguían turbar a Gabrielle y dejarla sin habla.

Dell miró a la bella Courtney.

—Nos reunimos aquí esta tarde, en presencia de estos testigos... —comenzó él antes de detenerse de repente—. ¡No, esperad! No era eso lo que iba a decir. Eso sólo ocurre en mis sueños...

Courtney le dio un juguetón codazo y todo el mundo rió. Incluso Gabrielle, aunque no podía evitar sentir envidia por Courtney Rodgers. Era alta, rubia y preciosa. Una auténtica dama sureña. Esa mujer había usado lo que la naturaleza le había proporcionado para conseguir ascender y llegar a ser directora de algunas de las cuentas más importantes. Y ahora acababa de conseguir un ascenso y un puesto en la central de Nueva York.

Pero tenía que reconocer que la chica trabajaba muy duro y pasaba muchas horas en la Agencia Noble. Claro que no tantas como Tori y ella.

—No, en serio —añadió Dell—. Todos vamos a echar de menos a Courtney y esperamos que tenga mucha suerte en su nueva aventura. ¡Ah! Otra cosa. ¡Me

pido la cuenta de CEG!

Todos rieron de nuevo.

—Esa cuenta debería ser para ti —le susurró Tori al oído.

CEG era una firma de equipamiento para actividades al aire libre. Sus productos se habían puesto de moda y contaban con un famoso actor como imagen de la empresa. Gabrielle había ayudado a Courtney con esa cuenta, había sido lo más importante que había hecho en el mundo de la publicidad. Soñaba con llegar a conocer a Nick Ocean, el atractivo actor que representaba la firma. Creía que su jefe, Bruce Noble, iba a ofrecerle la cuenta después de la marcha de Courtney, pero acababa de darse cuenta de que Dell sería el que conseguiría esa cuenta. Le parecía muy injusto.

Dell dijo algunas cosas más y se despidió de Courtney con un cálido abrazo.

Los miraba sin poder dejar de sentirse distinta. Distinta y perdedora, tal y como Tori había dicho.

Se inclinó hacia delante un poco para no perderse nada de lo que pasaba. Soñaba con ser como ellos y se preguntaba qué tendría que hacer para conseguir ser extrovertida, segura, encantadora... Quería ser lo suficientemente fuerte como para luchar por lo que quería conseguir.

La planta se movió y, con horror, se dio cuenta de que se caía. Se agarró al enorme ficus y cayó al suelo con gran estrépito. Un montón de tierra salpicó su larga falda. Al primer grito de sorpresa lo siguieron las risas. Gabrielle se giró boca arriba y cerró los ojos, rezando para que nadie la mirara, para que continuaran con la fiesta como si nada hubiera pasado.

—¡Dios mío, Gabrielle! La falda se te ha levantado del todo. El señor Noble te está mirando. Ponte de pie. ¡Deprisa! —le susurró Tori.

Las risas aumentaron y ella no se movió. Deseaba que se la tragara la tierra en ese instante.

—¿Estás intentando robarme protagonismo? —preguntó alguien a su lado.

Abrió los ojos y vio a Dell Kingston inclinado sobre ella. Sus ojos de color chocolate la miraban divertidos.

—No —repuso ella cuando recuperó la voz.

—¿Te has hecho daño?

—No.

Alargó la mano y la ayudó a levantarse.

—Aquí no hay nada que ver, amigos —anunció Dell a todo el mundo—.



Venga, id a probar la tarta.

Nunca se había sentido tan humillada. La gente fue poco a poco perdiendo interés en lo que había pasado. El señor Noble la miraba como si estuviera intentando recordar su nombre. Se sacudió la tierra que había manchado su chaqueta beige. La peor parte la había sufrido la falda, del mismo color, que tenía manchas de tierra húmeda.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Dell de nuevo con una sonrisa.

Gabrielle asintió. Se sentía fatal por haber protagonizado un espectáculo tan humillante.

—Lo siento.

—No lo sientas —contestó él riendo—. Has estado escondiendo unas piernas preciosas, Gabby —añadió en voz baja.

No pudo evitar sentirse mejor con el halago, pero odiaba que usara ese diminutivo con ella.

—¡Dell! —lo llamó Courtney desde la mesa de la tarta—. Necesito tu ayuda.

—¡Ya voy! —respondió mientras limpiaba con el dedo un poco de tierra que había caído en la nariz de Gabrielle—. Y cuidado con esas peligrosas plantas.

Tragó saliva después de que la tocara. Nunca lo había tenido tan cerca. Tenía rasgos fuertes y muy masculinos. Su pelo, corto y oscuro, estaba algo despeinado. Eso le hacía aún más sexy. Sus dientes parecían aún más blancos en contraste con su bronceada piel. Sintió el aroma de su colonia. Aunque hubiera querido hablar, no podía hacerlo.

Así que, simplemente, se dio media vuelta y salió deprisa de la sala.

Dell Kingston sonrió al ver salir a la esbelta pelirroja. Creía que a esa mujer se le daba muy bien desaparecer.

Era un poco torpe. La había rescatado de cafeteras que inundaban la cocina, fotocopiadoras que se negaban a funcionar y de una avalancha de carpetas en la sala de material.

Levantó la maltrecha planta y la colocó en su sitio. La moqueta había quedado cubierta de tierra.

Le encantaba meterse con Gabby Flannery. Era un blanco fácil. Conseguía que se sonrojara con sorprendente facilidad y no le respondía como el resto de

las chicas. Parecía obvio que él le gustaba y sonrió al pensar en esa mujer fantaseando con él por las noches.

Le parecía una imagen muy dulce, casi inocente.

Aunque tenía que reconocer que no había nada de inocente en las piernas que su caída había revelado. Como tampoco había sido inocente la reacción de su cuerpo al verlas. Se preguntó qué otros secretos escondería esa pelirroja bajo los puritanos trajes que solía llevar y hasta dónde podría llegar si estaba en los brazos adecuados.

—Dell —lo llamó Courtney de nuevo.

—Ya voy —repuso él, intentando volver a la realidad.

Estaba allí para celebrar la despedida de Courtney. Habían pasado muy buenos momentos entre las sábanas, pero eran incompatibles. Todos salían ganando con su ascenso. Ella conseguía un puesto excelente en la central de Nueva York y él conseguiría la cuenta de CEG. Sin ella, nadie se interponía en su camino. Sabía que Gabby no sería un impedimento y que le bastaría con guiñarle el ojo un par de veces para conseguir que le contara todo lo que habían hecho hasta el momento con ese cliente. Creía que, con un poco de suerte, hasta podía convertirla en su ayudante, de manera extraoficial.

Se le vino de nuevo a la mente la imagen de Gabby Flannery tendida en el suelo, con las piernas al descubierto y ligeramente separadas. Ahora que Courtney se iba, también iba a tener que encontrar un nuevo pasatiempo...

Le pareció de repente muy atractiva la idea de tener en su cama a una pelirroja tímida y miedosa.

## 2

Gabrielle fue de prisa hacia su mesa. Estaba furiosa consigo misma. Había hecho el ridículo delante de todo el mundo. Creía que Tori tenía razón después de todo. Era una fracasada.

—¡Eh! ¡Gabrielle! —la llamó su amiga—. ¡Espérame!

Pero siguió hasta su mesa, recogió el bolso, el maletín y se dirigió hacia los ascensores.

—No ha sido para tanto —le dijo Tori para animarla.

Pero no pudo resistirlo y se echó también a reír.

—La verdad es que me ha encantado, has conseguido eclipsar el momento de Courtney.

Gabrielle suspiró agobiada.

—¡No lo hice a propósito! Fue un accidente.

—No cuando se lo cuente yo a la gente —repuso su amiga con una sonrisa cómplice.

—Me voy a casa.

—Pero es viernes. Se supone que tenemos que trabajar de acomodadoras voluntarias en el Teatro Fox.

El resto de los voluntarios eran jubilados. Creía que su vida social no podía ser más patética.

—No, esta noche no. Te llamaré durante el fin de semana.

—¿Estás bien? —le preguntó Tori agarrando su brazo—. No es la primera vez que haces el ridículo... Bueno, no quiero decir que...

A Gabrielle se le llenaron los ojos de lágrimas. Se miró el traje, sucio y anticuado, y recordó lo que acababa de ocurrir en la sala de conferencias. Había sido un momento horrible y se sentía peor aún por cómo se comportaba delante de Dell. Ese hombre siempre hacía que se sintiera inútil y fea. Estaba a punto de cumplir treinta años, pero se sentía como una adolescente que se hubiera convertido en el hazmerreír del instituto. Se había dado cuenta de que

nunca podría estar a la altura de ejecutivos como Dell Kingston o Courtney Rodgers.

—Que te lo pases bien en el Fox, Tori —le dijo a su amiga.

Fue hacia el ascensor con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

—¡Gabrielle! —la llamó su amiga—. ¡No seas así!

No contestó. Se metió en el ascensor y bajó al vestíbulo. Era verano y hacía mucho calor en Atlanta. Salió a la calle sin dejar de pensar en lo que su amiga acababa de decirle.

«No seas así», le había dicho. No dejaba de pensar en el significado de esas palabras. Estaba harta de que le dijeran que no fuera así. Era como si intentaran convencerla de que no tuviera sueños, de que no se sintiera ofendida cuando la gente se reía de ella.

Se subió al autobús que la llevaría de vuelta a su apartamento.

El calor húmedo e intenso de julio era aún más insufrible con su traje. Se sentía acalorada y sucia. Era viernes y, como todos los viernes, el autobús se quedó pronto atascado en medio del tráfico.

Eso le recordó a su carrera profesional. Ella también se sentía atascada y atrapada, como si no pudiera avanzar.

Le encantaba la publicidad y creía que la Agencia Noble era una de las mejores, pero no tenía grandes esperanzas en cuanto a su futuro profesional. Siempre había pensado que era el tipo de empresa en el que le gustaría trabajar toda su vida. Pero se imaginaba jubilándose sin haber conseguido ascender nunca.

El trayecto hasta su casa se le estaba haciendo eterno. Intentó distraerse con algo para dejar de pensar en su vida. Alguien había abandonado una revista en el asiento de al lado. Lo tomó y comenzó a hojearla. Se detuvo al ver el título de uno de los artículos. Se llamaba *Cambia de mentalidad, cambia tu vida*. Comenzó a leer el texto. Decía que casi todo el mundo pasaba por una etapa de su vida en la que se estancaba y que la única manera de salir de esa etapa y conseguir avanzar era aprovechando toda la energía mental con la que contaba cada persona y aceptando un riesgo.

*Piense en qué es lo que quiere hacer con su vida y persiga ese sueño. ¿Qué es lo peor que le podría pasar? Menos de la muerte, podemos recuperarnos de cualquier cosa, y lo más seguro es que no acabe peor de lo que está. Si se apoya en su talento y en su fuerza interior, lo más probable es*

*que triunfe, de hecho, lo más seguro es que acabe por conseguir su sueño.*

Gabrielle levantó un poco la barbilla y se enderezó. Tenía la extraña sensación de que ese artículo se había escrito para ella.

No recordaba cuándo había sido la última vez que se había arriesgado a hacer algo, que había sentido la sangre correr por las venas. Por las noches, o salía tarde de trabajar o se llevaba trabajo a casa. Y su trabajo ya no la llenaba tanto como al principio. Durante los fines de semana, trabajaba como voluntaria en el Teatro Fox. Allí tenía que llevar un uniforme negro y rojo y mostrarle los asientos a la gente. A cambio, podía ocupar uno de los asientos libres o sentarse en las escaleras y ver gratis todas las obras.

Hacía mucho tiempo que no había salido con nadie. Sólo hablaba con Tori, que solía deprimirla más aún, y con McGee, que ni siquiera era una persona, sino su perro.

No pudo evitar suspirar. La verdad era que la única emoción que tenía en su vida era al cruzarse con Dell Kingston en el pasillo de la agencia o cuando éste tenía que rescatarla de los líos en los que la metía su legendaria torpeza.

Le parecía patético que lo más emocionante que pasara en su vida fuera ver a una persona que ni siquiera sabía que existía. Otras mujeres de su edad, como Courtney, conseguían tener emoción en sus vidas porque hacían algo al respecto, aceptaban el riesgo que implicaba probar algo nuevo.

Decidió que había llegado el momento de tomar el control de su vida. Levantó la barbilla llena de energía.

Pero el caso era que no sabía qué hacer ni por dónde empezar.

Recordó que el artículo recomendaba concentrarse en lo que quería hacer con su vida y perseguir después ese sueño.

Pensó en qué era lo que de verdad quería, en qué la haría feliz de verdad. Quería que la gente la reconociera por sus méritos, que supieran quién era, quería poder demostrar que tenía talento y que era inteligente.

Decidió que lo que quería o necesitaba en ese instante era conseguir la cuenta de CEG.

El autobús se detuvo de pronto y las puertas se abrieron. Había llegado a su parada. Gabrielle guardó la revista en su maletín y bajó del autobús.

—Quiero la cuenta de CEG —dijo en voz alta para hacerlo más real.

Pero una parte de ella le recordó las palabras de Dell Kingston esa misma tarde. Él quería la cuenta y estaba claro que Bruce Noble se la pasaría a él.

No creía que el jefe fuera a darle la oportunidad de encargarse de uno de los clientes más importantes de la agencia y menos aún después del penoso espectáculo que había protagonizado ese día en la oficina.

Pero, por otro lado, y después de la marcha de Courtney, ella era la persona más apropiada para desempeñar ese cargo. Conocía los productos de CEG, incluso había trabajado con los técnicos de la empresa para entender cómo funcionaba cada uno de ellos y conseguir así elaborar los folletos explicativos.

Subió las escaleras hasta el cuarto piso, donde estaba su pequeño apartamento. Ella misma había escalado esos pisos una y otra vez con las botas de CEG, para probarlas y entender cómo funcionaban.

Abrió la puerta y sonrió al encontrarse, como siempre, con la cara de McGee. Se agachó para acariciarlo y le prometió que lo sacaría enseguida de paseo.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido. Su apartamento estaba lleno de cosas. Se había llevado hasta allí tiendas de campaña, sacos, mochilas, botas, equipos de escalada y muchos otros productos de la firma para la que había estado trabajando.

Agarró la pieza de metal que colgaba del cable que tenía colgado del techo. Se dio impulso y se trasladó hasta su dormitorio sin pisar el suelo. Era otro de los productos de CEG, un sistema de cuerdas con un arnés que servía para que los escaladores se desplazaran de un punto a otro de la montaña. En su dormitorio, la cama estaba también cubierta de cajas. Hacía tres meses que no la usaba, el mismo tiempo que había estado probando la comodidad de una nueva tienda de campaña que tenía colocada en el salón. Su propio armario estaba lleno con la ropa de alta montaña de la empresa.

Ella no se había pasado los últimos fines de semana desafiando la muerte con actividades peligrosas como escalada, descendimientos o triatlón. Eso era lo que Dell Kingston decía que hacía. Gabrielle se había pasado las horas examinando detenidamente cada producto, estudiando sus características y sus limitaciones. Estaba convencida de que sabía tanto como él de esos materiales, si no más.

—Quiero la cuenta de CEG —repitió con más fuerza.

McGee ladró con entusiasmo al verla contenta.

Se quitó la ropa lentamente. Tenía la blusa empapada de sudor. El traje no lo dejó en la cesta de la ropa sucia, sino directamente en el cubo de la basura.

Estaba hecho un desastre por culpa de la tierra de la maceta.

Se puso una camiseta y unos pantalones cortos. Intentó recogerse su indomable pelo en una coleta, pero no tuvo demasiada suerte. Su melena tenía sus propias ideas.

Pensó en qué pasaría si su plan no funcionaba.

Entonces, se sentiría humillada y tendría que volver a su pequeño despacho y a las cuentas que le encargaban, las que nadie quería, las de compresas y cremas para las hemorroides.

Pero no creía que eso fuera peor que lo que había pasado en la sala de conferencias esa tarde.

Sólo esperaba poder hablar con su jefe y explicarle por qué ella era la persona más adecuada para seguir con la cuenta de CEG. Rezaba para poder entrar en su despacho con la seguridad que no tenía y conseguir exponer sus ideas en vez de, simplemente, balbucear.

Miró el traje que sobresalía de la basura. McGee lo olisqueaba con suspicacia. Creía que, si iba a sustituir a Courtney, iba también a tener que parecerse un poco más a ella. Tendría que mejorar su vestuario un poco. O mucho.

Gabrielle abrió el armario y sacó un traje verde claro que su madre le había regalado por su cumpleaños. Fiona Flannery era una exuberante pelirroja que estaba siempre intentando que su hija sacara mayor partido de su exótico cabello. Le mandaba de vez en cuando ropa y maquillaje que Gabrielle no se había atrevido aún a usar.

Se colocó el traje delante de ella y se miró en el espejo del armario. El tejido era suave y el color hacía que resaltaran sus ojos verdes. La chaqueta era entallada y sexy. La falda era bastante más corta de las que solía llevar.

Sus piernas eran muy blancas. Recordó el comentario de Dell y no pudo evitar sonrojarse de nuevo. Estaba segura de que lo había dicho para reírse de ella, para intentar hacer que se ruborizara, pero le gustaba pensar que podía haber algo más, que quizás la había mirado con ojos masculinos.

Se preguntó qué haría Dell cuando supiera que quería hacerse con la cuenta. Creía que, más que sentirse amenazado, se echaría a reír.

Pero recordó que no perdía nada, siempre podía volver a ser la misma Gabrielle Flannery de antes, invisible y tímida.

Le puso a McGee la correa y sacó la revista de su maletín. Ya estaba lista para dar un paseo. Era un perro increíble, pero tan lento, que podía leer

mientras lo sacaba de paseo. Decidió que aprovecharía el tiempo para leer con más detenimiento el artículo. El título principal era *Descarga de adrenalina*, creía que eso era lo que necesitaba en su vida.

*Ante una situación que puede llegar a resultar complicada, lo mejor es visualizar la escena e intentar imaginarse con anterioridad todos los posibles contratiempos, así se puede uno preparar para reaccionar si surge algún problema. Escriba un guión y practique lo que va a decir hasta que pueda hacerlo con autoridad y confianza.*

Eso era lo que tenía que hacer. Visualizar y practicar. Cerró los ojos e intentó imaginarse cómo sería el lunes su encuentro con Bruce Noble. Pensó que entraría con seguridad en su despacho. Iba a llamarlo por su nombre de pila y decirle con entusiasmo que quería... No, le diría que se merecía la cuenta de CEG.

Lo que más le costaba era visualizar la cara de Bruce Noble. Su rostro reflejaba incredulidad y recelo ante su propuesta.

Pero mientras subía las escaleras de vuelta a su piso, se le ocurrió una idea. Abrió la puerta y fue directamente a su maletín, donde tenía el anuario de la empresa. En una de las páginas había una foto de la cara de Bruce, era casi de tamaño natural y estaba sonriendo. Arrancó la hoja y la pegó a un trozo de cartón, después recortó el contorno y, con una goma, se la colocó a McGee en la cara.

—Muy bien, precioso. Muchas gracias por tu ayuda.

Gabrielle se alejó unos metros para mirar la cara sonriente de su jefe.

—Señor Noble, vengo a decirle que quiero la cuenta de CEG.

McGee ladró y comenzó a moverse muy inquieto.

—¿Que por qué? —repuso ella mientras se colocaba el traje verde frente a su cuerpo—. Porque he estado colaborando en la elaboración de las campañas de esa empresa durante dos años. Conozco los productos, he escrito casi todos los folletos que se han hecho sobre CEG y...

McGee ladró de nuevo, parecía querer animarla.

Se quitó la goma y se pasó las manos por el pelo, soltándose su salvaje melena.

—Y porque me merezco esta oportunidad, Bruce. Le he dado a esta agencia seis años de mi vida y soy buena en mi trabajo. Tan buena como Dell



Kingston. Y estoy cansada de que no se me tenga en cuenta.

Recordó la sonrisa burlona de Dell mientras le ayudaba a levantarse del suelo esa tarde. Volvió a sentir la misma humillación. Él también se había reído de ella, como todos.

Pero decidió que todo iba a cambiar. A partir de ese lunes por la mañana, todos iban a saber quién era Gabrielle y no por su torpeza, sino por su valía.

### 3

Dell apretó el botón del ascensor mientras tomaba un sorbo de su café.

Necesitaba despertarse cuanto antes. El día anterior había ido a montar en bicicleta por el campo y se había pasado toda la tarde escalando. Había disfrutado del ejercicio, a pesar del calor, pero esa mañana se había levantado con todo el cuerpo dolorido.

Saludó al guardia de seguridad con la cabeza. Era la única persona que había en el vestíbulo a esa horas. Pero Bruce Noble solía llegar a la oficina antes de que la mayor parte de los empleados se despertaran y Dell había decidido que lo mejor era hablar con él cuanto antes y pedirle que le pasara la cuenta de CEG.

Era una formalidad, sabía que la cuenta era suya. Era uno de los ejecutivos con más antigüedad en la empresa y había tenido una trayectoria brillante. Además, CEG era perfecto para él, porque se pasaba la mayor parte de su tiempo libre realizando todo tipo de actividades al aire libre.

Por otro lado, quería llenar su currículum con cuentas importantes. Sólo así conseguiría el éxito y la posibilidad de retirarse joven.

Aunque sabía que tenía la cuenta de CEG en el bolsillo, no quería parecer presuntuoso. Creía que lo mejor era seguir el protocolo esperado e intentar convencer a Noble de que él era el ejecutivo más adecuado para esa cuenta.

Se abrió el ascensor y entró dentro. Oyó un femenino taconeo detrás de él, un sonido que siempre conseguía acelerar su pulso.

—¡Espere! —gritó la mujer.

Le dio al botón para que las puertas se mantuvieran abiertas y levantó la vista. Cruzaba el vestíbulo una mujer de piernas largas. Un elegante y sexy traje verde resaltaba su esbelta figura y sus largas piernas parecían kilométricas gracias a sus zapatos de tacón. Le encantaban los zapatos de tacón.

—Gracias —murmuró la joven al entrar en el ascensor.

Tomó otro sorbo del café para disimular mientras estudiaba a la belleza que tenía a su lado. Su pelo era espectacular. Parecía estar en llamas.

No sabía qué le pasaba últimamente con las pelirrojas.

De hecho, creía que esa mujer le recordaba a... Pero iba impecablemente vestida y maquillada y su postura estaba llena de confianza. No podía ser...

—¿Gabby? —preguntó atónito.

Ella se giró hacia él y levantó las cejas expectante. Sus ojos eran espectaculares. Nunca había visto una mirada verde como aquélla.

—¿Sí?

Increíble. Estaba claro que había visto antes esos ojos, después de todo. Pero sus pestañas le parecían más largas, su boca más sensual y apetitosa.

—Estás... Estás... ¡Vaya! —tartamudeó Dell.

La joven se ruborizó ligeramente. Eso le demostraba que era de verdad ella.

—¿Vas a darle al botón o no? —preguntó ella impaciente.

Se sintió como un tonto. Y presionó el botón tres veces hasta que el ascensor comenzó a moverse.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó él para intentar recobrar la compostura.

—Bien, gracias.

Gabby tomó un mechón de su pelo y lo colocó tras su delicada oreja.

Intentaba no mirarla con descaro mientras subían, pero no podía dejar de hacerlo. La transformación le parecía milagrosa. Había pasado de patito feo a sexy cisne en un par de días.

Sintió una ola de deseo recorrer su cuerpo y concentrarse en su entrepierna. De repente, se dio cuenta de que iba a ser mejor de lo que esperaba tener a Gabby como ayudante en la cuenta de CEG. Se imaginó que ella también estaba pensando en ayudarlo con ese cliente y que por eso se había arreglado tanto esa mañana.

Se abrió el ascensor y ella salió primero.

—Gabby...

—¿Sí?

—Quería hablarte de la cuenta de CEG.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, voy a necesitar algo de ayuda con ella —le dijo con su sonrisa más encantadora—. Y sé que Courtney valoraba mucho tu colaboración...

Gabby apretó los labios. Él se dio cuenta de que Courtney no debió nunca

de comentarle hasta qué punto apreciaba su ayuda.

—Tengo la esperanza de que quieras compartir tu experiencia conmigo, ahora que voy a hacerme cargo de la cuenta...

Gabrielle entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Te ha dicho el señor Noble oficialmente que te ha asignado esa cuenta?

—Bueno, oficialmente no. No aún —contestó él—. De hecho, para eso he venido hoy tan temprano, para hablar con él de ese tema.

Gabrielle sonrió.

—¡Qué coincidencia! —repuso ella mientras se giraba y comenzaba a andar por el pasillo hacia el despacho del director.

Dell se quedó absorto. Estaba demasiado concentrado en aquellas curvas como para entender lo que acababa de decirle.

Abrió los ojos como platos cuando recordó sus palabras. Pero no podía creérselo. Le parecía ridículo que pensara que podía hacerse con...

No pudo evitar sentir pánico al darse cuenta de que Gabrielle no iba hacia su mesa, sino hacia el despacho de Bruce Noble.

Gabrielle se detuvo frente a la puerta del despacho de su jefe. Respiró profundamente y llamó con los nudillos. Aún estaba algo nerviosa después de su encuentro con Dell, pero tenía que concentrarse en su objetivo.

—Pase —dijo Bruce desde dentro.

Se imaginó el rostro sonriente de Bruce Noble que la había seguido durante todo el fin de semana por su apartamento. McGee la había ayudado mucho y se veía capaz de enfrentarse a su jefe.

—Buenos días, Bruce —saludó al entrar.

Su jefe la observó unos instantes, intentando reconocerla.

—¿Señorita Flannery?

—Espero no molestarte.

—Eh... No. Dime qué es lo que quieres.

Miró su cara sonriente y se dispuso a decirle lo que había ensayado más de cien veces.

—Bruce, quiero la cuenta de CEG.

Se preparó para soportar con entereza su reacción. No sabía si se reiría de ella, si se sentiría confuso o qué iba a pasar. Pero Bruce se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—La cuenta de CEG. Tengo que admitir, Gabrielle, que es una sorpresa que me lo pidas. Pero no una sorpresa desagradable.

Alguien llamó rápidamente a la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió. Era Dell Kingston.

—Buenos días, Bruce.

No podía creer que los interrumpiera así. Se sentía indignada.

—Buenos días, Dell. La señorita Flannery y yo estábamos hablando de la cuenta de CEG.

Vio pánico en los ojos de Dell, pero pronto se sobrepuso.

—Me alegro, porque estaba pensando que Gabrielle debería ser la ayudante en esta cuenta. Creo que se merece el puesto.

Bruce lo miró intrigado.

—¿En serio?

—Por supuesto —repuso Dell con generosidad.

—Bueno, Gabrielle piensa que ella debería ser la encargada de la cuenta.

Dell se echó a reír.

—No quiero ofender a nadie, Bruce, pero no creo que Gabrielle esté preparada para hacerse cargo de un cliente tan exigente como CEG.

—¿No querrás decir «importante»? ¿Un cliente tan importante como CEG?  
—intervino ella.

Dell asintió y la miró con intensidad. Sintió cómo comenzaba a ruborizarse. Aquellos ojos estaban a punto de conseguir, como hacían siempre, que se quedara sin habla. Pero esa vez no estaba dispuesta a callarse. Apartó la vista de Dell y se concentró en su jefe.

—He dedicado seis años de mi vida a esta agencia —dijo con seguridad—. He diseñado campañas para algunos de los productos más extraños, difíciles y delicados del mercado, y los clientes siempre han estado satisfechos.

Bruce asintió, parecía estar de acuerdo. Y ella se contuvo para no acariciar su cabecita como había hecho con McGee durante todo el fin de semana.

—Quiero esta cuenta —añadió, levantando la barbilla—. Conozco los productos mejor que nadie. He diseñado las campañas de prensa y escrito casi todo lo que se ha publicado sobre sus artículos durante los últimos años. Y he colaborado en la elaboración de su tienda en Internet.

—Bueno, el trabajo de despacho es una cosa, Bruce, pero tú conoces mejor que nadie a la gente de CEG. Son hombres que adoran las actividades al aire libre, igual que yo. Cuando no estoy en la agencia, estoy atravesando el monte

en bicicleta, escalando o andando campo a través. Sabes que vivo para eso.

Bruce miró de nuevo a Gabrielle. Parecía esperar a que contestara.

Tragó saliva antes de hablar.

—He desgastado las escaleras de mi edificio probando las botas y mochilas de CEG. Y, durante los últimos tres meses, he dormido en una de sus tiendas de campaña. La tengo instalada en mi salón.

Los dos hombres la miraron atónitos, pero el teléfono de Bruce sonó en ese instante. Miró la pantalla y se disculpó.

—Perdonadme un momento, pero es una llamada importante —les dijo.

Gabrielle fue hacia la puerta, pero Dell fue más rápido. La abrió y la sostuvo así para que pasara ella primero. Le lanzó una mirada asesina y salió al pasillo.

Había mucha tensión en el ambiente. Intentó tranquilizarse y convencerse de que lo había hecho muy bien. Estaba contenta. Bruce no se había reído de ella ni le había pedido que saliera de allí. Tampoco le había recordado que todos habían visto su ropa interior el viernes anterior.

Oyó la risa de Dell a su lado y lo miró.

—Venga, Gabby, no creerás que Bruce te va a dar la cuenta, ¿verdad? ¿Por qué no te concentras en los productos de higiene femenina y dejas la cuenta de CEG para alguien que de verdad puede hacerse cargo de ella?

El corazón se le encogió en ese instante. Se dio cuenta de que él la veía como alguien torpe e incompetente. Y que las bromas y comentarios no habían tenido otro fin que reírse de ella.

Dell estaba convencido de que ella no era capaz de competir con él. Creía que no estaba a su nivel. Se alegraba de que no supiera hasta que punto él le gustaba, creía que eso sólo conseguiría darle más motivos para burlarse de ella.

Se sentía estúpida y herida. Estaba a punto de romperse en mil pedazos, pero no iba a darle esa satisfacción.

—Me llamo Gabrielle, no Gabby. E, independientemente de lo que Bruce decida hacer con la cuenta, no vuelvas a hablarme así. No soporto que me traten con condescendencia —repuso entre dientes.

Vio algo en su mirada que no reconoció. Pensó que quizás fuera odio o resentimiento.

Bruce abrió la puerta de repente y les pidió que volvieran a entrar.

Esperaba que no le fallasen las fuerzas y pudiera estar a la altura. Creía que

el artículo que había leído le había producido una sensación de seguridad que no sabía si era real o si podría venirse abajo en cualquier momento.

Se dio cuenta de que, si Dell conseguía la cuenta, se vería obligada a trabajar a sus órdenes y que la situación sería muy tensa después de ese día.

—Acabo de hablar con Eddie Fosser, por teléfono. Es, como sabréis, uno de los directivos de CEG. Ellos también están deseando saber quién va a hacerse cargo de la cuenta. Así que le he explicado mi dilema —dijo Bruce mirando primero a Dell—. Le he dicho que tengo, por un lado, a un ejecutivo con más experiencia que encajaría a la perfección en el ambiente de CEG.

Dell sonrió. Pero para ella estaba claro que si encajaba era sólo porque era un hombre.

—Y que, por otro lado, tengo a una publicista que conoce muy bien los productos del cliente y a la que parece que se ha pasado por alto en anteriores ocasiones.

Gabrielle sonrió. A lo mejor su jefe iba a hacer lo correcto, después de todo.

—Así que, hemos charlado y Eddie ha sugerido algo que puede daros la oportunidad de probar vuestro talento.

Dell y ella se miraron extrañados. Se sintió mejor al comprobar que él también estaba sorprendido y que no conocía a Bruce tan bien como pensaba.

—CEG patrocina un viaje de supervivencia este fin de semana. Es en las montañas de Georgia y asistirá el actor que los representa. Eddie estará allí y también otros directivos de la empresa. Se trata de una competición que sirve de excusa para mostrar sus productos. Cada participante irá acumulando puntos durante el fin de semana. Eddie me ha sugerido que se lleve la cuenta el que consiga más puntos de los dos.

Los dos se quedaron en silencio.

—¿El concurso se basa en habilidad atlética? —preguntó Dell con una sonrisa mientras la miraba.

—Bueno, la habilidad física ayuda, desde luego —les dijo Bruce—. Pero creo que la competición premia la voluntad de sus concursantes y su capacidad para actuar con lógica. Esto os dará la oportunidad de conocer a Eddie y a los otros directivos. Creo que es una idea fantástica. Tendrá lugar en el Parque Natural de Amicalola Falls. Os iríais el jueves y volveríais el lunes. ¿Qué os parece?

Gabrielle se sintió atrapada. Iba a tener que competir con Dell en una

prueba de supervivencia al aire libre. Se le ocurrían mil maneras de que se riera de ella en esas circunstancias.

—A mí también me parece una idea excelente —dijo Dell, mirando después a Gabrielle con gesto victorioso—. Pero si no te apetece algo así, dínoslo y podemos volver al acuerdo original. Yo me encargo de la cuenta y tú puedes ser mi ayudante.

Tragó saliva y recordó *Descarga de adrenalina*, el artículo que había leído en la revista.

Dell inclinó la cabeza hacia ella y le susurró al oído.

—Venga, Gabrielle. ¿A que no te atreves?

Sus palabras desafiantes le dieron el empujón que necesitaba. Le gustaba que, por una vez en su vida, Dell compitiera con ella al mismo nivel.

El artículo hablaba de momentos así, cuando la vida de una persona, su presente y su futuro, parecía concentrarse en una decisión que tenía que tomarse siguiendo un impulso o confiando en las fuerzas de cada uno.

Miró a Dell Kingston sin pestañear. Sus ojos chocolate la distrajeron una décima de segundo, pero pudo responder.

—¿A que sí?

Dell sonrió y alargó su mano.

—Entonces, que gane el mejor. O la mejor.

Miró su enorme mano antes de aceptarla y tragó saliva al sentir sus dedos alrededor de su mano. Dell la miró de arriba abajo, estudiando el impecable exterior que había tardado todo el fin de semana en construir. Era una fachada de falsa seguridad que amenazaba con romperse cuando él la miraba de ese modo. Como un hombre mira a una mujer.

Se dio cuenta de que acababa de aceptar pasar nada menos que cuatro días en el bosque con ese hombre.

Cuatro días y cuatro noches.

Creía que, de todos los peligros de un bosque, Dell Kingston era el que suponía la mayor amenaza para su persona.



—Sigo pensando que te has vuelto loca —le dijo Tori—. Primero, apareces completamente distinta, convertida en una ejecutiva de altos vuelos, con tacones y todo, y ahora aceptas ir a esa ridícula competición con... Con ese hombre.

—Ya lo hemos hablado —le dijo Gabrielle mientras le ponía el perro en los brazos—. Tengo que hacer esto para conseguir la cuenta de CEG.

—No sé por qué es tan importante para ti esa estúpida cuenta.

Se dio cuenta de que su amiga se sentía algo abandonada y le puso una mano en el hombro.

—Tori, tú fuiste la que me dijiste en primer lugar que te parecía injusto que Dell Kingston se quedara con la cuenta de CEG. Lo único que estoy haciendo es luchar por lo que creo que me pertenece.

Pero su amiga no parecía satisfecha.

—He visto reportajes sobre este tipo de concursos de supervivencia. Te engañan haciéndote creer que vas a disfrutar de unos días románticos en el campo y de una noche estrellada alrededor de un fuego de campamento. Pero, cuando llegas allí, descubres que tienes que correr para salvar la vida y librarte de algún loco que te persigue con un arco.

—Creo que ves demasiada televisión. Además, te aseguro que nadie va engañado con ningún tipo de ideas románticas. Yo estoy preparada para lo peor, tener que comer insectos, colgarme de acantilados...

—Compartir una tienda de campaña con Dell Kingston.

Gabrielle la miró atónita.

—¿Qué? ¿Y crees que soy yo la que me he vuelto loca?

—Eso es lo que dice todo el mundo en la oficina —le confesó Tori con complicidad—. Dicen que Dell va a conseguir la cuenta de CEG y también acostarse contigo.

No podía creerlo. Estaba furiosa.

—Bueno, pues se equivocan. Diles que no es así, Tori.

—Ten cuidado, Gabrielle. Sé lo que sientes por Dell y...

—Yo no...

—Sé lo que sientes por Dell y no quiero que hagas nada de lo que después tengas que arrepentirte, eso es todo.

Gabrielle inspiró profundamente para intentar calmarse. No quería que los comentarios de su amiga afectaran aún más el maltrecho estado de sus nervios. Iba a tener que ir hasta allí en el coche con Dell. Hasta ese día, nunca se había arrepentido de no tener un coche propio. Cerró los ojos para dejar de pensar en sus ojos color chocolate y en cómo consiguió convencerla para que fuera. Había sido todo una apuesta infantil, un desafío entre dos niños.

—Confía en mí —le dijo con vehemencia—. Dell Kingston no tiene otro objetivo este fin de semana que no sea conseguir más puntos que yo y hacerse con la cuenta.

—Sí, claro. Mientras no quiera conseguir esos puntos contigo...

Se frotó las sienes con los dedos. Lo último que necesitaba era que su mejor amiga no confiara en ella y le hiciera todos esos comentarios.

—¿Seguro que no te importa cuidar de McGee?

—Claro que no. Estaremos muy bien juntos hasta que vuelvas. Oye, ¿te habías dado cuenta antes de que tu perro se parece un poco al señor Noble?

—¿Eso crees? —preguntó mientras se ponía las gafas de sol y comenzaba a bajar las escaleras—. Bueno, te llamaré si mi móvil tiene cobertura en las montañas.

—¡Buena suerte! —le gritó Tori desde el rellano de su piso—. Consigue un autógrafo de Nick Ocean para mí. ¡Y cierra con candado la cremallera de tu tienda!

Dell miró su reloj una vez más y volvió a contemplar la entrada de la estación de tren. Pensó que a lo mejor no la había visto, pero le parecía improbable. Su color de pelo le habría llamado la atención.

Con la mala suerte que tenía esa chica, se la imaginó caída en las escaleras de algún sitio o algún otro tipo de accidente. Creía que no iba a poder superar ese fin de semana sin romperse el cuello.

Admiraba a Bruce, creía que había sido muy inteligente al sugerir esa competición. No podía decirle que no a Gabby directamente, sabía que eso

haría que los de Recursos Humanos se le echaran encima. Así que los había empujado a participar en una competición de la que él era el claro ganador.

Gabby había estado a punto de echarse atrás y retirarse del juego, lo había visto en sus ojos. No entendía aún por qué había querido retarla para que aceptara el desafío. Había algo en ella que siempre le había llamado la atención, incluso antes de que dejara de ser el patito feo de la oficina. Su obstinada independencia siempre lo había empujado a meterse con ella. Le intrigaba mucho su valentía. Podía haber salido del despacho de Bruce con la cuenta de CEG en el bolsillo, pero creía que si Gabby perdía de manera oficial se sentiría mejor y podría acceder finalmente a ayudarlo con ese cliente. Y así podría también llegar a llevarse bien con él.

Sólo había un problema...

Vio algo rojizo que llamó su atención. Por supuesto, era Gabby. Llevaba pantalones beige, una camiseta blanca y su rebelde melena recogida en una coleta. Parecía costarle permanecer erguida con su gran mochila a los hombros. Tenía un aspecto muy joven y vulnerable. Pero también tremendamente sexy...

El problema que le había preocupado toda la semana lo atacó con la fuerza de una locomotora, haciendo que se moviera inquieto en el asiento. Siempre le había llamado la atención esa chica, pero durante los últimos días su interés había crecido mucho. Cada vez que la veía con sus ajustados trajes y cortas faldas sentía una ola de deseo dominar su mente y su cuerpo.

No sabía cómo iba a conseguir mantener las distancias estando a su lado durante cuatro días en medio de la naturaleza.

Salió de su todoterreno y la saludó con la mano. Gabby sonrió y levantó también la mano, pero el rápido movimiento hizo que perdiera el equilibrio y aterrizara sobre la acera con su trasero.

No podía creer que fuera tan torpe. Cruzó la calle para ayudarla.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras le quitaba las correas de la mochila e intentaba ignorar que acababa de rozar sus pechos.

La ayudó a levantarse y se puso su mochila.

—¡Dios mío! ¿Qué llevas aquí? ¿Un cadáver?

—No, pero he intentado que no se me olvidara nada.

—¿A qué te refieres? ¿A tus tacones altos y el maquillaje?

—No —repuso ella frunciendo el ceño.

Cruzó de nuevo la calle de camino a su coche. Ella lo seguía.

—Llegas tarde. Vamos, tenemos que ponernos en camino cuanto antes.

—Lo siento. He tenido que ir a casa de Tori para dejarle mi perro y todos los trenes han llegado con retraso.

—¿Qué tienes? ¿Uno de esos perritos miniatura?

Ella se echó a reír.

—McGee es un bulldog y no creo que le gustara que lo llamaran «perrito miniatura».

—Me gusta su nombre —repuso él con sorpresa.

No se esperaba que tuviera un perro con tanta personalidad. Él siempre había querido tener un perro, pero viajaba demasiado como para poder cuidar de uno. Al menos, eso era lo que utilizaba como excusa.

Metió la mochila de Gabby en el maletero, al lado de la suya, que era mucho más pequeña y ligera. Llevaba años acampando y sabía qué era lo indispensable.

—Esa amiga tuya... ¿Tori? Es un poco sombría y triste, ¿no?

—Tú tampoco le gustas —repuso ella mientras se metía en el coche y cerraba de un portazo.

—Yo no he dicho que no me guste.

—No pasa nada. Estamos acostumbradas.

—¿A qué?

—A que nos ignoren los ejecutivos de cuentas.

—¿Eso no es verdad! No ignoramos a los publicistas con menos experiencia.

—¿No? A ver, ¿cómo se llama el chico que se sienta en la mesa que está junto a la mía?

—¿El nuevo?

—¿Lleva allí cinco años!

—¿Ah, sí! —repuso mientras intentaba recordar la cara de ese tipo—. Se llama Mike... Mike no sé qué más.

—¿Sí! Casi aciertas. Se llama Oscar White. Es un tipo muy majo, tiene dos niños y se pasa unas setenta horas semanales en la agencia.

—Bueno, no sé. Supongo que no nos hemos visto mucho.

Ella se quedó callada y con los labios muy apretados.

Encendió el motor e intentó un nuevo acercamiento mientras sacaba el coche del aparcamiento.

—¿Vives por aquí?

—No, ahora venía de casa de mi amiga. Vivo por el centro.

—¿En serio? Yo también.

—Lo sé. Te he visto en el supermercado algún domingo por la mañana.

—¿De verdad? ¿Y por qué no me has saludado nunca?

—Bueno, siempre estabas acompañado de alguna mujer. De Courtney o... O de otras.

Su comentario hizo que se sintiera incómodo y, sin saber por qué, se imaginó a Gabby en su cama, despertándose a su lado un domingo por la mañana y yendo juntos a comprar el periódico y un poco de zumo. Esa imagen estuvo a punto de conseguir que se pasara la salida de la autopista que tenían que tomar para ir a las montañas.

—También te he visto en el Teatro Fox —le confesó ella.

—¿En serio? ¿Estás allí pluriempleada?

—Trabajo allí como acomodadora voluntaria.

—¡Vaya! Pensé que los jubilados eran los únicos que hacían ese tipo de cosas.

Se arrepintió de sus palabras antes de cerrar la boca de nuevo.

—Los jubilados y yo —repuso ella.

No sabía cómo lo hacía, pero esa chica no dejaba de sorprenderlo y hacía que se sintiera como un prepotente nuevo rico.

—Bueno, supongo que es una manera genial de ver todas las obras.

Ella asintió y se giró para mirar por la ventana. No había pensado en cuánto ganaría, pero recordó que no le sobraba el dinero antes de convertirse en ejecutivo de cuentas. Desde luego, no habría podido costearse entradas para el teatro.

—¿Cuántos años tienes, Gabby?

Ella lo miró con algo de desprecio en la mirada.

—De verdad, no me gusta que me llames así.

—¿Por qué no? A mí me parece un nombre muy dulce.

—Pero no quiero ser dulce, quiero que se me tome en serio —repuso ella enfadada—. ¿Es que crees que no sé lo que todo el mundo piensa en la agencia?

—¿Qué es lo que piensa todo el mundo?

—Que este concurso es una tontería, que nunca voy a conseguir ganarte en una competición de supervivencia en medio del campo.

Él creía que era en parte culpable de que sus compañeros de la agencia

pensaran así.

—Bueno, parece que Bruce no está de acuerdo.

Pero se sintió mal al darle falsas esperanzas. Estaba claro que él era muy superior. La joven casi no podía ni con su mochila.

Ella se quedó de nuevo callada, observando el paisaje de Georgia que iban atravesando desde la autopista. No le gustaba que estuviera en silencio, era la primera vez que deseaba que su acompañante hablara.

—¿De dónde eres? —le preguntó después de unos minutos.

—Crecí en un pueblo bastante pequeño de las afueras de Chattanooga.

No le extrañaba nada que no fuera una chica de la gran ciudad, no le pegaba en absoluto.

—Suena bastante bien. ¿Tus padres aún viven allí?

Ella asintió y no añadió nada más. Cuando se dio cuenta de que no iba a ofrecer voluntariamente ninguna información, decidió hablar de sí mismo.

—Yo crecí en Washington, en la capital.

—Ya lo sé. Colaboré en la recopilación de información para elaborar las biografías de los ejecutivos de cuentas que salen en el anuario. Tus padres trabajan en el Pentágono y tú tienes un máster de negocios por la Universidad de Emory.

Lo que su biografía no decía era lo defraudados que se habían sentido sus padres cuando vieron que no le gustaban la política ni los tribunales. Creían que podía haber hecho más de lo que hacía.

Pero lo que estaba claro era que ella sabía más de su vida que él de la de ella. No era algo que soliera molestarle. Pero, por alguna razón, con ella sentía curiosidad de saber más.

Después de lo que le había pasado la semana anterior en la sala de conferencias, le extrañaba que hubiera tenido la valentía de volver por la oficina, creía que muchos se lo habrían pensado dos veces antes de ir. Pero ella, no sólo había vuelto con la cara bien alta, sino que además había tenido la osadía de ir al despacho de Bruce y pedirle que le ofreciera una de las cuentas más importantes de la agencia.

—Creo que son unas dos horas de viaje hasta el parque nacional —dijo él.

—De hecho, son casi tres —repuso ella mientras sacaba unos papeles de un bolsillo—. No me oriento muy bien, pero leí con mucho cuidado la información que Bruce nos dio.

No le extrañó nada.

—Entonces, ¿por qué no me cuentas qué es lo que nos espera?

—Bueno, las instrucciones no son muy específicas. Sólo dice que llevemos todo lo necesario, estudiemos el parte meteorológico antes de ir y que estemos preparados para cualquier cosa.

El parte meteorológico. Miró preocupado el cielo. A lo mejor debería haber leído esos papeles, después de todo.

—Un guía nos recibirá en el parque y nos dará más instrucciones —añadió Gabby—. Dice que somos diez los participantes. ¿Conoces a Nick Ocean?

Le hizo la pregunta con los mismos ojos que ponía Courtney cuando le hablaba de la estrella de cine.

—Lo he visto un par de veces durante presentaciones de la empresa.

—¿Cómo es? En pantalla parece tan masculino...

Dell se encogió de hombros. Estaba incómodo con aquella conversación.

—No sé... Supongo que lo es.

—Tori quiere que le dedique un autógrafo.

—Bueno, pero ten cuidado con él. He oído que le gusta seducir a jovencitas.

—¿Qué curioso! —repuso ella mirando de nuevo los papeles—. He oído lo mismo de ti.

Frunció el ceño. Estaba a punto de defenderse cuando empezó a sonar su teléfono móvil. Encendió el dispositivo de manos libres para no tener que soltar el volante.

—¿Diga?

—Hola, guapo. Soy yo, Courtney.

Miró de reojo a Gabby. No parecía estar prestando atención, pero sabía que era imposible no oír la conversación.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa!

—He llamado para desearte suerte con tu fin de semana salvaje —repuso la mujer riendo.

Aquello era muy embarazoso.

—Ehh... Gracias. Vamos ahora mismo de camino.

—¿Vamos?

—Sí. Gabby, o sea, Gabrielle está aquí conmigo.

—¡Ah!

—No tiene coche.

—Ya... —repuso ella con bastante intención—. Bueno, supongo que ella se

sentirá en casa en medio del bosque. Ya hemos visto cuánto le gustan las plantas —añadió riendo.

—Courtney —intervino él muy incómodo—. Estás hablando por el altavoz del coche.

—¡Oh! Lo siento, Gabby.

Pero no parecía arrepentida de lo que había dicho.

—Bueno, ¿qué tal todo por Manhattan?

—Genial. Mi apartamento es fabuloso, igual que las vistas desde mi despacho. Y los hombres creen que mi acento sureño es muy exótico.

—Me alegro —contestó él sin mucho interés.

—Bueno, tengo que irme. Pasadlo bien este fin de semana —se despidió con voz cantarina y pícaro—. No hagáis nada que yo no haría.

Desconectó el teléfono de mala gana, no le habían hecho gracia los comentarios de Courtney. Había sido insensible con Gabby y había ido demasiado lejos implicando que, sólo porque iba a pasar un fin de semana con una persona del sexo opuesto, iba a tratar de seducirla.

—Lo siento —le dijo.

Gabby no respondió y siguió leyendo. Eso sólo consiguió que se enfadara más aún. No entendía por qué no quería hablar con él. Estaba simplemente sentada a su lado, desprendiendo un aroma ligero y afrutado que le hacía pensar que a lo mejor sabía tan bien como olía.

Se preguntó si ella sabría lo atractiva que era, si la habrían besado apasionadamente alguna vez y si habría tenido sus fabulosas piernas alrededor de un hombre que supiera de verdad cómo dar placer a una mujer.

Pero esos pensamientos no llevaban a ninguna parte. Desesperado, se pasó la mano por la cara. Tenía que controlarse. La miró y observó su perfil.

Era una mujer mucho más tentadora de lo que pensaba.

Estaba sufriendo lo indecible y aún no habían llegado allí.



Gabrielle intentó concentrarse en los papeles y fingir que leía. Le habría gustado no tener que oír la conversación entre Dell y su ex novia. Lo último que necesitaba era que Courtney sugiriera la posibilidad de que pasara algo entre ellos ese fin de semana. Sólo le faltaba que alguien más le recordara que tenía a su lado a ese hombre, como si no fuera ya consciente de ello.

Le había agobiado un poco con tantas preguntas, pero casi prefería que hablara, eso le había ayudado a distraerse y dejar de pensar en lo sexy que estaba con sus pantalones cortos y camiseta azul claro. No podía dejar de mirar sus piernas y brazos desnudos. Estaban bronceados y eran muy musculosos. Parecía mucho más cómodo así que con los trajes que llevaba a diario en la agencia.

A lo mejor él estaba más cómodo, pero ella estaba sufriendo al tenerlo tan cerca. No podía dejar que la irracional atracción que sentía por ese hombre la distrajera de lo que tenía que hacer ese fin de semana. Tenía que concentrar toda su energía en la competición. Con cada kilómetro que pasaba se iba poniendo más nerviosa. Hasta empezó a mordisquearse las uñas. Se estaba dando cuenta entonces del lío en el que se había metido de manera voluntaria.

Dell parecía ir más deprisa después de su conversación con Courtney. Dejaron pronto la autopista para meterse por una carretera que llevaba hasta el parque de Amicalola Falls. El cambio de paisaje a su alrededor hizo que se pusiera aún más nerviosa. Para calmarse, sacó del bolsillo el artículo *Descarga de adrenalina*, lo había recortado y lo llevaba consigo para que le diera seguridad.

*Todo el mundo tiene aptitudes sin explotar o capacidades que ya sabes que tienes, pero que no te has dado cuenta de que puedes aplicarlas a otras facetas de tu vida.*

Lo leyó de nuevo. Ya casi lo tenía memorizado. Necesitaba reunir toda la energía y seguridad que pudiera, pero su cerebro no respondía. A lo mejor era su imaginación, pero la carretera parecía más inclinada y llena de curvas...

Su estómago comenzó a dar vueltas y se agarró al asidero de la puerta.

—¿Qué te pasa?

—Creo... Creo que me estoy mareando —murmuró—. ¿Puedes ir más despacio, por favor?

—Bueno, deberías dejar de leer en el coche —contestó él de mala manera—. Llegamos tarde, ¿recuerdas?

—No... No suelo ir en coche muy a menudo y... —repuso ella.

—¡Vaya por Dios! —murmuró Dell.

Aminoró la marcha y bajó su ventanilla. Ella sacó la cabeza y dejó que el aire la golpeará en la cara, respirando profundamente. Sabía que debía de parecerle patética, pero eso era mejor que vomitar en su coche.

Pasaron unos minutos y su estómago empezó a sentirse un poco mejor, pero le picaba la garganta y la nariz.

Alergia.

Era su primer contacto con la naturaleza en meses y su alergia volvió con fuerza. Iba a ser un fin de semana más complicado aún de lo que había pensado.

—¿Tienes un pañuelo de papel? —le preguntó.

Dell frenó un poco.

—¿Vas a vomitar?

—No, al menos, no de momento. Pero estoy empezando a sufrir mi alergia al polen.

—Mira en la guantera.

La abrió y lo primero que saltó a sus manos fue un paquete de preservativos. También había un sujetador negro, un tanga y un bote de algo que se llamaba «Sexo resbaladizo». Parecía que ese coche tenía mucha actividad sexual.

Él la miraba sonriente, ni siquiera tenía la delicadeza de fingir estar avergonzado.

—En el fondo —le dijo él.

Detrás de unos cuantos mapas encontró algunas servilletas de papel. Tomó una y se limpió los ojos y la nariz. Quería subir la ventanilla, pero no se atrevía a hacerlo hasta que dejara de sentirse mareada.

—Por favor, ve más despacio.

—Pero si ya vamos por debajo del límite de velocidad, a este paso no vamos a llegar nunca a las montañas —gruñó.

Pero desaceleró y dejó que lo adelantaran un par de coches. La gota que colmó el vaso fue cuando lo pasaron dos ciclistas. Parecía fuera de sí.

—A lo mejor debería llevarte de vuelta a casa —le dijo.

—¡No! Estaré bien en cuanto me aclimate un poco.

—Y, ¿cuánto vas a tardar en aclimatarte? —le preguntó él riendo.

—No lo sé —pudo decir ella antes de que le entraran ganas de estornudar de nuevo.

Con los ojos cerrados, agarró la servilleta que tenía sobre el regazo. Pero, cuando los abrió de nuevo, comprobó que había estornudado en el sujetador negro. Lo tomó con dos dedos y miró a Dell.

—Lo siento.

Él hizo una mueca, tomó la prenda y la lanzó por la ventanilla del coche. Después, miró al salpicadero con expresión de terror.

—¡No!

—¿Qué ocurre?

—La luz del motor está encendida, creo que se ha sobrecalentado —dijo mientras iba hacia el arcén y apagaba el motor—. ¡No me lo creo!

—Pon la calefacción —le dijo ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Bajaré la temperatura del motor.

Parecía incrédulo, pero hizo lo que le decía. Después salió del coche y levantó la tapa del capó. Salió un montón de vapor. Movié las manos para despejarlo e intentar ver de dónde venía aquello.

—Mira a ver si hay alguna fuga en el tapón del radiador —le dijo ella mientras se sonaba la nariz.

—¡Aaah! —gritó Dell.

Suspiró, tomó el tanga y salió del coche. Dell estaba mirando sus dedos. Se había quemado.

—Está muy caliente.

—Ya lo sabía —repuso él irritado—. Pero supongo que se me olvidó.

—Retírate —le pidió ella.

Uso el tanga para aflojar la tapa del radiador. No salió nada de líquido, sólo más vapor. Se inclinó un poco sobre el motor y comprobó el estado de

los tubos que llegaban al radiador. Encontró poco después un pequeño agujero.

—Ahí está el problema. Ha reventado uno de los tubos.

La miró con incredulidad.

—¿Sabes de coches?

—Un poco. ¿Tienes algún tubo de repuesto?

—No.

—¿Líquido de radiador?

—No —repitió él con un suspiro.

—Espera un momento —dijo ella yendo hacia el maletero.

Sin dejar de estornudar ni un momento, abrió la puerta trasera y comenzó a buscar algo en su mochila. Sacó cinta aislante, una botella de plástico, un tubo de pomada y un apósito.

Volvió hasta donde estaba él.

—Deja que vea tu mano.

De mala gana, le mostró la mano. Se le estaban empezando a formar ampollas en la parte interior de sus dedos. Abrió la botella y vertió agua fría sobre las quemaduras. Notó cómo Dell dejaba de respirar un segundo, para después suspirar aliviado.

A ella también le costaba respirar y no era sólo por culpa de la alergia. Lo que estaba haciendo con él le pareció muy erótico. Era increíble que pudiera reaccionar así ante algo tan simple como los primeros auxilios. Con mucho cuidado, aplicó un poco de pomada en las quemaduras. Él gimió ligeramente, pero no se quejó. Le temblaban las manos cuando abrió el apósito y le vendó un par de veces los dedos.

—Ya está —anunció contenta.

Pero cuando levantó la vista y se encontró con sus increíbles ojos marrones... La miraban con sorpresa y con algo más que parecía deseo. Se dio cuenta de que estaban lo bastante cerca como para que distinguiera en su piel los pequeños cortes que se había hecho esa mañana al afeitarse. En vez del caro perfume que solía usar a diario, ese día olía sólo a jabón. Todo en él era tan masculino, que su cuerpo respondió al instante.

Dell se humedeció los labios, parecía que había sentido la reacción que estaba provocando en ella. Se inclinó un poco hasta que sus bocas quedaron muy cerca.

—¿Y ahora qué? —murmuró—. Nos hemos quedado tirados...

Sintió su aliento sobre los labios y no pudo evitar asustarse. No podía ser que fuera a besarla. Pensó que a lo mejor había visto algo en su ojo y se acercaba para quitárselo. O a lo mejor tenía una hoja en el pelo...

Pero se dio cuenta de que Dell parecía estar mirando su boca. Era justo como siempre se lo había imaginado entre los dos. Había soñado con que algún día él la miraría a los ojos y se enamoraría de ella, que la besaría y se daría cuenta de que ella era la mujer de su vida.

No podía respirar. Aquello no podía estar ocurriendo.

—¿Tirados? —repitió ella cuando pudo hablar de nuevo—. No, no creo —añadió mirando el motor del coche.

Concentrada en lo que tenía entre manos, cortó con los dientes unos treinta centímetros de cinta aislante y se inclinó sobre el capó para enroscarla con cuidado alrededor del escape del tubo. Tomó la botella de agua.

—Échate para atrás —le pidió a Dell.

Él lo hizo, pero no dejó de mirarla ni un segundo.

Con cuidado, vertió el resto del agua en el radiador y esperó a que fuera desvaneciéndose el vapor. Después volvió a poner el tapón al radiador.

—Enciende el motor.

Con desconfianza, Dell se metió en el coche y encendió el motor. Mientras tanto, ella comprobó que el tubo resistía y dejó el tapón del radiador flojo para evitar que volviera a subir la presión del líquido en su interior. Después, bajó el capó y se limpió las manos en los pantalones.

—Conduce despacio hasta la próxima gasolinera —le dijo al meterse de nuevo en el coche.

Tuvo que sonarse de nuevo la nariz. Esos minutos fuera del coche habían conseguido avivar aún más sus alergias.

—Gracias —le dijo Dell—. La verdad es que ha sido... Impresionante.

—Sí. Pero será mejor que recuerdes llevar herramientas en el coche y todo lo necesario para este tipo de emergencias. Bastaría con que pusieras la mitad del interés que parece concentrar en tener la guantera bien abastecida —murmuró ella mientras volvía a meter los preservativos y el lubricante en el compartimiento del salpicadero.

Estaba tan mareada, que hablaba con más osadía de lo que era normal en ella. Se ruborizó, pero se imaginó que podía atribuirse al calor que sus mejillas estuvieran tan encendidas. Con todo lo que se estaba jugando ese fin de semana, no se podía creer que hubiera estado a punto de sucumbir y dejarse

llevar entre los brazos de un depredador sexual como él.

Y lo peor era recordar lo patética que era su vida social. Se le daba mejor arreglar el radiador de un coche que manipular un preservativo.

Dell miró a la mujer que tenía a su lado. Tenía la nariz y los ojos enrojecidos por culpa de alérgenos que no podían ver, pero que ella sufría. Acababa de sacarlos de un apuro, pero a él le había provocado la erección más intensa que había tenido, o sufrido, en mucho tiempo.

Se preguntaba qué otras sorpresas se guardaría Gabby en la manga.

Volvió a la carretera y condujo despacio. No dejaba de vigilar la luz del motor, esperando que volviera a encenderse. Oyó suaves ronquidos y la miró. Su cara estaba sonrosada y relajada y tenía la boca entreabierta.

Se imaginó que el ataque de alergia la habría dejado agotada. Él no se había recuperado aún de la sorpresa que había supuesto ver lo habilidosa que era con los coches y lo preparada que estaba.

No pudo evitar preocuparse un poco. A lo mejor no estaba tan incapacitada para la competición como había creído.

Pero no podía ser. Una cosa era una pequeña reparación, que probablemente había aprendido en alguna revista femenina, y otra muy distinta sobrevivir en medio de la naturaleza. La miró de nuevo mientras dormía. De hecho, no había podido siquiera soportar despierta el trayecto hasta el parque. Gabby no era rival para él.

Esa siesta le dio, no obstante, la oportunidad de estudiarla con detenimiento. Sus facciones era delicadas y exquisitas. Sus manos y pies, largos y elegantes. Tenía una figura esbelta, pero abundante donde tenía que serlo. Con el tiempo que llevaba bromeando con ella en la oficina, no podía entender que no se hubiera fijado nunca en lo bella que era.

Si se le había pasado por alto habría sido porque él iba detrás de las bellezas que eran tan obvias que saltaban a la vista, como la de Courtney. De mujeres como ella sabía qué esperar. Con ellas todo era diversión sin compromisos. Pero Gabby era distinta, parecía tener poca experiencia en lo que se refería a relaciones y ese tipo de mujer solía hacerse una idea equivocada del sexo, confundiéndolo con conceptos extraños para él como el amor.

Él no necesitaba más complicaciones en su vida. Sobre todo cuando su

trayectoria profesional había tomado velocidad. Cada vez tenía menos tiempo libre.

Minutos después llegó a un pequeño taller. Gabby seguía dormida. Habló con el encargado, un joven escuálido que le echó un vistazo al coche.

—¿Puede cambiar el manguito del radiador?

—Claro. Meta el coche en el taller.

Aparcó donde el hombre le indicó y frunció el ceño al ver cómo miraba a Gabby a través de la ventanilla.

—Una chica muy mona. ¿Es su hija?

—No —repuso con sequedad—. Es mi novia —añadió para cambiar de tema.

No podía creer que ella le hubiera parecido tan joven, o él tan viejo, como para que pensara que era su padre.

El hombre levantó el capó.

—Vaya... Buen trabajo con la reparación.

—Gracias —contestó dolido.

—Tardaré unos minutos —dijo el hombre mientras escribía algo en un papel—. Lleve esto a la cajera y ella le avisará cuando esté listo.

Dell bajó la ventanilla del coche y miró a Gabby. Su rostro en forma de corazón, sus mejillas encendidas, los rizos de su pelo... Tenía que reconocer que parecía una adolescente.

Pero la curva de sus pechos y sus ojos llenos de deseo cuando casi se besaron bajo el capó le recordaron que era una mujer de la cabeza a los pies.

Una mujer lo bastante inteligente como para no dejar que la besara.

Cerró el coche y fue hasta la tienda, donde estaba la cajera a la que tenía que pagar la reparación. Mientras esperaba, le compró a Gabby un antihistamínico para su alergia y una botella de agua.

Cuando volvió al taller, el mecánico estaba ya bajando el capó.

—Encienda el coche.

Dell hizo lo que le decía y Gabby se movió al oír el sonido del motor, pero no se despertó del todo hasta que volvieron a la carretera principal.

—¿Dónde estamos? —murmuró ella frotándose los ojos.

—Acaban de reemplazar el manguito del radiador. Te he comprado un medicamento para la alergia —dijo con orgullo mientras señalaba la bolsa entre ellos.

—Gracias —repuso ella—. ¿Llegaremos pronto?

—No —dijo él tras mirar el reloj—. ¿Hay algún número en esos papeles a donde pueda llamar para decirles que llegamos tarde?

Pero, después de mirar su móvil, maldijo entre dientes.

—Déjalo, no hay cobertura.

Ella tomó una de las pastillas que le había comprado y se la tragó con ayuda del agua.

—¿Vamos a llegar muy tarde?

—Al menos un par de horas.

La primera impresión que Eddie Fosser iba a tener de ellos no era la mejor.

Gabby se llevó la mano al estómago mientras giraba en una curva.

—¡Oh! ¡Más despacio! —le pidió mientras bajaba la ventanilla.

Pero eso hizo que volvieran los estornudos.

Suspirando, aminoró la marcha y se preparó para subir la montaña a paso de tortuga. Gabby, a su lado, dormitaba, gemía o estornudaba. Estaba claro que el antihistamínico no había hecho aún efecto. Le tentaba la idea de dar media vuelta, llevarla de nuevo a Atlanta y meterla en la cama.

En su cama.

Dell frunció el ceño. No entendía cómo podía sentir deseo por esa mujer y al mismo tiempo sentir que tenía que protegerla. Le parecía algo antinatural, nunca se había sentido así. Se imaginó que la culpa la tenía la elevada altitud de la zona, estaba afectándole más de lo que creía. Hasta se le habían taponado los oídos. Tragó saliva para aliviar la presión.

«Si fuera así de sencillo aliviar la presión que hay en mi entrepierna», pensó molesto.

Lo único que le hacía sentirse mejor era el paisaje, era más y más espectacular según subían. Todo estaba verde.

En la distancia, vio las montañas de Georgia y el sendero Appalachian.

Se le estaba haciendo eterno. Hasta que Gabby señaló una de las indicaciones que pasaron.

—Mira. Ahí es donde vamos. El sendero del arroyo Clay, está a siete kilómetros.

—Siete kilómetros. ¡Genial! —suspiró aliviado.

Había un montón de nubes negras en el horizonte, esperaba poder llegar antes de que comenzara la tormenta.

Pero, de repente, el motor hizo un par de sonidos extraños y se apagó. Golpeó con fuerza el volante.



—¡No! ¡Otra vez, no!

Gabby se incorporó y miró el salpicadero.

—Esta vez no es el radiador —dijo ella.

Le irritó su tono de superioridad.

—¿Por qué crees que no?

—Porque la que se ha encendido esta vez es la luz del tanque. Estamos sin gasolina.

## 6

Dell miró incrédulo el indicador del salpicadero. No podía creerse que hubiese sido tan descuidado como para quedarse sin gasolina. No sabía dónde tenía la cabeza.

Oyó la risa de Gabby y se dio cuenta de que su cabeza había estado ocupada con esa pelirroja desde el enfrentamiento del lunes anterior en la oficina de Bruce. La expresión de felicidad en su cara, sus brillantes ojos verdes, su sonrisa... Todo eso habría conseguido alegrarle el día si no fuera porque estaba riéndose de él.

—No sé qué es lo que te parece tan gracioso.

—Nada, nada... —repuso ella sin dejar de sonreír—. Será mejor que empecemos a andar si queremos llegar al campamento.

—Pero, ¡son siete kilómetros!

Gabby abrió la puerta y salió.

—¿Qué otra opción tenemos? Hace mucho que no pasa ningún otro coche. Y la gasolinera está mucho más lejos. Lo mejor es que andemos hasta el campamento. Siempre podemos parar a algún coche de camino hacia allí, si tenemos suerte.

Vio cómo iba hasta la parte trasera del todoterreno y salió del coche dando un portazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Recojo mi mochila.

No pudo evitar reírse.

—No puedes llevar eso durante siete kilómetros. Es demasiado pesado.

Ella dejó de sonreír al instante.

—¿Que no puedo? ¡Mira!

Empujó la mochila hasta el borde del maletero. Se giró y metió los brazos por las correas.

—Espera —le dijo al ver lo decidida que estaba—. ¿Por qué no nos

cambiamos las mochilas?

—No, ni hablar —repuso ella mientras se ponía despacio en pie.

Se tambaleó un poco y él fue corriendo a su lado para estabilizarla.

—Estoy bien —insistió ella mientras comenzaba a andar montaña arriba.

Suspirando, tomó su mochila, cerró el coche y la siguió. Las quemaduras de la mano empezaban a dolerle, pero al menos esa sensación le distraía de otras partes de su cuerpo que estaban en alerta máxima.

Poco a poco, establecieron un ritmo. Le sorprendió que anduviera tan deprisa teniendo en cuenta su tamaño, el peso de la mochila y que apenas podía respirar por culpa de la alergia.

Pensó que era mejor no hablar, eso la haría ir más despacio. Además, Gabby parecía preferir estar en silencio. No se parecía en nada al resto de las mujeres con las que había salido. Ellas siempre habían tenido la necesidad de llenar los silencios.

Le agradaba que fuera distinta, pero también le desconcertaba un poco. Todo lo que iba sabiendo de ella le gustaba y eso le preocupaba.

Llevaban casi un par de kilómetros recorridos cuando se detuvo a inhalar profundamente el aire de la montaña, que incluía el aroma afrutado de Gabby.

—La verdad es que esto no está nada mal —reconoció.

No había terminado de hablar cuando le cayó la primera gota de lluvia en la cara. Antes de que pudiera limpiársela con la mano, había comenzado a llover a cántaros.

Esperaba que Gabby se asustara y se quejara, pero todo lo que hizo fue levantar un momento la cara y abrir la boca para recoger las primeras gotas de lluvia. Después, se paró para sacar un ligero chubasquero de su mochila. En cuestión de segundos, estaba completamente protegida de la lluvia, pero la tormenta arreciaba con demasiada fuerza como para seguir.

Tomó su mano y corrieron hasta un grupo de árboles que había a un lado de la carretera. Se metieron bajo un enorme roble para protegerse de la tormenta.

—Supongo que no durará mucho —repuso él tiritando.

Estaba completamente empapado.

—¿Tienes algo para secarte? —le preguntó Gabby.

Abrió su también empapada mochila y miró dentro. Llevaba ropa interior, un par de calcetines gruesos, un bañador, dos camisetas y el desodorante. Volvió a cerrar la mochila.

—No necesito nada, estoy bien —le dijo.

Gabby se quitó la mochila y la dejó caer en el suelo. Sacó una pequeña toalla de un bolsillo exterior y comenzó a secarse la cara y los brazos. Después se la ofreció a él, pero era demasiado orgulloso para aceptarla.

—¿Cuántas tonterías más has traído? —preguntó él riéndose.

—Sólo lo necesario para sobrevivir durante unos días en la montaña, tal y como decían en los papeles que nos dieron —repuso ella encogiéndose de hombros.

Se mordió el labio inferior algo inquieto, se volvió a arrepentir de no haber leído la información con más cuidado. Se había imaginado que CEG les proporcionaría todo el material que necesitaran. Lo único que había llevado él, además de su ropa y desodorante, era un saco de dormir, que estaba completamente empapado.

Igual que él. Se controló para no tiritar y se sentó al lado de Gabby, que estaba apoyada en el tronco del roble.

—¿Crees que enviarán a alguien para que nos busque? —le preguntó ella.

—Espero que no tengan que hacerlo. La primera impresión que Eddie Fosser tendría de mí no sería la mejor.

Gabby lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasa conmigo?

No dijo nada, sólo se movió para intentar encontrar una posición cómoda en el suelo.

—Crees que no tiene ninguna importancia que tenga una impresión buena o mala de mí, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que estás pensando.

—Lo que estaba pensando es que esto es una competición —repuso él indignado.

Esa conversación no llevaba a ninguna parte y el intenso olor a lluvia de esa mujer lo estaba confundiendo. No podía pensar con claridad.

—Así es —murmuró ella, mirándolo a los ojos con decisión.

Su pelo rojo y húmedo formaba tirabuzones alrededor de su cara y sus pecas parecían destacar aún más contra su pálida piel. Tenía unas larguísimas pestañas y su boca le pareció más sensual que nunca. Era muy atractiva, pero parecía mucho más sexy en esas circunstancias, escondidos bajo un árbol para resguardarse de una tormenta veraniega. Su húmeda camiseta se había pegado a su torso, dibujando el contorno de sus pechos y de sus erectos pezones.

No pudo controlar un estremecimiento, mezcla de deseo y del frío que sentía.

—Tengo una sudadera que te puedo prestar —le ofreció ella.

—No hace falta, estoy bien —insistió él.

Pero no era verdad. A su lado bajo ese árbol, sintió la imperiosa necesidad de besarla, de sentir sus labios y su suave cuerpo. Ella debió de darse cuenta de lo que estaba sintiendo porque se humedeció los labios.

Tomó su gesto como una invitación y, antes de que pudiera pararse a pensar en lo que estaba haciendo, se inclinó y capturó los labios de Gabby entre los suyos. Le encantó comprobar que la sorpresa inicial desapareció pronto y dio paso a un apasionado beso que lo desconcertó.

Gabby entreabrió la boca y jugó con su lengua, le mordió los labios e inclinó la cabeza para tener un mejor acceso. No se había esperado tanto entusiasmo y eso no hizo sino encenderlo más aún, pudo notar la instantánea reacción en su entrepierna.

Alargó la mano para tocar uno de sus pechos y casi se derritió al rozar un erecto pezón.

Pero ella se separó de pronto.

—Dell...

—No, no pares —murmuró él, besándola de nuevo.

—Oigo un coche —dijo Gabby mientras se apartaba de él y ponía en pie.

Tomó su mochila y corrió entre la lluvia hasta la carretera. Agitó los brazos para que la viera el coche que pasaba.

—¡Eh! ¡Pare! ¡Necesitamos ayuda!

La furgoneta se detuvo y el conductor bajó la ventanilla.

Dell vio disgustado que era Walt, el tipo del taller mecánico. Sonreía encantado a Gabby sin dejar de mirar su camiseta mojada.

Tomó la mochila y fue hasta su lado. Creía que al menos la lluvia y el frío conseguirían aplacar su deseo. Walt dejó de sonreír al verlo, pero los invitó a subir en su vieja furgoneta.

Dell abrió la puerta y se encontró con un enorme perro blanco tumbado en el asiento delantero.

—Meted las mochilas en la parte de atrás —les dijo Walt—. Tu novia y tú tendréis que compartir...

—¡No soy su...! ¡Ah!

No se arrepintió de haberle pellizcado el trasero para que se callara. Pero,

viendo la mirada fulminante que Gabby le lanzó, se dio cuenta de que tendría que pensárselo dos veces antes de volver a intentarlo.

—Gracias —dijo.

La parte de atrás de la furgoneta era descubierta. Metió allí las mochilas esperando que no se mojaran demasiado.

Le hizo una seña a Gabby para que subiera y después subió él. Cerró la puerta y tomó a Gabby entre sus brazos para que se sentara en su regazo. Ella se resistió al principio, después se sentó con cuidado sobre su muslo, con una mano en el salpicadero y otra en el respaldo del asiento. Él la miró con un gesto irónico. Le parecía que estaba actuando con demasiado pudor después de haberlo besado con tanta pasión minutos antes.

Gabby se había empapado a pesar de haber sujetado el chubasquero sobre su cabeza mientras corría a detener el coche. Gotas de lluvia caían de su coleta y de la punta de su nariz. Y su ropa, empapada, dibujaba el delicioso contorno de su silueta. Le hubiera gustado tener una manta a mano y cubrirla con ella. Para que dejara de temblar y para que Walt no pudiera seguir comiéndosela con los ojos.

La furgoneta era vieja y no tenía amortiguadores. La única ventaja que ofrecía era poder contemplar cómo Gabby daba saltitos sobre su pierna y acababa aterrizando sobre su regazo. Ella se tensó y comenzó a moverse para apartarse de él.

—Estate quieta —le dijo al oído—. Sólo estás consiguiendo empeorar las cosas...

Gabby se quedó helada y él intentó concentrarse para que su inminente erección desapareciera. Pero, con ella sobre su regazo y el movimiento de la furgoneta, era una misión imposible.

La furgoneta se metió en un bache y Gabby se golpeó la cabeza en el techo. Cuando cayó de nuevo sobre su regazo, lo hizo con tanta fuerza sobre sus partes más íntimas que Dell no pudo ahogar un gemido.

—Lo siento —le susurró ella.

—No pasa nada.

El olor a perro mojado y el de sus cuerpos era sofocante en un espacio tan pequeño y sin ventilación.

Estaban acercándose por fin al campamento cuando la lluvia empezó a aflojar. Poco después, paró de llover tan de repente como había empezado.

—¡Por fin! —suspiró él cuando llegaron a un claro del bosque y se

detuvieron frente a un edificio.

—¿Es aquí? —les preguntó Walt.

Gabby leyó sus papeles de nuevo, también estaban mojados.

—Sendero del arroyo Clay. Sí, aquí es.

Dell abrió rápidamente la puerta de la furgoneta, necesitaba un poco de aire puro. Gabby volvió a rozarlo para bajar desde su regazo, empeorando aún más las cosas.

Él también se bajó y sacó un billete de veinte dólares de la cartera.

Pero Walt no le miraba. Estaba demasiado ocupado estudiando a Gabby. Su camiseta era ya casi transparente. El fino algodón no escondía sus pechos ni sus pezones. Parecía casi desnuda.

Carraspeó y se colocó frente a Walt mostrándole el dinero.

—Tome. Y muchas gracias por todo.

—No hay de qué —repuso Walt con una sonrisa—. Es un hombre con mucha suerte.

Dell lo miró con desagrado.

—Sí, sí. Gracias. Le doy otros cien si recoge mi todoterreno, le pone gasolina y me lo trae antes del lunes por la mañana.

Walt asintió y tomó el dinero.

—Cuenta con ello.

Le entregó las llaves del coche y se acercó a Gabby.

—Deberías ponerte el chubasquero —le dijo al oído.

—No tengo frío.

—Pues parece que sí —repuso él con impaciencia mientras miraba sus pechos.

Ella bajó la vista y se dio cuenta de lo que pasaba. Le faltó tiempo para cubrirse con el chubasquero.

Intentó no mirar y se dispuso a sacar las mochilas. Sacó la de Gabby, pero no vio la suya por ninguna parte.

—¿Dónde está la mía?

—No lo sé —repuso Gabby extrañada.

—¡Vaya! Supongo que se cayó de la furgoneta cuando pasamos por ese bache tan profundo. La buscaré cuando vuelva a por el todoterreno, pero me imagino que se habrá echado a perder.

Cerró los ojos y contó hasta diez. Cuando los abrió de nuevo, Gabby estaba haciendo increíbles esfuerzos para no sonreír.

—He traído un montón de cosas. Podemos compartirlas —le ofreció ella.

—No, gracias —repuso con dignidad—. Seguro que venden cosas en esa cabaña. Me imagino que podré comprar todo lo que necesito.

—Como quieras —dijo ella encogiéndose de hombros.

Walt se alejó de allí y los dos se dirigieron hacia la cabaña. El apasionado beso de antes y la sensación de tenerla sentada en su regazo eran recuerdos demasiado recientes como para ignorarlos y aún le costaba un poco andar con normalidad.

Se abrió la puerta de la cabaña y Eddie Fosser, presidente de CEG, salió a recibirlos. Su cuerpo era grande y fuerte, parecía un jugador de rugby. Sonriente, pasó al lado de Gabby sin mirarla y fue directamente a saludarlo a él.

—Dell, estábamos a punto de mandar un equipo de rescate para ir a buscarte.

—Lo siento, Eddie, he tenido un problema con el motor del coche y hemos tenido que esperar a que pasara algún coche. Intenté llamar, pero no tengo cobertura aquí arriba.

—Ya, yo tampoco. Hacía años que no disfrutaba de tanta tranquilidad. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Bueno, es una historia muy larga.

—¿Ha venido la señorita Flannery contigo?

Dell miró a Gabby. Le apenó que Eddie hubiera pasado a su lado sin advertir su presencia.

—Soy Gabrielle Flannery, señor Fosser —dijo Gabby acercándose y ofreciéndole la mano.

Con el pelo húmedo y sus grandes ojos verdes parecía una niña.

—Encantado de conocerla, señorita Flannery.

Ella sonrió.

—Ya nos conocíamos. Hemos coincidido un par de veces durante presentaciones en la agencia.

Pero él sabía que todo lo que había hecho durante esas reuniones era encargarse del proyector y del café mientras Courtney dominaba la exposición. Lo sabía porque él hacía lo mismo con los ayudantes que tenía.

Fosser se quedó callado, como intentando recordarla, pero con poca suerte.

—¡Ah! Sí, es verdad, ya lo recuerdo. Bueno, me alegra verla de nuevo. Ya me han dicho que va a competir con Dell para encargarse de mi cuenta.



—Así es, señor.

Eddie Fosser miró de nuevo a Dell. Estaba claro que le divertía todo aquello y que no tenía ninguna duda sobre quién sería el ganador. Él también lo tenía claro, creía que la competición entre los dos sería muy desigual y decidió hacer lo que estuviera en su mano para no avergonzar a Gabby demasiado.

—Bueno, vamos dentro para que podáis conocer al resto del equipo y comenzar la competición —les dijo Eddie mientras miraba la gran mochila que estaba apoyada contra la cabaña—. Recoge tu mochila, Dell, ya veo que tienes nuestro último modelo. Es el mejor de su línea. Buena elección.

—No, la mochila es mía —le dijo Gabby.

Eddie levantó sorprendido las cejas y miró a su alrededor.

—¿Dónde está la tuya, Dell?

—Ésa también es una historia muy larga —le dijo.

—Bueno, no importa —repuso Eddie mientras le daba un cariñoso golpe en la espalda—. Seguro que no necesitas nada. Después de todo, éste es tu elemento.

Intentó devolverle la sonrisa, pero no pudo al ver la cara de Gabby. Estaba claro que le preocupaba el claro favoritismo del presidente de CEG.

Entraron en la cabaña y siguieron a Eddie hasta una sala en la que había ocho personas charlando. La atención de todos estaba concentrada en Nick Ocean, que estaba contando una animada historia. Su sonrisa perfecta resaltaba aún más contra su bronceada piel. Llevaba un polo blanco y unas gafas de sol de diseño sobre la cabeza. Cerca de ellos, un fotógrafo hacía fotos de Nick. Todos rieron algún comentario de la estrella de cine y una de las mujeres se acercó para rozarle seductoramente el brazo.

Dell no pudo evitar hacer una mueca de desagrado. Era Lynda Gilbert, la directora de Relaciones Públicas de CEG. Esa morena era una auténtica depredadora, ya lo había intentado con él durante un congreso. Era atractiva y una auténtica tentación, pero había algo en ella que le había hecho pensárselo dos veces, para después rechazar su invitación. Miró al resto de la gente, no conocía a nadie más.

—Han llegado los que faltaban —anunció Eddie Fosser—. Son Dell Kingston y Gabrielle Flannery, de la agencia Noble, en Atlanta.

Les presentó a todo el mundo de uno en uno.

—Éste es mi director adjunto, Elliot Borders —les dijo mientras señalaba a

un hombre delgado, con gafas y con mirada inteligente.

No parecía el tipo de hombre al que le gustaran las actividades al aire libre.

—Y Wally Moon, encargado de compras de Price Land, uno de nuestros principales distribuidores.

Ése parecía fuera de su elemento sin un traje. Tenía barriga cervecera y aire conservador.

—Éste es Mike Strong, encargado de compras de nuestra cadena de tiendas.

Strong era un hombre musculoso, duro y de mirada intensa. Parecía un militar.

—Lynda Gilbert, directora del departamento de Relaciones Públicas.

—Dell y yo ya nos conocemos —repuso la atractiva morena.

Sintió cómo Gabby se tensaba al oír aquello. Incluso le pareció que se apartaba un poco de él.

—Y estoy seguro de que ya conocíais a Nick Ocean, la imagen de nuestra empresa —dijo Eddie riendo.

Nick sonrió y asintió con petulancia. Le pareció que miraba con especial interés a Gabby, que había dejado de respirar de repente.

—Éste es Joe, un guía local y nuestro fotógrafo durante este fin de semana —añadió Eddie—. Y Karen, que será nuestra guía.

La mujer tenía aspecto bohemio y musculoso. De edad indefinida, les sonrió brevemente y se colocó al frente de la sala.

—Bueno, todos estamos aquí para divertirnos y competir. Y también para probar los nuevos productos de CEG. Durante el fin de semana, podréis ganar puntos al competir y ganar en las distintas pruebas, algunas serán individuales y otras de grupo. El máximo de puntos que se pueden conseguir son mil y el que gane volverá a casa con un importante premio —les dijo Karen mientras los miraba—. Esta tarde vamos a hacer algunas pruebas de coordinación y escalada. Mañana pasaremos el día en el río. Y, espero que hayáis hecho bien la mochila tal y como os dijimos, porque vamos a comprobar cómo os defendéis solos en una prueba de supervivencia.

Dell sintió una ola de pánico. Una vez más, se maldijo por no haber leído las instrucciones.

—Y, para que lo sepáis todos, tenemos una pequeña competición dentro de la competición. Dell y Gabrielle compiten entre sí para hacerse con la cuenta de CEG en la agencia Noble —intervino Eddie con entusiasmo mientras miraba a Dell con complicidad—. El que consiga más puntos de los dos se

encargará de la publicidad de nuestra empresa.

Todos rieron. Los hombres del grupo le sonrieron y miraron después a Gabby como si fuera un bicho raro. Se dio cuenta de que ella también lo había notado, porque su cara reflejó de pronto mucha ansiedad y nerviosismo.

Le dio rabia verla así, no entendía por qué Eddie había tenido que contárselo a todos. Eso sólo empeoraba las cosas para ella.

Karen los miró a todos con aire sádico y se llevó un silbato a la boca.

—¡Que empiece la competición! —exclamó antes de silbar.

Dell miró a Gabby a los ojos. Su mirada verde parecía llena de determinación.

Sintió algo moverse en su interior y no sólo en su entrepierna. No podía explicar el intenso deseo que sentía por esa mujer, pero se moría de ganas de vivir ese fin de semana con ella.

Tenía muy claro que ella nunca podría ganarle, pero creía que se iba a divertir mucho viendo cómo lo intentaba.

Gabrielle estaba acostumbrada a sentirse fuera de lugar. Pero nunca se había sentido tan mal como en aquella habitación, mirando las caras de los que tenía a su alrededor. Se reían de ella y pensaban que debía de estar loca para pensar que tenía posibilidades de ganar a Dell. No entendía cómo no había renunciado a la cuenta en el despacho de Bruce, cuando tuvo la oportunidad. Odiaba a Dell por retarla y a ella misma por aceptar su desafío.

Se dio cuenta de que, por muchos artículos alentadores que leyera, no iba a conseguirlo.

Karen, la guía del grupo, los acompañó hasta un refugio donde habían dispuesto un ligero almuerzo. Le preguntó si había algún sitio donde pudiera cambiarse de ropa.

—Vuelve a la cabaña, al lado de donde estaban expuestas las camisetas —le dijo Karen—. Oye, una pregunta. ¿Eres tú la misma Gabrielle a la que he estado mandando durante todo el último año correos electrónicos con información sobre los productos?

Gabrielle sonrió.

—Sí. Así que tú eres esa Karen...

—Así es. Encantada de conocerte —le dijo la mujer saludándola afectuosamente—. Buena suerte en la competición, creo que se te va a dar bien.

—Bueno, no soy demasiado atlética...

Karen le quitó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—En este tipo de competición se valora tanto la maña como la fuerza —le dijo al oído—. Yo apuesto por ti.

—Gracias —repuso Gabrielle con más seguridad.

Volvió con la mochila a la tienda de camisetas y recuerdos y encontró un cuarto para cambiarse. Era uno de los probadores de la tienda. Se sorprendió al ver su imagen en el espejo. Su gran melena roja parecía tener vida propia y

estaba más rizada que nunca. Sería cosa de la humedad. Se peinó con los dedos tan bien como pudo. Después, se quitó la ropa. Soñaba con poder darse un baño caliente. Estaba congelada. Se secó con una pequeña toalla y recordó con una sonrisa triste como, de pequeña, intentaba quitarse las pecas de la cara y los brazos frotándose con una toalla como aquélla.

Se miró de nuevo en el espejo y no pudo evitar sonrojarse al recordar el beso bajo el árbol, a Dell acariciando su pecho brevemente y lo transparente que había quedado su camiseta por culpa de la lluvia. No había podido ocultar lo excitado que estaba. Su erección había sido imposible de ignorar en la furgoneta, con ella sentada en su regazo. El mero recuerdo de ese momento hizo que se estremeciera de deseo.

Se preguntó qué habría pasado si el sonido de un coche no hubiera interrumpido el beso. No dejaba de pensar cómo sería hacer el amor con él. No era la primera vez que tenía ese tipo de ilusiones, pero ahora tenía el recuerdo de un apasionado beso para llenar esas fantasías.

De repente, se abrió la puerta y Dell entró de lado en el probador, tarareando una melodía entre dientes. Ella gritó al tiempo que él cerró de un portazo y Dell se quedó tan paralizado como ella, tanto, que se le cayó la ropa que llevaba en las manos.

—No sabía que hubiera alguien... —explicó él.

Pero se quedó callado mirando su cuerpo desnudo.

Hizo lo que pudo para cubrirse con la minúscula toalla. El corazón le latía a mil por hora. Pensó que a lo mejor había dejado la puerta sin cerrar de manera consciente. A lo mejor estaba esperando que pasara algo así.

—Yo... —añadió él tragando saliva—. Yo, bueno... ¡Dios mío, Gabby! Eres preciosa.

Quería que saliera de allí en ese instante, pero le encantó ver que se quedaba sin palabras, le recordaba a ella misma. No pudo evitar sentirse halagada.

—¿Dell? —lo llamó alguien desde fuera.

Era Lynda Gilbert, la mujer que había presumido antes de lo bien que conocía a Dell.

En vez de contestar, Dell puso en silencio el pasador de la puerta y se llevó un dedo a los labios para pedirle que no lo delatara.

No pudo evitar sentir algo de pánico. Aquello era surrealista. No podía creer que estuviera en un probador, completamente desnuda y delante de Dell.

Su mente le decía que aquello estaba mal, pero su cuerpo parecía pensar lo contrario. Todo le parecía... Casi natural.

Sus ojos color chocolate brillaron con un deseo que era casi hambre animal, una mirada que hizo que le dolieran los pechos. Sabía que debía decirle que se fuera, pero no podía pronunciar las palabras necesarias. Dell le estaba quemando la piel con esa forma de mirarla.

La mujer movió el picaporte para intentar abrir la puerta.

—Dell, ¿estás ahí?

No contestó, sólo se acercó a ella y la tomó entre sus brazos, besándole el cuello lentamente.

—No... No está. Soy yo, Gabrielle —repuso ella con dificultad.

Todo su cuerpo se retorció de placer, temblando entre los brazos de aquel hombre. La toalla que sujetaba entre las manos cayó irremediablemente al suelo.

Sintió cómo Dell inhalaba al darse cuenta de que estaba completamente desnuda y comenzaba a acariciar su cuello con un dedo. No paraba de estremecerse entre los brazos de ese hombre. Deseaba más que nada que tocara sus pechos, pero él no parecía tener prisa, estaba consiguiendo torturarla.

Desesperada, tomó ella misma las manos de Dell y las colocó sobre sus senos. Ella gimió al sentir el calor de sus dedos y él, casi al mismo tiempo, suspiró en su oreja. Sus caricias estaban consiguiendo despertar su deseo.

—¿Has visto a Dell? —le preguntó Lynda desde el exterior.

Él no se detuvo. Siguió mordisqueando su cuello, masajeando sus pechos y jugando con sus erectos pezones.

—No... No... —contestó ella a duras penas.

Dell la besó de nuevo en la boca, con la misma ferocidad que agarró sus nalgas para aplastarla contra su más que evidente erección.

—¿Estás segura? —insistió la mujer.

Él se inclinó y tomó uno de sus pezones en la boca. Gabrielle se mordió el puño para no gritar de puro placer.

—¡Sí!

La exclamación fue una respuesta para Lynda y también una reacción ante lo que Dell le estaba haciendo. Podía sentir entre los muslos la humedad de su deseo y le temblaban las rodillas, apenas podía sostenerse en pie.

Él lo notó y la sujetó con más fuerza, colocando una de sus manos sobre su

sexo.

—Bueno, si lo ves, dile que Lynda le está buscando —le dijo la mujer con voz insinuante.

Sus palabras hicieron que se tensara y que abriera de repente los ojos. No pudo evitar pensar en Dell y Lynda haciendo lo mismo que estaban haciendo ellos entonces. Se sintió humillada y recordó que Tori le había dicho que toda la oficina pensaba que Dell iba a aprovechar el fin de semana para conseguir seducirla.

No llevaban ni un día juntos y ya había hecho más que seducirla. ¡Estaba desnuda entre sus brazos!

Del debió de notar que estaba a años luz de allí porque se separó lentamente de ella y se frotó la cara con las manos.

—Lo siento, Gabby. No sé qué me ha pasado —murmuró mientras intentaba recomponerse—. Es que tú... Eres... —añadió intentando apartar la vista de su cuerpo desnudo—. ¿Por qué no te vistes y sales de aquí primero? Yo esperaré unos minutos después de que te vayas para salir también.

Asintió con la cabeza, no podía ni hablar. No podía enfadarse con él, había disfrutado de ese momento tanto como él. Aún estaba temblando y recordando sus manos y su boca recorriendo su cuerpo. Podía haber hecho que se detuviera, pero no lo había hecho. El deseo había nublado por completo su sentido común.

Le dio la espalda y cerró los ojos un instante. Estaba enfadada consigo misma. Al principio se había sorprendido, pero después había deseado que la tocara. Quería saber cómo sería hacer el amor con un hombre como Dell. Estaba segura que sería muy distinto a los inseguros novios con los que había salido. Sacó ropa limpia y seca de su mochila y empezó a vestirse tan deprisa como pudo.

No quería ni especular sobre lo que él pensaría de ella.

Dell estaba a punto de perder el control de nuevo.

Con grandes esfuerzos, dejó de mirar el exuberante cuerpo de Gabby y se giró. Pero entonces se encontró con el reflejo de su espalda en el espejo. Todo su cuerpo se estremeció al recorrer con la mirada su columna y la curva que formaba su espalda en la parte más baja. Su cintura era estrecha, pero fueron sus caderas y trasero los que más llamaron su atención. Eran muy tentadores e

insinuantes. Perfectos.

Estaba fuera de sí. Sólo podía pensar en satisfacer su deseo allí mismo y en ese instante, pero sabía que no era una buena idea. Tampoco le parecía apropiado hacerlo con ella de pie y en un pequeño probador, como si fueran un par de adolescentes.

Cerró los ojos para dejar de verla, pero no se sintió mejor. Tenía su imagen grabada para siempre en la mente. Aun así, no los abrió, se concentró en el sonido de la ropa y en su aroma afrutado. Todavía tenía el sabor de su dulce piel en los labios.

Se sintió culpable. Había visto en sus ojos una mirada de sorpresa y después de entrega total. Estaba seguro de que lo que acababa de ocurrir no era el tipo de situación al que Gabby estuviera acostumbrada. Pero a lo mejor había fantaseado con algo así. Quizás incluso con él como protagonista.

No podía seguir pensando así. Tenía que controlarse y darse cuenta de que no podía pasar de nuevo. Creía que lo último que necesitaba era que Gabby se enamorase de él. Eso haría que fuese muy incómodo trabajar con ella en la oficina y mucho peor cuando tuvieran que colaborar juntos en la cuenta de CEG.

Abrió los ojos cuando ella se dispuso a salir del probador. La mirada de culpabilidad y arrepentimiento en sus ojos le dejó más claro aún que, si se acostaban, conseguiría resolver su problema más inmediato, el deseo que no le dejaba pensar con claridad.

Pero eso sólo conseguiría crear muchos más problemas.

El caso era que no quería tener que enfrentarse a una Gabby que estuviera colgada de él. Y, para su propia sorpresa, se dio cuenta de que tampoco quería hacerle daño.

Se desvistió deprisa e hizo una mueca al ver la camiseta y el bañador que había elegido en la tienda de recuerdos. Eran de lo más estridente y chillón, nada que ver con lo que solía llevar.

La puerta se abrió de repente. Levantó la vista y se encontró con Lynda Gilbert, concentrada en su entrepierna como si estuviera a punto de abalanzarse sobre él.

—¡Aquí estás! —le dijo con una sonrisa.

Dell se cubrió sus partes con las manos antes de hablarle.

—Tenía que cambiarme. Estaba empapado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó con voz pícara.



La miró de arriba abajo. Perfectamente maquillada y peinada. Llevaba la ropa ajustada y coordinada. Seguro que era de marca.

Pero todo el llamativo paquete palidecía si lo comparaba con la belleza natural y la sensualidad discreta de Gabby. Su erección se vino abajo.

—No, gracias, creo que podré solo.

—Muy bien —repuso ella con un dramático suspiro—. Supongo que ya nos pondremos al día en otra ocasión. Después de pasar un tiempo en el bosque, seguro que los dos necesitamos encontrar algo que nos distraiga de todo esto...

Volvió a mirarlo de arriba abajo y cerró la puerta.

Se puso de prisa la ropa que acababa de comprar. La camiseta era amarilla y tenía un dibujo en la parte delantera. El bañador era casi todo negro, excepto por un par de manos naranjas que habían estampado estratégicamente en el trasero. Si al conjunto le añadía sus empapadas botas de escalada, parecía un turista fuera de lugar.

Salió del probador y compró desodorante y un par de camisetas más. Metió después todo en el único tipo de mochila que vendían allí. Era fluorescente y parecía una mochila infantil, de las que llevaban los niños al colegio.

Enfadado con la situación y consigo mismo, salió de la cabaña y se dirigió a donde todos estaban ya sentados y comiendo.

Buscó a Gabby con la mirada. La encontró tomándose un bocadillo y hablando animadamente con Nick Ocean. No se le pasó por alto el lenguaje corporal del famoso actor, estaba claro que estaba coqueteando con ella y no le gustó nada la idea.

Se le acababa de quitar el apetito. Tomó una barrita energética, una botella de agua y se acercó hasta donde estaban Gabby y Nick.

—Hola —saludó Dell.

Vio cómo Gabby parecía de repente muy concentrada en terminar su bocadillo. No levantó la vista.

—Hola —repuso Nick—. Dave, ¿verdad?

—Dell.

—¡Ah, sí! Gabby y tú trabajáis juntos, ¿no?

Se sintió celoso sin saber muy bien por qué. Creía que él era el único que la llamaba «Gabby».

—Así es, Gabrielle y yo trabajamos juntos —dijo para corregir al actor.

Miró a Gabby e intentó actuar de manera normal, como si no supiera lo que esa mujer escondía bajo la ropa.

—¿Qué tal tu alergia?

—Estoy bien —repuso ella mirándolo durante sólo un segundo.

—Estoy de acuerdo. A mí me parece que estás muy bien —añadió Nick con su famosa e impecable sonrisa.

Gabby se sonrojó y eso enfureció aún más a Dell. Él llevaba años consiguiendo que esa mujer se ruborizara, creía que Nick Ocean estaba metiéndose en su terreno.

—La lluvia normalmente consigue estabilizar los niveles de polen en el aire —apuntó Gabby—. Nick estaba hablándome de la película que acaba de terminar en Brasil.

Frunció el ceño. Era difícil competir con una estrella de cine.

—¿Filmas tú mismo las escenas peligrosas o tienes un especialista que lo hace por ti? —le preguntó sin venir a cuento.

—Me encantaría hacerlo, pero mi contrato me lo prohíbe. El seguro sería demasiado caro para las productoras —repuso el actor—. Por cierto, bonita camiseta, Dave.

—Dell, no Dave —lo corrigió impaciente.

De pronto, sonó un silbato y todos dejaron de hablar.

—Ha llegado la hora de ir hasta el circuito de obstáculos —anunció Karen—. Seguidme.

Fueron tras ella por un estrecho sendero hasta un claro del tamaño de un campo de fútbol. En el centro habían instalado una pared de escalada de unos cinco metros de altura. Enfrente había una pared para hacer descenso con cuerdas. El resto de la pradera estaba lleno de distintas pruebas y obstáculos. Había un foso con una cuerda colgando sobre él, vigas para caminar sobre ellas haciendo equilibrio y estructuras con barras para colgarse. Alrededor del claro había un circuito de tierra y gravilla con inclinaciones y rampas de todo tipo. Era perfecto para bicicletas de montaña. De hecho, a un lado del circuito había una docena de bicicletas de CEG y los necesarios cascos protectores.

—Voy a dividirlos en dos equipos para competir en el circuito de obstáculos. El objetivo es comprobar lo habilidosos y atléticos que sois y también vuestra capacidad para usar el equipamiento de CEG —les dijo Karen—. Como Dell y Gabrielle compiten entre ellos y no pueden estar en el mismo grupo, he decidido que sean los capitanes de los dos equipos. Así que Gabrielle, empieza seleccionando a un miembro para tu grupo.

Ella dudó un segundo y miró a todo el mundo.

«Elige a Eddie, es el jefe», intentó transmitirle Dell sin palabras.

—Elliot —dijo ella después de unos minutos.

Era el ayudante de Eddie, delgado y amanerado. No entendía su elección. Él lo tenía muy claro.

—Eddie —contraatacó Dell.

Gabby miró al encargado de compras, un hombre al que le sobraban unos cuantos kilos.

—Wally.

No entendía cómo podía estar eligiendo tan mal.

—Mike —dijo él señalando al robusto encargado de las tiendas.

—Nick —repuso Gabby.

Esa elección fue la que más le dolió, no le hacía gracia que tuviera en su equipo a la estrella de cine.

—Lynda —repuso él.

La atractiva morena corrió a sus brazos, encantada de estar en su equipo.

Karen les enseñó todo el circuito y les demostró cómo se usaba el equipamiento para escalada y descenso de las paredes. Él no prestó demasiada atención. Aquello era tan familiar para él como la palma de su mano. Sólo podía mirar a Nick Ocean, que no dejaba de acosar a Gabby, tocándole el brazo o la cintura sin motivos aparentes. Todo el mundo hizo un recorrido de prueba. Todos menos él, que estaba más preocupado observando la expresión de terror de Gabby mientras escalaba y descendía las paredes a paso de tortuga. Se dio cuenta de que debía de tener miedo a las alturas.

Pero no se quejó en ningún momento, sino que hizo todo el recorrido como los demás. Se sintió mal por ella, se la veía muy fuera de lugar allí. No dejaba de aplicarse protector solar cada vez que tenía un minuto libre.

Le sorprendió su decisión y cómo animaba al resto de su equipo mientras hacían el recorrido de prueba.

Su equipo, en cambio, parecía aburrido. Mike y Eddie tenían cervezas en la mano, no sabía de dónde las habían sacado. Y Lynda había encontrado un sitio donde tomar el sol. Se había levantado la estrecha camiseta para dejar al aire su cintura. Parecía estar posando para un catálogo de moda.

Karen los llamó de nuevo para darles una breve clase sobre orientación, usando los últimos modelos de brújulas y sistemas de GPS que acababa de sacar CEG al mercado. Después les enseñó la nueva bicicleta de montaña. Dejó que cada uno eligiera la que quisiera y diera una vuelta con ella.

Dell había hecho más de setecientos kilómetros en su bici ese año y decidió que no necesitaba perder el tiempo probando ese modelo. Aprovechó el tiempo libre para intentar encontrar un sitio donde su móvil tuviera cobertura y poder así escuchar sus mensajes. Pero no tuvo suerte. Cuando volvió con el grupo, se dio cuenta de que todos llevaban pantalones con protecciones para ir en bicicleta. Todos menos él. Otro punto que había perdido por no leer los papeles a tiempo.

Pero se imaginó que sus partes podrían soportar unos cuantos golpes mientras saltaba con la bicicleta. De todas formas, estaban ya sufriendo lo suyo por culpa de Gabby.

Los miembros del equipo de Gabby parecían estar estrechando lazos. Los tres eran hombres y los tres seguían a Gabby a todas partes.

Los de su equipo, en cambio, parecían estar listos para que alguien les diera un masaje y les sirviera un cóctel.

Por último, Karen les explicó los detalles del recorrido de obstáculos. Competirían de uno en uno. Tendrían que hacer el circuito de bicicleta y después los obstáculos a pie. Los equipos perderían puntos si alguna persona no llegaba a terminar los recorridos.

Miró a Gabby. Estaba leyendo unas hojas arrancadas de una revista. Las páginas estaban bastante arrugadas. Le parecía típico de ella aprovechar cualquier momento libre para leer.

—¿Estáis listos? —preguntó Karen—. Todos en sus sitios.

Dell vio cómo Elliot y Eddie se subían a las bicicletas y se preparaban para comenzar. Casi le daba vergüenza observar lo que iba a ocurrir. Iba a ser la competición más desigual que hubiera visto en su vida.

Pero, tan pronto, como Karen señaló el comienzo de la competición, Elliot se adelantó a su jefe en el circuito. Demasiado tarde, Dell se dio cuenta de lo desarrollados que estaban los muslos del delgado asistente. Estaba seguro de que hacía ciclismo. Pero Eddie consiguió acercarse a él y, para cuando Mike y Wally comenzaron la carrera, el equipo de Dell no llevaba demasiada desventaja.

El problema fue que Mike parecía haber bebido más de la cuenta. Le costó saltar sobre el foso de agua y cruzar las barreras, pero lo peor fueron las vigas. No tenía ningún sentido del equilibrio. Después de caerse dos veces, abandonó la prueba y fue hasta la pared de escalada, allí estuvo a punto de adelantar a Wally.

Cuando les tocó el turno a Lynda y Nick, todos aplaudían entusiasmados, la competición iba ganando emoción e interés. No se le pasó por alto que Gabby chillaba el nombre del actor como si fuera una enloquecida admiradora.

Lynda corría como una niña pequeña y, después de pasar el foso de agua, se detuvo a examinar una uña que parecía haberse roto, perdiendo así importantes segundos.

Cuando salieron Gabby y él, su equipo iba bastante retrasado. Ella terminó el circuito de bicicleta cuando él lo empezaba.

Puso toda su energía en superar rápidamente esa parte de la competición, pero con cada salto que daba la bicicleta, sus testículos sufrían el doloroso impacto contra el sillín y sus pies resbalaban de los pedales. Estaba demasiado acostumbrado a estar enganchado a ellos con zapatillas especiales. También le costó hacerse con el sistema de marchas y frenos. Era muy novedoso y distinto al suyo. Se arrepintió de no haber escuchado mejor a Karen durante las explicaciones. También le molestaba la mano que se había quemado esa mañana.

No dejaba de mirar a Gabby. Había saltado el foso con bastante soltura y le sorprendió la agilidad con la que se colgó de las barras para superar otra prueba. No dejó que eso lo desanimara, estaba seguro de que conseguiría adelantarse a ella en la pared de escalada.

Pero allí también le sorprendió. Subió la pared aferrándose a los apoyos para pies y manos y lo hizo el doble de rápido que durante el recorrido de prueba. Aun así, alcanzó la parte de arriba de la pared al mismo tiempo que ella. Sonriente y orgulloso, le guiñó un ojo. Sabía que podría descender la pared con facilidad y acabaría ganándola. Pero el arnés no se parecía a ninguno de los que había usado antes. Cuando por fin consiguió atarse, se lanzó hacia delante para darse impulso y quedó colgado boca abajo.

De nuevo, volvía a pagar su desconocimiento de los equipos.

A sus pies, Gabby llegó al suelo, se quitó el arnés rápidamente y corrió hacia la meta.

Maldiciendo entre dientes, se enderezó y ajustó el arnés, después se deslizó hasta el suelo. Fue corriendo tras ella y se dio cuenta, sintiéndose algo culpable, que podría alcanzarla a pesar de sus empapadas botas. Una parte de él quería ir más despacio y dejar que ganara al menos esa prueba. Pero la parte más competitiva pudo con él y corrió con todas sus fuerzas.

Con lo que no había contado era con tropezar por culpa de los cordones de

las botas. Se dio un buen golpe. Cayó sobre la mano que se había quemado.

Se levantó tan deprisa como pudo, pero vio que el equipo de Gabby ya celebraba la victoria. De hecho, los tres hombres la levantaban sobre sus hombros. Con la cabeza echada hacia atrás y una gran sonrisa en su cara, estaba preciosa.

Y le había ganado.

Se quedó inmóvil mirándola y sintió la misma sensación en su pecho que cuando vio cómo arreglaba el manguito del radiador de su coche. Le pasó también cuando ella respondió apasionadamente a su beso bajo el roble y cuando lo recibió entre sus brazos en el probador.

A lo mejor había subestimado a esa mujer.

Y quizás ésa fuera a ser una batalla más igualada y complicada de lo que había pensado.

Gabrielle estaba encantada con su victoria. Cuando sus compañeros la bajaron, fue Nick Ocean la que la sostuvo hasta que sus pies tocaron el suelo, quedando los dos muy juntos.

—Perfecta. Absolutamente perfecta —dijo él.

No sabía si hablaba de lo que acababa de pasar en la competición. Riendo, se apartó de él. Era un hombre muy atractivo, pero había algo muy poco auténtico en él. Sus halagos no parecían sinceros ni desinteresados.

Pero estaba tan contenta, que nada podía empañar su felicidad. Los cuatro estaban sucios y sudorosos, pero completamente satisfechos de lo que habían logrado.

Joe, el fotógrafo, no paraba de hacerles fotos, sobre todo a Nick.

Dell fue hasta donde estaba ella y le ofreció la mano.

—Felicidades.

Aceptó su mano. Le parecía surrealista estar saludándose de forma tan formal cuando sólo una hora antes habían estado a punto de hacer el amor en el probador.

—Gracias.

—Bien hecho, Gabrielle —le dijo Eddie Fosser acercándose también a felicitarla—. Aunque no habrías ganado si Dell no se hubiera tropezado en el último momento —dijo dándole una palmadita en el hombro a su rival—. Espero que mañana estés un poco más fino, hijo.

El hombre siguió riendo mientras se alejaba de ellos, pero a ella le pareció que era una risa falsa. Estaba enfadado con Dell por perder. Todo el mundo esperaba que ella perdiera, incluso Dell. Y a él no le gustaba que las cosas no estuvieran saliendo como había previsto.

Tenía que aclarar lo que había pasado entre ellos.

—Dell... Lo que ocurrió en el probador... —le dijo con toda la fuerza que pudo reunir—. No puede volver a pasar.

—Estoy de acuerdo —asintió él.

—Muy bien —repuso ella algo sorprendida—. Entonces, estamos de acuerdo.

—Así es.

Algo había cambiado. Dell ni siquiera la miraba a los ojos. Pero tampoco parecía enfadado por haber sido rechazado en el probador ni porque su equipo hubiera perdido. Estaba distante y no sabía por qué, pero le molestaba verlo así.

—Te está sangrando la barbilla —murmuró ella mientras alargaba la mano de manera instintiva para tocarlo.

Él la agarró y la sostuvo durante un segundo que le pareció eterno. Después de apartar su mano, Dell se limpió la barbilla con la camiseta. No perdió de vista sus abdominales mientras se levantaba la prenda, parecía una succulenta tableta de chocolate. No tenía nada que envidiar a los modelos de los anuncios. Se quedó absorta unos segundos.

Después se fijó en el corte que tenía en la barbilla, era bastante profundo y estaba sucio.

—Puede que necesites puntos.

—No, no es nada.

—Bueno, pero deberías dejar que lo limpiaran.

—Ya te he dicho que no es nada.

Le sorprendió su impaciencia y el tono con el que la había hablado. Se sintió herida e instintivamente se apartó de él. Casi tropezó al hacerlo, era como si hubiera vuelto a ser la misma chica torpe y retraída de siempre, y no la mujer que había conseguido superar el recorrido y ganar la prueba.

Dell la miró algo arrepentido.

—Gabby, yo...

Pero Karen los interrumpió con el silbato.

—Los miembros del equipo de Gabrielle recibirán cien puntos y los de Dell, cincuenta. Pero, no os preocupéis, tendréis más oportunidades de acumular puntos esta noche en el campamento. Y ahí es donde vamos ahora. ¡Vamos para allá!

Karen los llevó hasta el refugio y Gabrielle se mantuvo alejada de Dell. Lynda Gilbert, en cambio, no dejaba de revolotear a su lado.

Se preguntó si esos dos habrían terminado en el probador lo que Dell había dejado a medias con ella. Creía que eso explicaría por qué él se estaba



portando de manera tan fría con ella. Parecía que ya no la precisaba, al menos no para satisfacer sus necesidades sexuales.

Nick Ocean se acercó a ella.

—Bueno, Gabrielle, ¿por qué estás compitiendo contra Dave? ¿De qué va todo eso?

—Se llama Dell —lo corrigió ella—. Y es bastante simple. Los dos queremos conseguir la cuenta de CEG. Nuestro jefe y Eddie Fosser decidieron que el que consiga más puntos en la competición se hará con esa cuenta.

—Bueno, vas ganando —repuso sonriente.

—Por ahora.

—¿Quieres que le rompa un brazo?

Abrió los ojos sorprendida y se acercó a él para susurrarle al oído.

—¿Has estado bebiendo?

—Pues claro —repuso él mientras se levantaba la camiseta para mostrarle la petaca que llevaba metida en la cintura del pantalón—. Vodka. Hace que consiga llevar un poco mejor todo este tiempo en el campo. ¿Quieres un trago?

—No, gracias —repuso ella mientras se separaba ligeramente de él.

Se alegró mucho al ver que estaban llegando ya al refugio.

—Recoged vuestras mochilas, un tentempié y una botella de agua —les pidió Karen—. Vamos a ir andando hasta el campamento, que está a unos dos kilómetros de aquí. Cenaremos allí y nos prepararemos para pasar la noche.

—¿Hay duchas? —preguntó Lynda con un gemido.

—Sí.

—¿Y comida de verdad? —se interesó Wally mientras se frotaba su abultada tripa.

—Así es.

Gabrielle tomó una botella de agua y su mochila. Todo el mundo parecía haber llevado una mochila de medidas considerables, como la suya. Todos menos Dell.

Se le ocurrió mirar su móvil y vio con satisfacción que tenía cobertura allí. Llamó a Tori, que contestó de inmediato.

—Aquí la canguro de perros.

—Ja, ja. ¿Cómo está mi pequeño?

—Bien, aunque se está comiendo todo lo que hay en mi piso. Cuando, no come, duerme. Estoy pensando en hacerme con uno.

—¿Con un perro?

—O con un novio. Son bastante parecidos, ¿sabes? Comen, duermen, ladran al televisor...

—Créeme si te digo que los perros son mucho más sencillos de manejar y dan menos problemas que los hombres.

—Hablando de hombres y problemas. ¿Has conocido a Nick Ocean?

—Sí.

—¿Y? ¿Es tan guapo como en las películas?

Gabrielle miró por la ventana y vio a Nick apartándose del grupo para tomar otro trago de su petaca.

—Sí, es muy atractivo.

—¿Qué envidia me das! ¿Le has pedido ya un autógrafo para mí?

—No, pero lo haré.

—Bueno, ¿y qué tal todo con Dell?

Intentó no pensar en lo que había pasado en el probador.

—Bueno, acabamos de terminar la primera prueba de la competición y mi equipo ha ganado.

—¿Vas por delante de Dell?

—Por ahora.

Tori gritó entusiasmada.

—Espera a que lo cuente mañana en la oficina. Bueno, ¿y ha intentado algo contigo?

—No —mintió ella—. Dell nunca haría nada que no le dejara yo hacer.

—Es verdad. Pero los hombres como Dell pueden llegar a convencerte de que ellos son lo que quieres.

Se sintió fatal. Creía que su amiga tenía razón. Ya le había demostrado en un solo día lo persuasivo que podía llegar a ser.

Oyó el silbato de Karen en el exterior.

—Bueno, Tori, tengo que dejarte. Entonces, ¿todo va bien por allí?

—Más o menos —repuso Tori algo triste—. Mañana vas a volver a perderte las obras del Teatro Fox.

—Ya lo sé, pero sólo es algo temporal. Te llamaré de nuevo en cuanto pueda, ¿de acuerdo? Dale a McGee un beso de mi parte.

Colgó y desconectó el móvil para ahorrar batería. Estaba colocándose la mochila cuando entraron los demás a por las suyas.

Dell tomó de mala gana la de él. El estridente color de la bolsa hacia juego con el resto de su atuendo, parecía un turista. No pudo reprimir una sonrisa.

Karen los condujo hasta el otro extremo del refugio, en dirección opuesta al campo donde habían hecho la primera prueba. Contó para ver si estaban todos.

—¡Rompan filas! —gritó antes de ponerse a andar.

Elliot Borders, el ayudante de Eddie Fosser, se acercó a ella y le susurró al oído.

—¿Crees que ha sido general en su vida anterior?

Gabrielle no pudo evitar sonreír.

—Eso parece. O es militar o es madre —le dijo—. ¿Te lo estás pasando bien?

—De momento no mucho, pero a mi jefe le hace mucha ilusión que participe en este tipo de eventos tan propios de los «machos». ¿Y tú?

Lo pensó un momento y asintió. Estaba nerviosa porque se jugaba mucho y también por lo que había pasado con Dell, pero lo cierto era que estaba disfrutando.

—La verdad es que me lo estoy pasando bien. Y es toda una sorpresa. No suelo hacer este tipo de cosas.

—Pues cualquiera lo diría.

—Conozco bien los productos, pero sólo porque me ha tocado examinarlos y probarlos para preparar las campañas. He escrito los textos de la página web de CEG y también los folletos que se han publicado durante los dos últimos años, cuando trabajaba como ayudante de Courtney Rodgers.

—¡Ah, sí! ¡Courtney!

—¿La conociste?

—Coincidí con ella un par de veces. Toda una dama sureña, pero podía ponerse tan dura como el que más cuando era necesario —le dijo mientras la miraba con el ceño fruncido—. ¿Estás segura de que quieres esta cuenta? Es un poco... CEG es una empresa muy masculina.

—Ya me imagino —repuso ella—. Pero estoy segura de que quiero esta cuenta. Tengo ideas nuevas para mejorar la distribución. CEG se dirige a profesionales y atletas, pero creo que la empresa está perdiendo de vista al resto de potenciales consumidores, como la gente que hace deporte de vez en cuando, o incluso podrían innovar y producir productos para mascotas.

Elliot la miró interesado.

—Bueno, lo que está claro es que no te falta entusiasmo —le dijo antes de mirar a Dell—. ¿Qué es lo que pasa entre vosotros dos?

—¡Nada! —repuso ella a la defensiva—. No hay nada entre los dos. Hemos

trabajado para la misma agencia durante seis años. Dell es ejecutivo de cuentas y yo espero serlo algún día. Eso es todo.

Elliot levantó las manos en señal de rendición.

—Lo siento, perdona. Pensé que había percibido algo entre vosotros.

Gabrielle consiguió esbozar una sonrisa.

—Debe de ser el espíritu competitivo lo que has visto. Eso es todo.

—Puede que sea eso —repuso Elliot mientras estudiaba su cara.

El sol estaba dándole de lleno en el lado izquierdo de su cara. Casi podía sentir cómo se marcaban aún más las pecas en su cara.

—Necesito parar y ponerme un poco de protector solar —le dijo—. Tú sigue, ya te veré luego.

Esa parada le daba la oportunidad de librarse del escrutinio de un hombre tan observador como Elliot.

Él asintió y siguió caminando.

—Debe de ser horrible tener una piel tan clara —le dijo Lynda Gilbert al pasar a su lado—. Yo no podría soportar tener tantas pecas.

El comentario le hizo tanto daño, que se le encendió el rostro. Miró a su alrededor para ver si alguien más habría oído sus palabras. Vio las expresiones de Dell y Eddie, que cerraban la expedición, y supo que la habían escuchado. Se concentró en sacar la crema de la mochila y dejó que la adelantaran.

Cuando reanudó la marcha, iba la última, por detrás de Dell y Eddie. Intentaba no mirarlo descaradamente, pero se le iban los ojos. Estudió sus movimientos. Era muy ágil y atlético.

Tenía anchos hombros y caderas estrechas. Y las piernas mejor torneadas que había visto en su vida. Los dos hombres hablaban sin parar, bromeando y riendo de vez en cuando. Parecían dos viejos amigos. Le dolió ver lo bien que se llevaban. Estaba claro que Dell encajaba en CEG y ella no. Pensó que a lo mejor se había equivocado al empeñarse en hacerse con esa cuenta.

Se dio cuenta de que si, por algún milagro, conseguía hacerse con ese cliente, podía acabar fracasando si no conectaba con las ideas de los ejecutivos de esa empresa.

El artículo de la revista hablaba de la descarga de adrenalina que producía el ser capaz de aceptar un reto, de dar un gran salto en la vida. Pero no decía nada de cómo afrontar las ramificaciones y consecuencias que podía tener ese salto si acaba estrellándose contra el suelo.

—¡Ahí estás! —le dijo Nick acercándose a ella y tomándola por el brazo.

—¿De dónde has salido?

—Tuve que desviarme un momento del camino. Ya sabes, necesidades fisiológicas.

No le extrañaba nada, con todo lo que bebía.

—Bueno, pelirroja, ¿eres de ascendencia irlandesa?

—La verdad es que no...

—Yo hice un papel de irlandés una vez —dijo imitando el acento—. Y cuando voy a algún pub irlandés y me tomo unas cuantas pintas, puedo recitar *limericks*, ya sabes, los típicos poemas irlandeses. Me han dicho que lo hago tan bien como cualquier dublinés.

Frente a ellos, Dell se dio la vuelta y los miró con gesto de reproche.

Ella le sostuvo la mirada, ya no le tenía miedo. Después de todo, si acababa consiguiendo la cuenta de CEG, iba a tener que lidiar con Nick Ocean, así que decidió que lo mejor que podía hacer era aprender a tratar con él.

—Me encantan esos poemas —le dijo ella fingiendo entusiasmo.

—Genial. Veamos...

Nick pensó durante unos segundos y se aclaró la garganta.

—Conozco una joven llamada Gabrielle, que sonrío bastante más que Dell. Admiro sus ojos, su pelo rojo. Y sus dos piernas, me parecen bellas y tiernas.

Dell puso los ojos en blanco al oír cómo reía Gabby después de escuchar el poema del petulante actor.

—No ha estado nada mal, Nick —le dijo Eddie riendo también.

Frunció el ceño y siguió concentrado en el camino. Él también había conseguido hacer reír a Gabby así, cuando bromeaba con ella. Creía que su acento irlandés era mucho mejor que el de Nick. Tenía muy mal concepto de ese hombre y estaba seguro de que lo único que quería era acostarse con ella.

Lo que más le molestaba era que esa descripción le sonaba familiar, pero se convenció de que él no era como Nick Ocean.

Tuvieron que sufrir las canciones irlandesas del actor durante el resto de la caminata. Todos acabaron cantando con Nick. Todos menos él. No le apetecía nada cantar y, para colmo de males, le dolía mucho la herida de la barbilla. Lamentó no haberle hecho caso a Gabby. Se dio cuenta de que debería habérsela limpiado. Le dolía tanto como la mano, que había empeorado

después de que cayera sobre ella en el circuito de obstáculos.

Pero lo peor de todo era tener que escuchar cómo Nick coqueteaba con Gabby.

Estaba deseando que acabara ese fin de semana y eso que no había hecho más que empezar.

Llegaron al campamento a las cinco de la tarde. Era un agradable claro en el bosque rodeado de árboles y con un río muy cerca. En el centro del campamento había una gran barbacoa. Al lado estaba el edificio donde estaban los baños y las duchas.

—Pasaremos la noche aquí —les dijo Karen—. Y mañana estaremos todo el día en el río, bajándolo en balsa.

—Bueno, al menos será más refrescante que hoy —comentó Mike Strong mientras se secaba el cuello con un pañuelo.

—Mientras tanto, vamos a hacer otra prueba para comprobar qué tal os orientáis —les dijo Karen dándole a cada uno tarjetas y lapiceros—. Usad lo que aprendisteis esta mañana y, con ayuda de los GPS portátiles de CEG, intentad describir con la mayor exactitud posible el trayecto que acabáis de recorrer para llegar hasta aquí.

Maldijo entre dientes. Había estado tan distraído observando a Nick y Gabby, que no había prestado atención al camino. Algo poco común en él. Cerró los ojos e intentó recordar cómo habían llegado al campamento, pero no consiguió centrarse. Jugueteeó con el GPS durante unos minutos y acabó escribiendo lo que le pareció la respuesta más cercana a la verdad, teniendo en cuenta que había prestado muy poca atención. Pero se imaginó que los demás no lo harían mejor que él. Creía que sólo podría superarle Mike, que parecía acostumbrado a la montaña.

Nick estaba demasiado borracho, Lynda estaría perdida y Gabby le había confesado durante el viaje en coche que se le daba muy mal orientarse.

La miró, escribía sin parar en su tarjeta. Estaba tan concentrada, que la punta de su lengua asomaba a un lado de su boca. Aún llevaba los ceñidos pantalones de ciclista. Tuvo que reconocer que Nick había acertado en algo. Esa mujer tenía unas piernas espectaculares. Piernas que terminaban en la parte superior en un fenomenal trasero que había tenido el placer de ver. Igual que el resto de...

Tragó saliva y bajó el GPS portátil para disimular una incipiente erección. Esa pelirroja estaba acabando con él.

—Se acabó el tiempo —anunció Karen mientras recogía las tarjetas de todos.

Las revisó con el ceño fruncido. Estaba claro que la orientación no era uno de los fuertes del grupo.

—Tenemos dos respuestas correctas —les dijo—. Las de Mike y Gabrielle. ¡Felicidades! Acabáis de conseguir cada uno otros cien puntos.

El grupo de Gabby aplaudió entusiasmado. Él también lo celebró. La verdad era que estaba muy impresionado. No sabía cómo lo habría conseguido.

—¡Buen trabajo! —le dijo Eddie.

El jefe parecía impresionado con Gabby.

—Eddie y Nick se llevan cincuenta puntos. Sus respuestas se han acercado bastante a la realidad.

Se mordió el labio con inquietud. Gabby ya había conseguido doscientos puntos y él sólo tenía cincuenta.

Nada estaba resultando como había esperado.

—Una prueba más antes de dar por concluida la competición por hoy —dijo Karen mientras les entregaba bolsas de tela—. Estas son vuestras tiendas, se trata del último modelo de CEG. Las instrucciones aseguran que se pueden montar en cinco minutos, pero voy a daros diez.

Todos rieron.

—La primera persona que termine recibirá cien puntos más. La segunda, noventa. La tercera, ochenta. Y así hasta el último. Por si necesitáis más incentivos, os diré que el que no consiga montarla en diez minutos tendrá que pasarse el resto del fin de semana durmiendo a la intemperie, sólo con el saco de dormir.

Todos se quejaron, menos él, que no pudo evitar sonreír. Había montado docenas de tiendas en su vida y sabía que sería pan comido para él.

—Encontrad un sitio para poner vuestra tienda —les aconsejó la guía—. Y esperad a que haga sonar el silbato.

Vio con desagrado cómo Nick seguía a Gabby y se preparaba para instalar su tienda al lado de la de ella. Le parecía increíble que ese tipo pensara que podía conseguir que alguien como Gabby fuera a acostarse con él. Ella era una chica con valores tradicionales. Su vida giraba alrededor de su empleo en la agencia y de su trabajo voluntario en el Teatro Fox. Se imaginó que, de compartir la cama con alguien, sería con su perro. Era una niña buena.

Sonó el silbato y se dio cuenta de que ni siquiera había encontrado aún un buen sitio para instalar su tienda. Corrió hasta un hueco que estaba libre y vertió todos los contenidos de la bolsa en el suelo.

—Hola, vecino —le dijo Lynda con voz seductora.

Levantó la vista y forzó una sonrisa.

—Hola.

—Parece que estamos de vuelta en el instituto —se quejó la mujer—. Menos mal que no es la primera vez que salgo de acampada. No hay nada como hacer el amor bajo las estrellas.

—Ya... —consintió él mientras miraba con el ceño fruncido las piezas que habían quedado en el suelo.

Se fijó después en Gabby, ya había comenzado a alzar su tienda. Se levantó un poco de viento y se llevó su hoja de instrucciones. Alargó la mano para atraparla, pero no llegó a tiempo. Se dijo que no le hacía falta, no podía ser muy complicado.

Lo más difícil era dejar de mirar a Gabby y a Nick y concentrarse en lo que tenía que hacer. Se imaginó que Nick era el tipo de hombre capaz de fallar ese prueba a propósito para poder compartir la de Gabby.

Y la verdad era que no le extrañaba que Gabby intentara entablar amistad con el atractivo y seductor actor. Después de todo, era un famoso actor de cine y él se había portado muy mal con ella la última vez que habían hablado.

—¡He terminado! —exclamó Gabby entusiasmada.

Su sonrisa era enorme. Se quedó fascinado mirándola.

Pero eso quería decir que iba a ganar otros cien puntos.

Todos fueron terminando poco a poco. Todos menos él. Sin las instrucciones, tuvo que deshacer todo y volver a empezar dos veces.

—¡Se acabó el tiempo! —anunció Karen.

Todos se rieron a su costa.

Frustrado, levantó las manos en gesto de rendición. Le enfurecía haber dejado que Gabby lo desconcentrara de esa forma. Intentó quitarle importancia y tomárselo a risa, pero le costó soportar las continuas bromas de la gente durante la cena.

La única que no le dijo nada fue Gabby, parecía hacer lo imposible por evitarlo.

Cuando todos se retiraron a dormir, él vigiló para asegurarse de que Nick se metía en su propia tienda.



—¡Eh, Dell! Tengo mucho sitio, podemos compartir mi tienda... —le susurró Lynda.

—No me hace falta, gracias —repuso él con impaciencia.

Creía que sólo era cuestión de tiempo antes de que Nick intentara meterse en la tienda de Gabby.

Extendió el saco y se metió en él. Estaba muy incómodo, había demasiados bultos en el suelo. Después de dar vueltas durante más de una hora, se levantó y buscó un sitio más llano. Lo encontró justo detrás de la tienda de Gabby.

Dejó de preocuparse por Nick cuando oyó los ronquidos que salían de su tienda.

Se quedó mirando la tienda de Gabby y se la imaginó dentro, relajada en su saco y sudando por culpa del calor de la noche. Cerró los ojos y gimió, no podía seguir torturándose con esas fantasías, pero tampoco podía dejar de pensar en ella. Ni en ella ni en cómo había respondido a sus besos y caricias en el probador. Habían estado a punto de hacerlo allí mismo, tenía la certeza de que habría sido delicioso sentirla entre sus manos.

Se preguntó si ella seguiría despierta en su tienda y dándole vueltas a las mismas cosas.

Una hora después, abrió el saco de dormir. Le dolía la barbilla y la mano. Pensó que a lo mejor debería ir a su tienda y pedirle unos apósitos limpios para cambiarse el vendaje. Le dio vueltas y se convenció de que era buena idea. Se sentó y gateó hasta su tienda.

Guardaba la esperanza de que estuviera despierta y se sintiera osada esa noche...

Gabrielle se rindió al sofocante calor de la noche y se quitó la camiseta. La dejó junto con sus pantalones cortos y el sujetador. Suspiró y se concentró en el techo de la tienda. No podía dormir. Podía escuchar a los grillos y las ranas, y también los ronquidos de Nick Ocean en la tienda de al lado. No pudo evitar sonreír al pensar en lo que dirían sus rendidas admiradoras si vieran a su estrella favorita como ella lo había visto ese día, bebiendo de su petaca, cantando canciones y roncando como un descosido. No tenía nada que ver con la imagen de chico sano y atractivo que hacía de imagen de la empresa CEG.

Su cuerpo estaba completamente agotado, no estaba acostumbrada a tanta actividad física, pero su mente no descansaba. Estaba orgullosa de haber podido ganar la prueba de ubicación, porque el orientarse siempre había sido uno de sus puntos débiles. El aparato de GPS la había ayudado mucho, pero había sido clave para ella recordar dónde estaba el sol en uno de los puntos del camino. Recordó cuando tuvo que detenerse y aplicarse más crema protectora porque el sol estaba castigando el lado izquierdo de su pecoso rostro. Por una vez en la vida, las pecas que tanto odiaba le habían servido de algo.

La prueba de las tiendas de campaña tampoco le había resultado muy complicada. Ese modelo era similar al que tenía en el salón de su casa. En el que había dormido durante los tres meses anteriores. La primera vez que tuvo que montarla, le costó más de una hora y acabó por desplomarse minutos después. Pero volvió a empezar y la segunda vez sólo tardó media hora. Había sido mucho más fácil montarla ese día sin tener lidiar con McGee intentando ayudarla.

Le había sorprendido que Dell fallara la prueba de orientación, era un hombre que pasaba todo su tiempo libre en la montaña, haciendo ese tipo de cosas, le parecía muy extraño. Después, cuando falló también la prueba de la tienda, se dio cuenta de que pasaba algo raro. Ahora ya sabía de que se

trataba.

Estaba dejándola ganar.

Quizás por eso había perdido también en la prueba de obstáculos. Ahora que había llegado a la conclusión de que estaba dejándose ganar, se dio cuenta de que la caída que sufrió hacia el final no fue demasiado convincente.

Lo que no entendía era por qué estaba haciéndolo. A no ser que, tal y como Tori le había sugerido, estuviera intentando ganarse sus favores para acostarse con ella. Aún quedaban muchas pruebas y quizás Dell pensara que podía recuperar el tiempo perdido durante los últimos días de la competición, después de que consiguiera de ella lo que quería.

Frunció el ceño. A pesar de que lo que había pasado en las pruebas le indicaba que Dell estaba jugando con ella, había algo que no encajaba. Los dos habían estado de acuerdo en olvidar el incidente del probador y habían prometido que no iban a dejar que ocurriera de nuevo. Además, había estado muy distante y frío con ella toda la tarde.

No tenía sentido.

Por otro lado, pensaba que, de tener algún interés en ella, estaría en ese instante llamando a la puerta de su tienda.

De repente oyó un crujido cerca de la puerta y pensó que era su imaginación, jugándole una mala pasada. Después levantó la cabeza para escuchar mejor y se dio cuenta de que alguien, o algo, estaba justo delante de su tienda.

Salió deprisa del saco y buscó a su alrededor algo que pudiera usar a modo de arma. Tenía una navaja suiza en su mochila, pero ni el sacacorchos ni la lima eran demasiado amenazadores. Si era un oso, no tenía nada que hacer, pensó que se la comería a ella y también su navaja suiza.

—¿Gabby? —susurró el presunto oso.

Se sintió aliviada, pero sólo durante medio segundo.

Dell estaba demostrándole que su teoría sobre lo que había estado haciendo ese día era cierta.

Suspirando, se puso de nuevo la camiseta y abrió unos centímetros la cremallera de la puerta.

—Dell, ¿qué quieres?

—Bueno... Quería saber si tienes más vendas y apósitos.

—¿Para tu mano?

—Y para la barbilla —admitió—. Creo que se me ha infectado la herida.

No sabía qué hacer. La verdad era que parecía sincero. Abrió del todo la puerta sin dejar de pensar en las advertencias de su amiga Tori.

—Espera un segundo, tengo que encontrar la linterna.

Tocó el suelo de la tienda hasta dar con ella. La encendió y se dispuso a sacar lo que necesitaba de la mochila.

—¿Puedo pasar?

Ella dudó un segundo. Después, rodeó sus piernas con el saco para no mostrar su ropa interior.

—Claro. De todas maneras, quería hablar contigo —le dijo.

Sintió cómo se le aceleraba el pulso al verlo entrar en la tienda. No podía distinguir su cara, sólo su silueta.

—A ver si lo encuentro... —dijo mientras rebuscaba en su mochila—. ¡Aquí está!

Sacó su pequeño botiquín y se giró hacia él, dejando la linterna en el suelo entre los dos. Dell estaba despeinado y su ropa arrugada. Él se rió al mirar el interior de la tienda. Era muy pequeña para dos personas.

—Así que está es la famosa tienda...

Abrió el botiquín y sacó la pomada desinfectante.

—Así es.

—¿De verdad duermes en una tienda de campaña dentro de tu piso?

—Sí, tengo una muy parecida a ésta.

—Parece divertido.

—Sí, lo ha sido —repuso ella encogiéndose de hombros—. Levanta la barbilla.

Dell hizo lo que le decía y ella trató de concentrarse en la herida e ignorar sus profundos y cálidos ojos. Sus facciones eran atractivas, pero con carácter, no tan insulsas y perfectas como las de Nick Ocean. Aplicó con cuidado la pomada. Su piel era un poco áspera por culpa de una incipiente barba. Sólo lo estaba tocando con un dedo, pero era suficiente como para que su mente y su cuerpo respondieran al hecho de tenerlo allí.

Olía a menta. Sabía que era gracias al refrescante jabón que había en las duchas del campamento. Se imaginó a Dell debajo del chorro de agua y el jabón cubriendo su musculoso cuerpo. Sintió el golpe del deseo concentrarse entre sus piernas.

—Está un poco hinchado —susurró ella.

—¿Hablas de mi herida? —preguntó él.

La tensión en el aire era palpable.

Él era toda una tentación, eso no podía negarlo. Tenía un cuerpo espectacular, mucho encanto y unos ojos que habían protagonizado sus fantasías durante años. Había pasado muchos ratos despierta en la tienda de su piso imaginándose a Dell tendido a su lado, metidos en una especie de burbuja, completamente aislados del exterior.

Le había ocurrido demasiadas veces. Se sentía algo patética.

—Sí, estaba hablando de la herida —contestó con decisión.

Dell se humedeció los labios con la lengua.

—¿Llevas braguitas?

—No es asunto tuyo —repuso ella mientras le colocaba el apósito con algo de brusquedad.

—¡Ay!

—Enséñame la mano —le pidió.

Dell hizo lo que le decía. El apósito que le había colocado esa mañana estaba húmedo y algo despegado. Se lo quitó. Las ampollas de las quemaduras se habían abierto y la piel estaba muy enrojecida. Aplicó más pomada y volvió a vendarlo.

—Ya está.

—Gracias —le dijo Dell.

—Muy bien, buenas noches.

Él alargó la mano y le retiró un mechón de pelo, colocándolo tras su oreja.

—Dijiste que querías hablar.

Apretó la boca un segundo, intentando recordar de qué quería hablarle.

Él se inclinó y capturó su boca en un beso que impidió que pudiera seguir pensando. Su mente estaba en blanco, sólo sentía el deseo en su interior, en una zona muy concreta. No pudo evitar que las fantasías surgieran de la nada. Eran ellos dos... Estaban solos y en una tienda de campaña a oscuras, en medio de la montaña...

De repente oyeron un escandaloso ronquido, un sonido que les recordó que no estaban solos.

Se separó de él.

—Sé que es lo que estás haciendo —le dijo en cuanto recuperó el aliento.

Dell tomó la linterna y la apagó. Después siguió besándola, esa vez recorriendo lentamente con sus labios y su lengua el cuello de Gabrielle.

—¿Cómo?

—¡No soy tonta, Dell! —repuso ella mientras su cuerpo se arqueaba ante los besos sin que pudiera evitarlo—. Es imposible que te tropezaras en el circuito de obstáculos. ¡No había ni una piedra! ¡Sólo hierba!

—Ya...

Pero no la escuchaba. La empujó para que cayera sobre el saco y, inclinándose sobre ella, deslizó la mano por debajo de su camiseta. No pudo evitar gemir cuando le tocó un pecho.

—Y también fracasaste en la prueba de orientación —siguió ella como pudo.

Le encantaba sentir sus manos en el cuerpo, estaba en el séptimo cielo.

—Ya...

—Y tampoco pudiste levantar tu tienda...

Él rió su comentario, tomó su mano y la colocó sobre su erección.

—Creo que mi «tienda» está más que levantada.

Ella apartó la mano rápidamente. Apenas podía respirar.

—A esto me refiero. Estás dejándote ganar a propósito, ¿verdad?

Él se detuvo y la miró con sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

—Para poder hacer esto —repuso ella con convicción.

Se quedó quieto unos segundos. Estaba demasiado oscuro como para que pudiera interpretar la expresión de su cara. El silencio hizo que dejara de pensar en la conversación que estaban teniendo para concentrarse en que tenía el cuerpo de Dell encima. Tenía su rodilla entre sus piernas y sus pieles estaban en contacto en demasiados puntos como para poder ignorarlo.

—Me detendré en cuanto me digas que lo haga —susurró Dell antes de besarla de nuevo.

Su lengua exploró lentamente su boca, despertando por completo deseos que tenía dormidos desde hacía demasiado tiempo. Se separó de ella, le levantó de nuevo la camiseta y se concentró en sus pechos. Mordisqueó sus pezones e hizo que se estremeciera de placer. Después descendió por su piel, lamiéndole el estómago y bajando hasta quedar frente a su ropa interior. Sintió, a través del fino algodón de sus braguitas, cómo lamía el centro de su feminidad.

Se derritió por completo en ese momento. Apretó los puños y agarró con fuerza la camiseta de Dell para poder controlarse y no gritar.

Después, lentamente, él le bajó con cuidado la prenda y enterró su cabeza entre los muslos. No estaba preparada para la increíble descarga eléctrica que

sacudió su cuerpo en el momento en el que él empezó a acariciarla íntimamente con su lengua. No podía pensar, no entendía nada... Lo único que quería era que no terminara nunca.

Por eso supo que tenía que terminar. Sabía que aquello no era buena idea.

—Dell —susurró sin fuerzas—. Dell, para...

Él levantó la cabeza. Despacio, gateó hasta quedar sobre ella.

—Muy bien. Buenas noches, Gabby —se despidió.

La besó con fuerza y ella se estremeció al saborear su propio e íntimo aroma en la boca de aquel hombre.

Dell salió de la tienda y ella se quedó inmóvil. Su cuerpo aún temblaba de placer y comenzaba a recuperarse del clímax. Se llevó la mano al estómago y desde allí la deslizó hasta el triángulo de rizos que cubría su sexo. Seguía desnuda y húmeda. Sin poder quitarse a Dell de la mente ni lo que acababa de hacerle, comenzó a acariciarse su centro de placer. No tardó en conseguir llegar de nuevo al éxtasis y se mordió los nudillos para no gritar mientras su cuerpo se movía en violentos espasmos de placer.

Unos segundos después, oyó la risa de Dell y se dio cuenta de que no había sido tan silenciosa como había creído. Se ruborizó al instante, sólo le faltaba aquello. Pero creía que era preferible eso que tener que arrepentirse al día siguiente de haberse acostado con él. Creía que su dignidad salía ganando.

Pero mientras se quedaba dormida recordó que Dell no había negado en ningún momento que no la estuviera dejando ganar.

No podía creerse que Gabby pensara que estaba dejándola ganar.

Apartó con la mano algún bicho que se le había posado en la cara. Había sido una noche horrible, tenía la sensación de que todos los mosquitos y otros insectos del bosque habían decidido acosarlo sin descanso durante horas.

Suspiró y se sentó. Estaba a punto de amanecer y sabía que no iba a poder dormir más. Entre los insectos, los ronquidos de Nick Ocean y el encuentro con Gabby no había conseguido descansar nada. Ya le había afectado demasiado acariciar y saborear su cuerpo, lo bastante como para no conseguir conciliar el sueño, pero cuando volvió a su saco y la escuchó dándose placer a sí misma, pensó que iba a volverse loco. Había estado tan excitado, que tuvo que usar toda su voluntad para no hacer lo mismo que ella, pero se negaba a masturbarse en su saco de dormir, como si fuera un chaval de trece años.

El campamento estaba en silencio, pero pronto empezó a haber algo de movimiento.

Karen salió de su tienda y comenzó a preparar el desayuno. De uno en uno, los participantes que habían sido invitados a esa competición por Eddie, comenzaron a salir de sus tiendas. Gabby fue una de las primeras.

Estaba sacudiendo el saco cuando salió. Estaba despeinada y aún tenía cara de sueño. Lo miró durante medio segundo y se ruborizó de inmediato. Dio media vuelta y fue derecha a los aseos.

La observó mientras andaba hacia ese edificio. Era una mujer atractiva y tenía un cuerpo muy tentador, pero no sabía qué era lo que tenía para que le estuviera afectando de esa manera. Estaba consiguiendo distraerlo tanto, que ella misma estaba convencida de que estaba dejándose ganar.

—Está bien, ¿eh? —murmuró Nick Ocean acercándose a él mientras observaban juntos a Gabby—. Tenía la esperanza de conseguir entrar en su tienda anoche...

Hizo dos puños con las manos, le hubiera encantado golpear a ese hombre,



pero no podía.

—Para que Gabby accediera a dejarte entrar en su tienda, tendría que estar tan borracha como lo estabas tú anoche.

Nick se rió.

—Sólo estaba intentando aportar un poco de diversión a esta estúpida competición de supervivencia.

—CEG te paga un montón de dinero para que seas la imagen de sus productos. Te conviene portarte bien cuando estás con Eddie Fosser.

El engreído actor rió de nuevo.

—Basta con que dé bien en cámara y sonrías en las presentaciones para la prensa —le dijo Nick con autosuficiencia—. Si te vas a llevar la publicidad de CEG, será mejor que lo tengas claro. Aunque si la decisión fuera cosa mía, me quedaría con Gabby.

Nick se alejó de allí. Furioso, terminó de enrollar el sacó y lo sujetó con las correas. En vez de ir a los aseos, se dirigió hasta el río. Tomó agua entre sus manos y se lavó el rostro y las manos.

Después de todo, aquel sitio era una auténtica belleza. Siempre sentía una emoción especial en su interior cuando estaba en plena naturaleza.

Al menos casi siempre.

El día anterior, había estado demasiado distraído con Gabby y el concurso como para fijarse en su maravilloso entorno.

Cuando estaba en un sitio así, se arrepentía de no haberse hecho guarda forestal o guía en vez de dedicarse a la publicidad. Sabía que económicamente saldría perdiendo, pero aquello era lo que le gustaba de verdad.

Se dio cuenta de que hacerse cargo de la publicidad de CEG le serviría para contrarrestar un poco esa sensación, aunque no fuera como trabajar al aire libre.

Se secó la cara con la camiseta.

La refrescante agua del río no le había servido para aclarar su mente. Pero tenía claro que había sido una suerte que Gabby lo hubiera detenido la noche anterior en la tienda de campaña, antes de que hiciera algo de lo que los dos podían haberse arrepentido después. Con una sonrisa, recordó lo que había pasado, al menos tenía la satisfacción de haberle dado a Gabby un placer que, seguramente, no había experimentado nunca. Creía que era la primera vez que estaba con una mujer sin que él llegara también a alcanzar el clímax. Y había salido de la tienda sin remordimientos.

Creía que era una muestra de madurez por su parte. O quizás fuera algo más...

—¡A desayunar! —gritó Karen interrumpiendo sus pensamientos.

Volvió al campamento. Todos estaban allí ya comiendo huevos, panceta y zumo. Gabby estaba muy guapa esa mañana con pantalones cortos color beige y una camiseta rosa. Le dolió ver cómo reía las absurdas bromas de Nick Ocean que, como siempre, concentraba la atención de todos con su afán de protagonismo. Dell cometió el error de mirar a Lynda. Ésta le guiñó un ojo y sonrió. Estaba perfectamente peinada y maquillada. Su corta falda no dejaba mucho a la imaginación. Le dedicó una fría sonrisa y miró a otro lado.

Karen se puso en pie y señaló a un autobús que llegaba en ese instante con un montón de botes hinchables.

—Ahí está el material que necesitaremos hoy. Cuando terminéis de desayunar, quiero que quitéis la tiendas y hagáis la mochila. Tenéis que dejarlas en el autobús, así que llevad con vosotros sólo lo imprescindible. Esta noche acamparemos en la parte baja del río.

Dell sonrió, le encantaba la idea de pasar el día en el río.

—Habrá cuatro personas en cada bote. Los mismos equipos que se formaron ayer.

Dejó de sonreír al instante. Ya no le atraía tanto la idea de estar todo el día en el bote. Se le iba a hacer muy largo.

Les entregaron cascos, remos, chalecos salvavidas y sandalias. Todos, por supuesto, eran productos de CEG.

Karen y Joe se encargaron de asegurarse de que todo el mundo sabía cómo agarrar el remo, cómo colocarse en el bote para salvar mejor los saltos y qué hacer si caían al agua.

Él había hecho todo tipo de cursos relacionados con la navegación y las regatas. No pudo reprimir un bostezo al tener que oír todo aquello de nuevo.

—Voy a observar a todo el mundo para comprobar qué tal lo hacéis desde un punto de vista técnico —les dijo Karen—. Lo más importante es que lleguéis sanos y salvos y conseguir no caer de la balsa, ¿de acuerdo?

Todos se metieron en sus respectivas embarcaciones. Karen iba en la de Gabby, sentada con el remo que hacía de timón. Joe iba en la suya con una cámara especial para hacer fotos en el agua.

El río iba lo bastante caudaloso como para que fuera una bajada agradable. Había unos tres rápidos en el trayecto que, aunque no eran muy altos, le darían

un poco de interés a la competición. No estaba preocupado. Aquella iba a ser una prueba muy sencilla para él. Había bajado por ríos mucho más rápidos y peligrosos. Metió el remo en el agua y comenzó a impulsar el bote sin problemas.

Eddie y él comenzaron a conversar en seguida, pero no dejaba de vigilar a Gabby. Nick estaba sentado al lado de ella. Creía que alguien debería decirle a ese hombre que debía mantener las dos manos en el remo y lejos de esa mujer.

—¿Dell?

—¿Sí?

Se giró y vio que Eddie y el resto de su equipo lo miraban expectantes.

—Te acabo de preguntar si crees que Gabrielle podría hacerse cargo de la cuenta de CEG.

Tardó unos segundos en contestar.

—Gabby ha estado ayudando en las campañas de vuestra empresa durante un par de años y conoce muy bien los productos.

—Pero... —intervino Eddie.

Intentó encontrar las palabras adecuadas. No quería hablar mal de ella, pero tampoco podía ponerla por las nubes. Después de todo, él también quería esa cuenta.

—Pero no tiene la experiencia necesaria para una cuenta tan importante como la de CEG y creo que no está lista aún.

—Entiendo —repuso Eddie mientras asentía con la cabeza.

—Sí, pero nada de eso importará si sigue ganando como lo está haciendo hasta ahora, Kingston —le dijo Mike.

Todos rieron. Incluso él. Pero no pudo evitar sentirse mal, a pesar de que les había dicho lo que pensaba y que había sido sincero. Miró a Gabby. Su balsa iba por delante de la de él. Nick aprovechó un balanceo de la barca para abrazarla. Segundos antes de que el agua los empapara.

—¡Roca a la derecha! —gritó Joe desde su posición de ventaja.

Pero fue demasiado tarde. La balsa rebotó en la roca y él, que estaba distraído, cayó irremediamente al agua. Se desplomó bajo el agua y aterrizó con dureza sobre otra roca que golpeó su tobillo. Maldiciendo entre dientes, se levantó y caminó sorteando las rocas hasta la balsas, que lo esperaban a un lado del río.

—¿Estás bien? —le gritó Karen.

Él asintió, pero su respuesta estaba muy lejos de la verdad. Y no sabía qué le dolía más, el tobillo o su orgullo herido.

—Te está sangrando la espinilla —le dijo Gabby cuando llegó a su lado.

Le quitó importancia al asunto, ya se sentía demasiado humillado como para añadir más leña al fuego. Miró a Eddie Fosser preocupado. Ese hombre debía de empezar que era un auténtico desastre.

—¿Cómo te caíste, Dell? —le preguntó Nick con sorna.

—Pensé que era un buen día para darme un baño —repuso él.

—Pues no es mala idea —dijo Karen—. Vamos muy bien de tiempo, así que podríamos hacer un descanso aquí mismo para nadar un poco, ¿qué os parece?

Nadar. El estómago le dio un vuelco. Eran sus nervios. No sabía nadar. Parte de la culpa la tenía su complexión. Cuando era pequeña, todos los niños se burlaban tanto de su piel blanca y sus pecas, que siempre evitaba situaciones en las que tuviera que exponer su cuerpo en traje de baño.

Todos empezaron a quitarse las protecciones, las camisetas y bermudas. Ella llevaba, debajo de la ropa, un conservador bañador verde, de los que usan las nadadoras. Era también uno de los productos de CEG que había estudiado para su trabajo.

Se quitó la ropa algo avergonzada. Miró de reojo a Dell, que la estaba observando. Se preguntó si estaría pensando en la noche anterior y en que él ya había visto, tocado e incluso saboreado ese cuerpo.

A su lado, Lynda se quitó su minifalda. Era como una diosa de bronce. Su piel perfecta resaltaba gracias a un minúsculo bikini blanco que no tapaba nada.

Echaba de menos no tener una toalla a mano para cubrirse, así que decidió meterse en el agua. Se sentó frente a una roca, dejando que el agua la tapara hasta el cuello, pero con los pies bien firmes en el fondo del río.

A Nick le afectó hasta tal punto el bikini de Lynda que dejó de coquetear con ella para jugar con la atractiva morena en el agua.

—Hola.

Levantó la vista y se encontró con Dell, de pie frente a ella. Sólo llevaba puesto un bañador negro y el contorno de su silueta lo dibujaba el sol a sus espaldas. Era un todo un espectáculo para la vista.

—Hola —contestó ella.

—¿Puedo sentarme contigo?

Se encogió de hombros, pero no pudo evitar que su pulso ganara velocidad.

—Claro.

Se sentó cerca de ella. Colocó las manos unidas tras su cuello y se apoyó sobre la roca que les servía de respaldo.

—¿Qué tal tu pierna?

—Está bien. Lo que me duele es el tobillo.

—¡Te lo mereces!

—¿Qué? —preguntó él atónito.

—Te lo mereces por tirarte así de la balsa.

—No me he tirado de la balsa.

No pudo evitar reírse.

—Te olvidas, Dell, de que tuve que escribir tu biografía para el anuario. Has hecho los suficientes cursos en deportes acuáticos como para trabajar de monitor.

De repente, se puso un poco tenso.

—Bueno, vamos a dejarlo ya, ¿de acuerdo?

Tan frustrada como él, se tumbó sobre la roca e intentó relajarse, pero era demasiado consciente del hombre que tenía a su lado. Su presencia era muy fuerte.

—¿Quieres nadar un rato?

—Ahora mismo, no, ve tú.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Pasa algo —insistió Dell—. Lo noto en tu cara.

—Está bien —dijo ella suspirando—. No sé nadar.

Abrió los ojos sorprendido.

—Bueno, deja que te enseñe.

—No, aquí no, ni hablar —repuso ella riendo—. Además, puede que intentes ahogarme para hacerte con la cuenta de CEG.

—Pero eso iría en contra de esa teoría tuya... ¿Cómo era? ¡Ah, sí! Crees que te estoy dejando ganar para poder acostarme contigo.

Se quedó boquiabierta.

—Bueno, ésas no fueron mis palabras...

Él se acercó más a ella y sonrió lentamente.

—Te oí anoche, después de que me fuera de la tienda.

Cerró los ojos avergonzada. Podía sentir el calor en sus mejillas.

—No sé de que me estás hablando.

—Habría sido mucho más divertido si me hubieras dejado terminar a mí.

No pudo ahogar una exclamación. No se creía lo que estaba diciéndole. Lo miró y se encontró con sus ojos chocolate. La miraba retándola, pero no iba a caer de nuevo en la trampa, ya lo había hecho una vez.

—No te acerques a mi tienda, Dell— le dijo.

Karen los llamó entonces para que fueran a comer. Gabrielle se levantó y salió del agua. Ya no le importaba mostrar su piel blanca y pecosa ni que sus pezones se hubieran endurecido por culpa del agua. Creía que si aparentaba estar por encima de todo eso, Dell no sabría nunca hasta que punto sus palabras la habían excitado.

A Gabrielle le encantó meterse de nuevo en la balsa. Al menos así podría estar lejos de Dell. Pero la balsa del otro equipo era la que iba entonces delante y tenía que verlo aunque no quisiera.

No era el hombre más atractivo del mundo. Sus facciones no eran perfectas como las de Nick, ni su sonrisa marcaba hoyuelos en las mejillas. Pero le atraía a pesar de sus defectos. Lo que más le fascinaba era la manera en que su rostro podía cambiar de expresión una docena de veces en el curso de una corta conversación. Pasaba de serio a bromista, de frialdad a seductor en cuestión de segundos. Y sus ojos... No dejaba de pensar en lo que habría detrás de ellos, en lo que una mujer podría encontrar escondido en su interior si conseguía romper las barreras que lo rodeaban continuamente. No sabía si sería tan feliz y seguro de sí mismo como aparentaba o si, como ella había fantaseado, era el tipo de hombre que podía enamorarse de una mujer y querer tenerla a su lado para siempre.

La carcajada de Lynda la sacó de sus pensamientos. Dell y ella estaban salpicándose mutuamente con los remos. Él había conseguido empaparla por completo.

Joe levantó la cámara para capturar el momento.

No pudo evitar sentir envidia. Creía que nunca podría ser como aquella mujer, tan segura de sí misma como para bromear con tanta facilidad con hombres como Dell y Nick Ocean.

Dell y ella, en cambio, se pasaban el tiempo enzarzados en discusiones o en situaciones de alto voltaje sexual. Parecía que no podían encontrar el punto medio.

Pero no podía hacer nada en ese instante para solucionar las cosas, así que decidió no pensar en lo que había pasado entre ellos y concentrarse en remar. Estaba decidida a disfrutar de ese día todo lo que pudiera. Hacía un tiempo maravilloso, la brisa era muy agradable y el agua brillaba a su alrededor como

un campo de diamantes.

Karen le había dicho que saber nadar no era demasiado importante si uno caía al agua desde una de esas balsas. Los modernos chalecos salvavidas de CEG mantendrían a cualquiera a flote y, a partir de ahí, lo primordial era no perder la calma, dejarse llevar por la corriente con los pies por delante e intentar llegar a aguas poco profundas o tranquilas tan pronto como se pudiera.

Así que, aunque no sabía nadar, estaba intentando no pensar en que se iba a pasar el día rodeada de agua por todas partes. Tenía sus pies metidos con tanta fuerza entre el lateral del bote y el fondo que creía que no podría caerse de la balsa.

Sus limitaciones habían hecho que le fastidiara aún más que Dell se tirara a propósito de la balsa. Estaba segura de que era un excelente nadador, pero podría haberse golpeado en la cabeza con una roca o quedarse atrapado bajo el agua. Recordó cómo se había quedado sin respiración al verlo caer. No había recuperado el aliento hasta que lo vio salir de nuevo.

Lo odiaba por hacer el tonto de esa manera, por dejarse caer y por hacer que le importara aún más.

Lo miró de nuevo. Con la cabeza echada hacia atrás y riendo, estaba más sexy que nunca. Tenía el pelo húmedo y más oscuro. No llevaba nada debajo del chaleco y podía disfrutar de la vista de sus musculosos y bronceados brazos. Parecía estar bromeando con todos y pasándoselo bien. Estaba claro que se sentía muy cómodo al aire libre, en plena montaña y practicando deportes. Ella, en cambio, era pálida, torpe y lo único que sacaba en claro de la naturaleza eran unas cuantas alergias y quemaduras solares. La verdad era que no tenían casi nada en común. Sólo una increíble atracción sexual que, en el caso de Dell, desaparecería en cuanto se acostara con ella. De eso estaba segura.

Pero eso no quería decir que se hubiera planteado dar ese paso.

Parecía que no podía controlar sus pensamientos. Apartó la vista de Dell y se decidió a entablar conversación con sus compañeros de equipo. Nick estaba más callado de lo que era común en él. Se imaginó que aún seguiría con resaca del día anterior. Pero Wally, Elliot y Karen parecían personas muy interesantes.

—Wally, ¿podrías vender en vuestras tiendas productos para que las mascotas usaran en el campo? —le preguntó.

—¿Que si podría? En la mitad de las tiendas que tenemos por todo el país,



nuestro departamento de mascotas es mas grande que el de niños. Es una de las secciones más importantes.

Gabrielle miró a Elliot y le guiñó un ojo. Aquella conversación le dio más seguridad. Creía que ella tendría algo que aportar a CEG, en caso de que acabara ganando la apuesta.

Frunció el ceño. Gracias a Dell, parecía estar más cerca de conseguirlo de lo que habría sospechado.

Pensaba que se tiraría un par de veces más de la balsa durante el resto del recorrido, pero no lo hizo. Y ella tampoco se cayó.

Para cuando Karen les mostró el puente que marcaba el final del viaje, Gabrielle estaba bastante cansada. Allí había otra zona de acampada y una cabaña con aseos.

Había podido mantenerse alejada de Dell durante el trayecto por el río, pero sabía que iba a ser más difícil mantener las distancias cuando salieran de las balsas. Nerviosa, ayudó a su equipo a acercar el bote a la orilla. Después subieron por el sendero de tierra hasta el autobús donde tenían sus mochilas y tiendas.

Pero Karen los llamó con el silbato antes de que pudieran cambiarse.

—Bueno, todos recibiréis cien puntos por el descenso del río —les anunció—. Todos menos Dell, que recibe cincuenta por haber estado separado de su balsa unos minutos. Si habéis perdido ya la cuenta, Gabrielle va ganando la competición por ahora y Dell es el que menos puntos tiene.

Todos rieron y ella observó cómo Eddie Fosser le daba una palmadita a Dell en la espalda. Después se acercó y le dijo algo al oído que hizo que dejara de sonreír de repente. Miró hacia donde estaba ella, pero Gabrielle apartó enseguida la vista.

Estaba claro que Eddie quería que Dell fuera el ganador y se había dado cuenta, como ella, de que estaba dejándose ganar a propósito.

—Y tenemos una prueba más antes de acampar esta noche —siguió Karen mientras señalaba el puente de hierro que marcaba ese lugar sobre el río—. Si queréis ganar cien puntos más, todo lo que tenéis que hacer es descender desde el puente hasta el agua por el cable que hemos instalado allí.

Miró el puente de mala gana. Los nervios le atenazaban ya el estómago. En la parte superior del cable había una persona agarrada a una estructura metálica en forma de «T». Era como la que tenía en casa. Pero ir del salón al dormitorio era muy distinto a bajar desde el puente. Vio cómo esa persona

descendía a toda velocidad hasta el agua cristalina.

Levantó la vista y se encontró con Dell, que la estaba observando. Se preguntó si tendría escrito en la cara el miedo que estaba sintiendo en esos instantes. No sabía qué hacer. No tenía tiempo de releer el ya legendario artículo de la revista.

Karen los condujo por un estrecho sendero hasta el puente. Se dio cuenta de que Dell estaba cojeando. Cuando llegaron al puente, casi todo el mundo fue hasta el cable y miró hacia abajo con entusiasmo e impaciencia.

Pero ella tenía un nudo en el estómago. Ni siquiera se atrevía a acercarse al borde del puente. Se arrodilló y se puso a ajustarse las tiras de sus sandalias, intentaba concentrarse en otra cosa. Necesitaba tranquilizarse.

Karen se descolgó con cuidado por el exterior del puente y les mostró cómo agarrar la barra y cómo darse impulso desde el puente.

—Dejad que la gravedad haga todo el trabajo y disfrutad de la experiencia. Cuando lleguéis abajo, soltaos cuando estéis a unos cinco metros de ese poste, donde está el banderín amarillo —les indicó Karen mientras señalaba un punto en el agua—. Si no lo hacéis, el freno instalado en el cable hará que os paréis. Eso evitará que os hagáis daño, pero el tirón no es agradable.

—¿Qué profundidad tiene el agua? —preguntó Dell.

—Unos tres metros, pero no hay rocas. Podéis dejaros caer y el chaleco salvavidas os sacará a flote —repuso con una sonrisa—. Esta actividad es opcional. Pero si decidís hacerlo, podéis ganar otros cien puntos.

Cien puntos. No sabía qué hacer. Iba bastante por delante de Dell y podía permitirse no hacer esa prueba, pero a lo mejor las pruebas de otros días era aún más duras. A pesar de que, en ese instante, no podía pensar en ninguna otra actividad que le pudiera aterrar más que ese descenso desde el puente.

—Que algún compañero os ayude a comprobar que el chaleco está bien seguro —les aconsejó Karen—. Después, poneos en fila.

Cuando se giró para buscar a alguien que la ayudara, se dio de bruces con Dell, que iba a su encuentro.

Levantó los brazos y le ofreció su sonrisa más sexy.

—¿Quieres echarme un vistazo? —le dijo.

Miró a su alrededor. El resto del grupo ya estaba en parejas. Resignada, se acercó a él y comprobó que los cuatro enganches del chaleco estuvieran bien cerrados. Estaba lo suficientemente cerca de él para ver cómo se secaban en su piel las gotas de agua.

—¿Te parece bien lo de esta prueba? —le preguntó él en voz baja.

El corazón le latía con tanta fuerza que podía sentirlo en los oídos. Entre Dell y el puente, apenas podía respirar. Eran demasiadas emociones a la vez.

—Claro —mintió intentando sonar segura.

Metió los dedos por las solapas del chaleco y tiró hacia arriba tal y como Karen les había mostrado, se trataba de comprobar que estaba bien ajustado. La prenda no se movió.

—Perfecto —le dijo con una sonrisa.

Después se separó para que él pudiera hacer lo mismo con su chaleco.

Dell se tomó su tiempo en inspeccionar los enganches del chaleco, sobre todo los de su pecho. Era increíble el magnetismo que emanaba de ese hombre, era demasiado como para poder soportarlo. Estaba acabando con sus mecanismos de defensa.

—Una de las correas está retorcida —le dijo él.

La desenganchó y la colocó en su posición adecuada. Se las arregló para acercarse más a ella mientras lo hacía. Ella contuvo el aliento e intentó ignorar la atracción que sentía.

Dell metió los dedos bajo las solapas para asegurarse también de que estaba bien sujeto. Le rozaba la parte superior de los pechos y consiguió que se estremeciera. Tal era la fuerza de su deseo.

—Estás lista —le dijo él mientras le levantaba la barbilla con un dedo y la miraba a los ojos—. Gabby, ¿estás segura de que quieres hacer esto? Podemos pasar de esta prueba los dos. La verdad es que el tobillo me está molestando bastante. No me vendría mal descansar.

Entreabrió la boca. Dell sabía que no podía nadar y debía de haberse dado cuenta de que estaba asustada. Le estaba ofreciendo la posibilidad de no tener que hacerlo y de no perder puntos contra él en la competición. De nuevo, Dell estaba dejándose ganar. No entendía por qué lo hacía. Quizás por que no creía que ella fuera lo bastante buena como para conseguirlo por sus propios medios.

—No —repuso ella con la poca seguridad que sentía—. Estoy bien. Parece bastante... Divertido.

Él bajó la mano y la miró con incredulidad.

—¿Estás segura?

—Sí.

Dell suspiró. Estaba claro que no la veía capaz de hacerlo y que creía que

era más inútil de lo que estaba demostrando. Eso hizo que, como no podía ser de otra forma, se muriera de ganas de demostrarle que estaba equivocado.

Se imaginó que había maneras peores de matarse.

—¿Estáis todos preparados? —preguntó Karen—. ¿Lo queréis hacer todos?

Sintió cómo la miraba Dell y usó toda su fuerza de voluntad para no decirle a la guía que no contara con ella.

—Joe bajará el primero para poder haceros fotos. Yo seré la última —anunció Karen.

Con la cámara alrededor del cuello, Joe agarró la barra de sujeción y, con atlética habilidad, se dio impulso y bajó por la cuerda. Dobló las rodillas cuando comenzó a ganar velocidad. No paró de gritar como un niño hasta caer al agua.

Todos aplaudieron desde el puente.

Eddie fue el siguiente. Se separó del puente con un poderoso empujón y bajó a gran velocidad hasta el río. Cuando salió a la superficie, gritó con el puño en alto como si fuera un guerrero indio.

De uno a uno, todos fueron bajando. Lynda, después Nick, Elliot, Mike y Wally. Cada vez estaba más nerviosa. Sabía que le iba a tocar muy pronto.

—¿Estás lista? —le preguntó Karen.

Aún no se había atrevido siquiera a acercarse al borde del puente.

—Yo...

De pronto oyó la voz de Dell en su oído.

—¿Qué te da más miedo, el agua o las alturas? —le susurró.

Estaba demasiado asustada como para mentirle.

—El agua.

—No te preocupes. Yo te agarro cuando llegues al río —murmuró Dell antes de ir hacia la barandilla y descolgarse por el exterior—. Nos vemos abajo —le dijo por encima del hombro.

Agarró la barra y saltó. Vio cómo se deslizaba por la cuerda, ganando velocidad por momentos. Cayó sin problemas en el agua y salió enseguida a la superficie. Sonrió y colocó las manos alrededor de la boca antes de gritarle.

—¡Vamos, Gabby! ¡Es muy divertido!

Se acercó al borde y estuvo a punto de marearse al ver lo alto que estaba el puente.

—¡No mires para abajo! —le gritó Dell—. ¡No pienses en ello! ¡Hazlo sin más!

—Venga, Gabrielle, no dejes que te gane —le susurró Karen—. Yo te ayudaré.

Gabrielle agradeció su apoyo. Aunque no miraba para abajo, podía sentir que había un gran vacío bajo sus pies y esa sensación hizo que quisiera volver al puente. Agarró la barra de sujeción y se quedó helada.

No podía hacerlo.

Un sudor frío le recorría la espalda.

—¡Venga, Gabby! —gritó Dell mientras agitaba las manos.

Pero el miedo la tenía paralizada. No podía saltar. Eran cien puntos que no merecían tanto sufrimiento. De hecho, no podía pensar en ese momento en nada que pudiera hacerle saltar y abandonar la seguridad del puente.

—¡Gabby! —gritó Dell—. ¿A que no te atreves? —la retó.

Sus palabras consiguieron descongelar su cerebro y darle el empujón que necesitaba. Literalmente. Antes de que pudiera pararse a pensar en lo que estaba haciendo, se despegó del puente con un salto.

Los primeros segundos en el aire fueron el instante más terrorífico de su vida. Creía que iba a morir. Estaba convencida de que su corazón había dejado de latir, pero después se dio cuenta de que lo tenía atrapado en la garganta. Era como si no pesara nada, como si estuviera volando. Y el aire, que atravesaba a toda velocidad, le recordaba a las montañas rusas de los parques de atracciones.

Sabía que tenía la boca abierta porque era medio consciente del hecho de que estaba gritando a pleno pulmón. A sus pies, veía a Dell cada vez más cerca. Cada vez más deprisa.

—¡Suéltate, Gabby! ¡Ahora!

Lo hizo. Pensó que caería al agua como los demás, sin problemas, pero su instinto de supervivencia hizo que agitara brazos y piernas, luchando contra la idea de sumergirse en el agua. Golpeó algo con el pie y cayó al agua.

Durante unos segundos no oyó nada. Después oyó el sonido de sus latidos en los oídos. Abrió los ojos y se sorprendió al comprobar que podía ver debajo del agua. Todo estaba verde allí abajo. Él le sonrió y tomó su mano. Se dio cuenta entonces de que subían hacia la superficie. Entonces sacó la cabeza de debajo del agua, sus oídos se despejaron y oyó los aplausos y gritos de la gente.

Dell estaba al lado de ella. Estaba entusiasmada. No podía creer que lo hubiera hecho. Ni que hubiera sobrevivido a ello. Estaba feliz y completamente embriagada por la experiencia.

—¡Lo he hecho!

—Ha estado bien, ¿no? —preguntó él con los ojos brillantes y una gran sonrisa.

Asintió y algo ocurrió entre ellos. Una especie de extraña conexión que iba más allá de todo lo que había pasado entre ellos. Algo que la desarmó por completo. Estaba asustada, pero sabía que no había vuelta atrás ni posible

escapatoria, se había enamorado de ese hombre. Fue un golpe tremendo ser consciente de ello.

Pero fue en ese instante cuando vio que caía un hilillo de sangre desde una de las cejas de Dell.

—Estás sangrando.

Dell se tocó la herida y comprobó que era verdad.

—Bueno, das unas patadas increíbles...

—¿He sido yo? —preguntó con culpabilidad.

—Sí, al soltarte del cable.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —le dijo ella con sinceridad.

—No te preocupes —repuso él sacudiendo la cabeza—. Sólo es un arañazo.

Su despreocupada expresión le recordó lo que había hecho por ella. Cómo la había animado para que bajara por la cuerda. Podía haber aprovechado la ocasión para reducir la distancia de puntos entre los dos, pero no lo había hecho, sino que se había dedicado a convencerla para que saltara y en hacer que se sintiera segura.

—Dell...

—¡Cuidado!

Miraron hacia arriba y vieron cómo Karen bajaba por la cuerda. Fueron hasta la orilla para alejarse de esa zona del río. Cuando salieron, Eddie estaba enzarzado en una intensa conversación sobre el uso de ese tipo de cables de descenso en los parques infantiles. Se pusieron a hablar con todo el mundo y ese momento tan especial se esfumó.

Karen les dijo que todos sumarían cien puntos y la gente se separó para cambiarse o ducharse.

En la cabaña de los aseos, Gabrielle se desnudó lentamente, no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado ese día. Se metió bajo el chorro de agua caliente con un suspiro de alivio. Le dolían todos los músculos y las articulaciones por culpa de la carrera de obstáculos del día anterior. Y los brazos le temblaban después de haber estado todo el día remando. Pero nada llenaba su pensamiento tanto como lo que acababa de descubrir sobre sí misma en el río. Estaba completamente enamorada de Dell.

Le había gustado durante mucho tiempo. Había soportado sus bromas y él había tenido que rescatarla de algún desastre en más de una ocasión. Pero siempre había sido algo platónico, como lo que se podía sentir por una estrella de cine, alguien que estaba fuera de su alcance. Lo había admirado, pero

sabiendo que no podía pasar nada entre ellos, que formaba sólo parte de sus fantasías.

No había esperado enamorarse de él como lo había hecho. Ahora era más vulnerable que nunca y sabía que acabaría rompiéndole el corazón.

Cerró el grifo y rodeó su cuerpo con la toalla. Cuando salió de la ducha, se encontró con Lynda, que estaba frente a uno de los lavabos, completamente desnuda, fumándose un cigarrillo y poniéndose crema en la cara. Tenía un cuerpo esbelto y bronceado. Era una mujer hermosa y parecía ser muy consciente de ello.

Gabrielle se esforzó en no mirarla con descaro mientras se acercaba al otro lavabo.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó Lynda mientras le daba otra calada a su cigarrillo.

—Bien. Supongo. ¿Y tú?

—No demasiado bien. No sé lo que daría por poder dormir esta noche en una cama como Dios manda —respondió la mujer riendo—. A ser posible acompañada de algún hombre...

Gabrielle forzó una sonrisa y se giró para vestirse. Podía sentir los ojos de Lynda sobre ella. Seguramente criticando lo que veía. Era como estar de nuevo en el instituto, en los vestuarios de la clase de gimnasia.

—Bueno... Así que Dell y tú... —comenzó Lynda.

La miró por encima del hombro mientras se abrochaba su sujetador deportivo.

—¿Qué pasa con Dell y conmigo?

—¿Estáis juntos?

—No —contestó ella mientras se ponía una camiseta.

—¿De verdad? Porque me había parecido que había, no sé, una tensión especial entre los dos...

No pudo evitar ruborizarse, pero se giró para mirarla a la cara.

—Lo único que hay entre nosotros es la competición de este fin de semana.

—Que parece estar ganando tú. Con su ayuda, claro.

Gabrielle levantó las manos en un gesto que dejaba clara su inocencia.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

—Y pienso hacerlo. Entonces, para que quede claro, no pasa nada si... Si voy a por él, ¿no?

—Pensaba que estabas conectando mucho con Nick —le dijo ella.



—Nick está bien, pero borracho no me sirve de nada. Dell, en cambio... — dijo con una sonrisa—. Nosotros tenemos un pasado...

—¿Sí? Bueno, no seré yo la que impida que tengas también un presente con él...

Los celos estaban acabando con ella. Se puso las sandalias, recogió la mochila y fue hacia la puerta.

—Gabrielle.

Se giró para mirar a Lynda. No podía respirar con facilidad.

—Eddie quiere que sea Dell el que se haga cargo de la cuenta. Yo también, aunque por diferentes razones —le explicó mientras fumaba—. Eres una buena chica, pero pareces un poco fuera de lugar... Aquí y en este negocio. Está muy claro que Dell está dejando que ganes la competición. No sabía que fuese tan caballeroso. Pero, ¿de verdad quieres ganar así? A lo mejor deberías simplemente darte ya por vencida y abandonar con un poco de dignidad.

Intentó pensar en qué contestarle, pero estaba al borde de un colapso. Si conseguía la cuenta de CEG, iba a tener que trabajar con esa mujer. Pero, por otro lado, era mejor que Lynda Gilbert se diera cuenta cuanto antes de que ella no era un felpudo.

—¿Por qué no dejas que sea yo misma la que marque mis objetivos, Lynda? Y tú preocúpate de tus propias prioridades.

Se dio media vuelta y salió de los aseos con la cabeza muy alta.

No sabía de dónde había sacado el coraje necesario para contestarle así, pero, comparado con lo que había hecho al dejarse caer desde el puente, había sido pan comido.

Estuvo a punto de chocar con Dell, que salía de las duchas de los hombres. Estaba cojeando y llevaba otra de las horribles camisetas que había tenido que comprar allí. Ésa era morada. Aun así, estaba tan guapo, que se moría de ganas de tocarlo.

—Hola —la saludó él riendo—. Ya me encuentro mejor. ¿Y tú?

Ella asintió, pero hizo una mueca al ver el estado en el que se encontraba su ojo. Se estaba amoratando.

—Tienes el ojo fatal... De verdad, lo siento mucho.

—No te preocupes. Sólo es un moratón.

—¿Y tu tobillo?

—Bien. Sólo es un esguince.

—¿Y tu mano?

—Va curándose.

—¿Y tu barbilla?

Dell frunció el ceño.

—Si lo que querías era recordarme lo machacado y viejo que estoy, lo has logrado. Me estás deprimiendo.

No pudo evitar sonreír. Pensó en decirle que Lynda andaba detrás de él, pero decidió que ya era mayorcito y que podría defenderse solo. Además, a lo mejor le encantaba la posibilidad de tener una aventura con una mujer tan atractiva como ella. Estaba claro que Lynda podría hacer que todo le fuera muy bien en CEG si, tal y como todos esperaban, conseguía la cuenta.

Estuvo bastante callada durante la cena. Y también después, cuando todos se reunieron alrededor del fuego de campamento y Nick sacó una botella de ron. Aprovechó el momento para separarse del grupo con Karen y poder hablar con ella a solas.

—Estás ganando —le dijo la guía con una gran sonrisa.

Ella asintió y sonrió. Después levantó la vista y miró a Dell. La luz del fuego resaltaba sus facciones mientras reía y charlaba con los compañeros.

—De eso quería hablarte —repuso ella mirando de nuevo a Karen—. No me merezco los puntos que me has dado por bajar desde el puente y quiero que los restes del total.

—Pero... No entiendo. El caso es que lo hiciste. Lo único que había que hacer para superar la prueba era bajar del puente al río por la cuerda. Y lo hiciste.

—Karen, las dos sabemos que yo no habría bajado por mí misma, que me quedé paralizada. No habría saltado si...

—Si Dell no te hubiera desafiado.

—Así es. Por eso creo que no es justo que reciba la misma cantidad de puntos que ha recibido Dell. No podemos olvidar que estamos compitiendo entre nosotros. No me siento a gusto con ello. Lo siento.

Karen la miró durante un minuto. Después levantó las manos en rendición.

—Muy bien. Reduciré cincuenta puntos de tu total. Así que te quedas con cuatrocientos cincuenta y Dell con... Con doscientos.

—Eso es. Gracias.

—De nada. Sólo espero que no tengas que arrepentirte —repuso la guía con algo de incredulidad.

Se quedó observando de nuevo el perfil de Dell. Se preguntó si algún día

llegaría a saber lo que había significado para ella que se molestara en convencerla para que bajara y superara la prueba.

Vio cómo reía la broma de alguno y se dio cuenta de repente de que Dell habría hecho lo mismo por cualquiera, incluso por un extraño. No podía ser tan patética como para interpretar en sus acciones algo que no existía.

Quería estar sola. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Se alejó del grupo y encendió su móvil para ver si recibía señal. Cuando comprobó que así era, marcó el número de Tori.

—¿Diga? —contestó Tori con voz soñolienta.

—¿Estabas dormida? —preguntó mientras miraba la hora en el reloj—. Lo siento. No me había dado cuenta de lo tarde que era.

—No pasa nada. Por cierto, no me habías dicho que tu perro ronca.

—¡Ah, sí! Se me olvidó decírtelo. Lo siento. ¿Qué tal la obra del Teatro Fox?

—Bien —repuso Tori bostezando—. Todos preguntaron por ti. Maite nos ha hecho a cada una funda de ganchillo para el papel higiénico. Te va a encantar. Creo que voy diseñar una campaña de publicidad para que los venda.

No pudo evitar reír con ganas.

—¿Qué tal todo por las montañas?

—Bien. Hoy he saltado desde un puente.

—¿Es que estaba en llamas?

—No, era parte de la competición.

—Y, ¿quién va ganando?

—Aún estoy por delante de Dell —contestó ella con algo de culpabilidad.

—¡Vaya! ¿Es que se ha roto una pierna?

—Eres muy graciosa.

Aunque la verdad era que el pobre estaba bastante malherido.

—¿Y ha intentado...? Ya sabes...

—¿Qué?

—Que si ha intentando algo contigo.

—Tori, déjalo ya.

—¡Dios mío! Sientes algo más por él. Lo noto en tu voz.

—Lo que notas en mi voz es puro agotamiento.

—¿Me has conseguido ya un autógrafo de Nick Ocean?

—No, pero lo haré.

Pero cuando miró hacia el fuego de campamento, vio que el actor estaba

nuevamente borracho. El resto del grupo se retiraba ya a sus tiendas. Vio aliviada que Dell estaba colocando su saco lejos de su tienda.

Lo que no le gustó tanto fue ver que Lynda se acercaba a él y le susurraba algo al oído.

—Gabrielle, ¿sigues ahí?

—Sí, sí... —repuso ella mientras se giraba—. ¿Qué es lo que me estabas diciendo?

—Te decía que he conocido a alguien en el parque mientras paseaba a McGee.

—¡Vaya! Es genial. ¿Él también tiene perro?

—No, exactamente.

—¿Entonces?

—Bueno, él también se dedica a la publicidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba vestido como un gran perrito caliente y repartía salchichas a la gente.

Gabrielle se tapó la boca con la mano para no reír.

—Te estás riendo, ¿verdad?

—No —mintió ella—. Es... Es genial.

—Bueno, me vuelvo a la cama.

—Tori, no te enfades.

Pero su amiga ya le había colgado. No pudo evitar imaginarse la escena del parque, le parecía surrealista.

Con una sonrisa en la boca, se giró hacia el campamento y vio con desagrado que el saco de dormir de Dell estaba vacío. Y Lynda tampoco estaba por ninguna parte. Se imaginó que habría decidido pasar la noche en la tienda de esa mujer.

Fue hacia su tienda, intentando convencerse de que no le molestaba que estuvieran juntos. Después de todo, Lynda había compartido un pasado con Dell. Y ella, no.

Decidió que debía concentrarse en el premio final, la cuenta de CEG. Por eso era por lo que estaba allí, después de todo. No podía dejar que su cabeza estuviera en otra parte. Y tampoco su corazón.

Ya dentro de la tienda, cerró bien la cremallera de la puerta y se desnudó hasta quedarse en su ropa interior. Se tumbó encima del saco, pero creía que no iba a poder dormir. Había algo en su interior que le molestaba aún más que

los músculos doloridos. Con los ojos abiertos o cerrados, Dell no desaparecía nunca de su mente.

De repente oyó un ruido en la puerta de la tienda.

Levantó la cabeza para escucharlo mejor. Parecía que alguien estaba intentando entrar.

Agachado frente a la tienda de Gabby, Dell se sentía como un adolescente. Miró a su alrededor. El campamento estaba en silencio y había sido un alivio que Lynda se diera por fin por aludida y lo dejara en paz para irse a dormir.

Aún le dolía la patada que Gabby le había dado con el pie. Pensó que a lo mejor le había producido algún tipo de conmoción cerebral de la que no era consciente. Era la única manera de explicar por qué había renunciado a algo seguro con Lynda para ir a la tienda de esa mujer y arriesgarse a que lo rechazara de nuevo.

Aunque lo cierto era que se había prometido que no iba a intentar nada con ella. Sólo iba a mirar, sin tocar. Lo que no podía entender era por qué sentía la urgencia de hablar con ella a esas horas de la noche.

—¿Gabby? ¿Estás despierta?

Estaba a punto de volverse a su saco cuando ella bajó unos centímetros la cremallera.

—¿Dell? ¿Qué quieres?

Sabía que, si quería entrar, no podía decirle la verdad.

—Apósitos. ¿Tienes más?

Después de unos minutos, ella bajó del todo la cremallera y él entendió el gesto como una invitación. Entró en la tienda. Gabby rebuscaba en su mochila con ayuda de su linterna. Pudo distinguir el afrutado aroma de su champú.

Cuando se volvió, tenía vendas, esparadrapo y pomada en las manos.

—¿Necesitas que cambie el vendaje de la mano?

—Sí, si tienes suficiente...

—Sí, lo tengo —repuso con tono amable.

Su aroma, su dulce voz... No podía quitarse esas cosas de la cabeza.

Alargó la mano y dejó que lo curara. Gabby se concentró en lo que estaba haciendo mientras él se concentraba en ella. Su rebelde melena estaba recogida en una gruesa coleta, dejando a la vista su delicioso cuello. Se

imaginó que se había puesto la camiseta de prisa porque se la había metido al revés.

Gabby se lamentó al ver el estado de su mano. Las ampollas de la mano se habían vuelto a reventar y sangrar con el esfuerzo de todo un día remando. Le aplicó pomada en las heridas, pero él no notó el dolor. Sus largos dedos extendían con cuidado la crema. Se fijó en que no levaba anillos.

—Gabby, ¿tienes novio?

—No, sólo un perro —repuso ella sonriendo—. Aunque Tori piensa que es más o menos lo mismo.

—Ya... Tori, la que me odia.

—No es que te odie, es que no te conoce —repuso ella con diplomacia.

—¿Y tú? —preguntó él con interés.

—Yo tampoco te conozco —contestó ella—. Sólo sé que eres un bromista —añadió después mirándolo a los ojos.

Sus palabras consiguieron que sonriera.

—Nunca me habían llamado bromista.

—Bueno, eso es lo que haces siempre conmigo. Bromear, tomarme el pelo... Igual que estás haciendo estos días en la competición.

No pudo evitar fruncir el ceño. Le molestaba que la conversación hubiera derivado de nuevo hacia la competición y el trabajo. Y lo peor era que ella aún creía que estaba dejándose ganar. No le sorprendía, estaba comportándose de manera extraña, pero sólo porque ella estaba distrayéndolo con su presencia.

Gabby colocó otro apósito en su barbilla. Después se inclinó más para estudiar el corte que tenía encima del ojo. Parecía sentirse muy culpable.

—Deberías ponerte un poco de hielo aquí —le dijo mientras le ponía pomada en el ojo—. Lo siento muchísimo, de verdad. Me siento fatal.

—Mereció la pena verte saltar del puente.

—No tuve oportunidad de darte las gracias —repuso ella mientras tapaba la herida.

Sus caras estaban a pocos centímetros. Tragó saliva para contenerse y no besarla. Recordó que se había comprometido a mirarla sin tocar.

—¿Darme las gracias por qué?

—Sabías que estaba muy asustada y me convenciste para que saltara. Supiste qué decir para conseguirlo.

—Sí. Parece que funciona cuando te desafío. Ya había funcionado una vez y

decidí probar suerte de nuevo.

La había desafiado dos veces y lo había hecho a pesar de que él era el que salía perdiendo con la situación.

—Bueno, la verdad es que estoy contenta de haberlo hecho —confesó Gabby—. Y no lo habría hecho si no me hubieras convencido —añadió mientras colocaba el apósito de su ojo.

Él agarró su mano para tener toda su atención.

—¿Crees que podría convencerte para que hicieras algo más?

Gabby entreabrió la boca y se quedó sin respiración. Estaba convencido de que ella sentía la misma atracción que lo estaba consumiendo a él. Se llevó su mano a la boca y la besó. Le temblaban los dedos.

—Creo que no...

La hizo callar con un largo y lánguido beso. Sus lenguas iniciaron un sensual baile en sus bocas. Su miembro reaccionó al instante, endureciéndose con rapidez, lleno de deseo.

Pero, cuando él profundizó en el beso, Gabby se apartó. Su boca estaba enrojecida, sus ojos llenos de deseo y sus pezones eran visibles a través de la camiseta.

—Esto no es buena idea.

—¿Nunca has hecho nada que no te pareciese una buena idea?

—Sí y todas por tu culpa.

—Vaya, ¡es todo un halago! —repuso él con una sonrisa triste.

Ella se alejó un poco más de él.

—No podemos olvidar qué es lo que hacemos aquí, Dell.

—Creo que el golpe que me diste en la cabeza me ha provocado amnesia temporal.

—Buenas noches, Dell.

—¿Te veo mañana a la misma hora y en el mismo sitio?

—Buenas noches —insistió ella.

Dell suspiró y salió de la tienda. Gabby no esperó ni un segundo más para cerrar la cremallera con tanto ímpetu como pudo, le pareció el equivalente a un portazo de verdad, pero en versión «tienda de campaña».

Volvió cojeando a su saco de dormir. Le dolía todo, estaba cubierto de vendas y tenía una erección impresionante por culpa de una mujer que todo lo que quería ese fin de semana era darle una paliza en la competición en la que estaban enzarzados.



Creía que estaba siendo un auténtico idiota.

Dell no paró de dar vueltas en su saco de dormir. Necesitaba tomar algún analgésico que calmara el dolor de su tobillo y necesitaba a Gabby para calmar todas sus otras molestias.

Pero lo peor de todo era la confusión que sentía. No podía entender por qué estaba tan obsesionado con esa mujer. Estaba fuera de control.

Entendía la atracción física. Ella era muy atractiva. Pero lo que le preocupaba eran los otros sentimientos, los que no eran físicos. Tenía la necesidad de protegerla, de conseguir que superara sus miedos y de hacerla reír. No entendía qué le pasaba.

Había tenido muchas mujeres en su vida. Se lo había pasado muy bien, pero de algunas no recordaba ni el nombre ni la cara.

Sucedió de repente. Estaba distraído escuchando los grillos y las ranas cuando una voz le dijo en su cabeza que sentía algo más por esa mujer.

—No, no puede ser —dijo en voz alta—. Y si es así, es sólo algo temporal.

Los bichos, que se habían detenido al oírlo, volvieron a cantar y croar de nuevo.

Suspiró y, después de dar muchas más vueltas, acabó durmiéndose. Pero no consiguió descansar. Tuvo unos sueños muy intensos y se despertó con dolor de cabeza. El rocío de la mañana lo había empapado. Se sentía el hombre más desgraciado del mundo.

—Hola, guapo.

Levantó la vista y se encontró con Lynda. Estaba de pie a su lado, fumando. Llevaba un vestido de punto y nada más. Nada de ropa interior.

—A mí me gusta especialmente por las mañanas —dijo ella mientras señalaba la entrepierna de Dell—. ¿Y a ti?

Él suspiró y apartó la vista.

—Yo soy más bien nocturno.

—¡Qué pena!

—Lynda... Verás... Creo que se te ha olvidado algo esta mañana...

—¿Hablas de mi ropa interior?

—Sí.

—No, no se me ha olvidado. Sé exactamente dónde está —repuso ella mientras se alejaba de allí moviendo las caderas.

Desesperado, se pasó las manos por la cara, pero se le había olvidado que tenía un corte al lado del ojo y no pudo evitar gemir de dolor.

Se puso de pie. Estaba de mal humor y no mejoró nada al darse cuenta de que apenas podía apoyar el peso del cuerpo en su malherido tobillo. Estaba hecho un desastre. Esperaba que Karen no hubiera decidido dejar las pruebas más duras para ese día.

Lo único que le apetecía era sentarse a mirar a los pájaros. Cualquier otra actividad le parecía una auténtica tortura en su estado.

—¿Qué es esto? —preguntó Lynda mientras señalaba un montón de bolsas de plástico encima de una mesa.

El resto de los participantes comenzaron a salir de sus tiendas. Nick tenía un aspecto horrible. Wally y Mike parecían agotados. Eddie también tenía aspecto de haber bebido más de la cuenta la noche anterior.

Gabby, en cambio, salió de la cabaña de los aseos como si acabara de pasar el día en un balneario. Estaba muy guapa con sus vaqueros cortos y una camiseta turquesa.

Todos se reunieron alrededor de la mesa. Dell tomó un sobre que había sobre ella.

—Es una carta de Karen y Joe —les dijo.

—¿Qué dice?

Dell la abrió y se dispuso a leerla.

—«Buenos días. ¡Sorpresa! Nos escapamos mientras dormíais, pero os hemos dejado todo lo necesario. Vuestro cometido es conseguir estar en el refugio a las diez de la mañana del lunes».

Unos rieron, otros gimieron desesperados.

—«Por vuestra propia seguridad, será mejor que hagáis cuatro equipos de dos personas cada uno» —siguió Dell leyendo—. «El primer equipo que llegue al refugio recibirá quinientos puntos. El segundo, cuatrocientos, y así hasta el último. Hemos incluido en las bolsas un aparato de CEG que incorpora un chip que nos informará en todo momento de vuestra posición. Si os perdéis, os hacéis daño o decidís abandonar por cansancio, podéis apretar el botón de llamada e iremos a buscaros. Si un equipo se rompe o si una de las personas del equipo decide no seguir y el otro continúa, se premiará individualmente según el orden de llegada a la meta. Buena suerte y mucho cuidado».

Levantó la vista. Todos estaban conmocionados. Menos Gabby, que parecía

encantada con la aventura.

—¿Cómo hacemos los equipos? —preguntó ella.

Dell abrió la boca para sugerir que fueran juntos, pero Nick se le adelantó.

—Yo con la pelirroja —dijo mientras abrazaba a Gabby.

—¡Y yo con Dell! —exclamó Lynda.

Dell la miró algo alterado. Después observó a Nick y Gabby. Ella parecía encantada ante la idea de pasar dos días, y sus correspondientes noches, con la estrella de cine.

O a lo mejor se sentía aliviada por no tener que pasar ese tiempo con él.

Nerviosa, Gabrielle esperó a que Nick se pusiera la mochila. Elliot y Mike habían salido veinte minutos antes. Eddie y Wally poco después. Dell y Lynda eran los únicos que se estaban retrasando también. Le pareció que Dell se sentía tan impaciente como ella misma.

—Nick, ¡venga! Tenemos que salir pronto para conseguir avanzar bastante antes de que anochezca.

El actor le sonrió y señaló la petaca que llevaba escondida en los pantalones.

—Estoy listo —dijo mientras miraba la mochila de Gabby—. Eso es demasiado peso para una chica como tú.

—Podré con ello, no te preocupes.

—Estoy seguro de ello —repuso él con otra pícaro sonrisa.

Ella se dio media vuelta y comenzó a andar hacia el río.

—Espera, ¿no vas en la dirección equivocada?

Gabrielle se detuvo, buscó el sol con la mirada y se quedó pensativa durante unos instantes.

—Creo que no.

—¿No te acuerdas de que el río hacía una curva muy grande más abajo?

Ella lo miró confundida y sacó un mapa de la zona.

—¿En serio?

Nick asintió.

Vio que el río hacía una curva, pero no era muy pronunciada. El problema era que el mapa era tan pequeño, que no era fácil interpretarlo.

—Pero si seguimos el río, no nos perderemos.

Él rodeó sus hombros con el brazo. Le parecía bastante sospechoso que tuviera tanta energía y vitalidad cuando sólo una hora antes lo había visto sufriendo aún los excesos hechos el día anterior.

—Gabby, si seguimos el río, vamos a andar más de lo necesario. En

cambio, si vamos por aquí, podremos llegar para cuando anochezca —le dijo mientras señalaba hacia el noreste.

—¿Estás seguro?

Nick tomó el mapa y lo sujetó con las dos manos delante de ella, consiguiendo así envolverla en un abrazo.

—Mira, estamos aquí y tenemos que llegar a este punto —dijo mientras señalaba los distintos puntos en el papel.

Después siguió moviendo el dedo para recorrer con sensualidad el brazo de Gabrielle.

—Llegaremos mucho antes si vamos por donde te digo.

—Pero parece que el terreno es bastante abrupto por allí.

—Sí, pero nos encontraremos con uno de estos senderos dentro de una hora, más o menos —replicó él señalando el mapa.

Se mordió el labio inferior. No sabía qué hacer. No estaba convencida.

—Gabby, lo que quieres es ganar a Dell Kingston, ¿no? —le dijo él al oído. Ella asintió.

—Pues lo que yo quiero es dormir hoy por fin en una cama de verdad. Créeme cuando te digo que queremos las mismas cosas, cariño.

Sus palabras hicieron que se le erizara el pelo de la nuca, pero la verdad era que tenía razón.

—De acuerdo —le dijo mientras guardaba el mapa y se separaba de él—. Lo haremos a tu manera.

Nick sonrió.

—Genial. Porque preferiría que fueras tú la que llevara la cuenta de CEG.

Sus facciones eran perfectas, igual que sus ojos. Su deslumbrante sonrisa era reconocida en todo el mundo. Pensó que ese hombre no podía ser más guapo. Sabía que Tori daría lo que fuese por estar en ese instante en su lugar. Tori y cualquier otra mujer.

Menos ella. Gabrielle preferiría estar en compañía de otro hombre. Miró hacia el campamento. Dell estaba ayudando a Lynda con su mochila. La mujer reía mientras acariciaba su brazo. Estaba claro que estaba pasándoselo muy bien. Creía que Lynda conseguiría lo que quisiera de Dell esa misma noche.

Y lo cierto era que no podía culparlo. Ella lo había rechazado en más de una ocasión y no tenía derecho a lamentarse.

Dell levantó la vista en ese instante y se miraron a los ojos. No pudo interpretar la expresión de su cara.

—¿Estás lista?

Dejó de mirar a Dell y asintió.

Se encaminaron hacia donde Nick decía. Tuvieron que abrirse camino entre las ramas de los árboles. Y los arbustos parecían cada vez más altos y densos. Nick no dejaba de hablar y estaba muy inquieto. Estaba segura de que había tomado algo para estar así. No dejaba de hablar de sí mismo, de sus películas, de los viajes que había hecho y de las mujeres con las que había estado.

—Sandra Lily fue el amor de mi vida —le confesó.

—Me encantó su trabajo en *Mujercitas* —repuso ella.

—Le encantaba el sadomasoquismo.

—¿En serio?

—Sí, siempre quería que la azotara.

—Será mejor que no me cuentes...

—En cuanto a Anita Leland... —siguió él—. Esa mujer era insaciable. Una vez lo hicimos en una feria de automóviles, dentro de un Jaguar.

Le parecía surrealista estar escuchando todo aquello. Miró a su alrededor para encontrar alguna otra cosas de la que hablar.

—¿Te gusta trabajar para CEG? —le dijo.

Nick se encogió de hombros.

—A mi agente le gusta mucho este contrato. Pagan bien y hace maravillas por mi imagen. Pero, entre nosotros, no me gusta dormir bajo las estrellas. A no ser que hablemos de las cinco estrellas de un buen hotel —añadió riendo su propia broma.

Ella también le rió la gracia.

—Hablando de hoteles —continuó Nick—. ¿Has visto una película mía que se llama *La planta catorce*?

—Creo que sí... En la que haces de hermano gemelo, ¿no?

—Sí. Mi pareja en esa película fue Rachel Pearl. Tuve una aventura con ella. Hasta entonces, nunca había estado con una mujer que tuviera un piercing ahí abajo, ya sabes dónde...

Decidió que lo mejor era dejar de escucharlo y seguir andando. Le picaba la nariz. Se imaginó que allí habría más polen que en el campamento. Tendría que tomar otro antihistamínico en cuanto pararan para descansar.

—Así es en Hollywood. Una mujer detrás de otra. Todas bellísimas...

Tarareó una canción para no tener que escuchar su monólogo. Miró el reloj. Llevaban andando más de dos horas y aún no habían llegado a ninguno de los

senderos que Nick le había prometido que cruzarían pronto. Estaba empapada en sudor y agotada.

Pensó en Dell y en lo que estaría haciendo en ese instante. Se imaginó que el tobillo estaría molestándole bastante. Igual que el resto de sus heridas. La verdad era que estaba demostrando ser un hombre fuerte y tenaz.

—¿Por qué estás sonriendo? —le preguntó Nick de pronto.

Le pilló por sorpresa.

—Estaba pensando en lo bien que estaría beber un poco de agua. ¿Qué te parece si nos tomamos un descanso?

—Claro. ¿Qué te parece si bebemos algo un poco más fuerte que el agua?

Soltó la mochila y negó con la cabeza cuando Nick le ofreció su famosa petaca.

—Cuidado con este calor, Nick. Podrías deshidratarte —le advirtió ella mientras sacaba su botella de agua.

—No te preocupes —repuso él con una sonrisa—. Eso es imposible.

Lo que le parecía imposible a ella era soportar a ese insufrible hombre durante tanto tiempo. Sacó el mapa y una brújula. Miró hacia el sol e intentó orientarse. Después de unos minutos, suspiró contrariada.

—Creo que nos hemos apartado mucho del camino a seguir. Estamos demasiado al este.

—¿Qué? —preguntó Nick con los ojos enrojecidos y soñolientos.

—Nick, ¿estás colocado?

Él rió con ganas.

—¡No! Bueno, un poco —repuso mientras sacaba un pequeño bote de pastillas del bolsillo de su camisa—. No sabía que te fueran este tipo de cosas, pelirroja. De haberlo sabido, te habría ofrecido.

—No, gracias. Pero no creo que sea buena idea que estés mezclando esas pastillas con el alcohol.

—¿Cómo que no? Eso es lo que lo hace aún mejor.

Hizo una mueca con la boca. Esa situación no le hacía ninguna gracia.

—Bueno, ya que estás colocado, será mejor que esta vez sea yo la que decida por dónde seguir —repuso ella señalando hacia el noroeste—. Vamos a ir por aquí.

—De acuerdo —repuso Nick con alegría mientras tomaba otro trago de su petaca.

Estaba furiosa con ella misma. Nunca debería haberle hecho caso. Habían

perdido mucho tiempo por su culpa.

Empezaron a andar hacia donde ella le había indicado.

Era una de sus debilidades. Siempre asumía que eran otros los que tenían razón y que sabían más que ella.

—¡Eh! Más despacio —se quejó Nick—. Ya sé que estás intentando ganar esta competición contra Dell Kingston, Gabby. Pero, no seas tonta, ¿de verdad crees que Eddie Fosser te va a dar la cuenta de la empresa sólo porque hayas ganado este estúpido concurso?

—Dijo que lo haría.

Nick se rió.

—Lynda me dijo que Eddie le preguntó ayer a Dell mientras bajaban por el río si pensaba que tú podrías hacerte cargo de la cuenta de CEG.

Se detuvo un momento al oír aquello.

—Y, ¿qué le dijo Dell?

—Le dijo que no.

Se sintió profundamente decepcionada. Le parecía increíble que Dell la dejara en tal mal lugar delante de dos ejecutivos de CEG y uno de sus principales compradores. Se dio cuenta de que por eso siempre pensaba que los demás sabían más que ella, porque los demás también estaban convencidos de que era así.

Era un círculo vicioso que no sabía si conseguiría llegar a romper algún día. Se dio cuenta entonces de que, aunque ganara la competición, cabía la posibilidad de que Eddie Fosser y Bruce Noble no le dieran la cuenta tal y como le habían prometido. A lo mejor simplemente encontraban la manera de hacerle participar en esa campaña, pero sin darle responsabilidad.

Nick siguió parlotando y contándole lo fantástica que era su vida. Ella se quedó callada durante largo rato. No era como cuando estaba con Dell. Él siempre parecía demostrar interés en lo que le contaba, como si de verdad quisiera saber más sobre ella. Pero ahora sabía que no era más que otra parte de su juego. Aun así, lo echaba de menos...

Se mordió el labio y cerró un momento los ojos. Acababan de decirle que Dell le había dado una puñalada por la espalda cuando Eddie le preguntó por su capacidad como publicista y ella seguía pensando en ese hombre. Y, para colmo de males, estaba segura de que él estaba ya muchos kilómetros por delante de ella. Había quinientos puntos en juego y ella sólo iba ganando de momento por doscientos cincuenta. Dell aún podría ganar fácilmente la



competición.

Pensó que a lo mejor eso sería lo mejor. Sabía que todo el mundo se quedaría mucho más contento si ganara él. Todos menos ella. No sabía si iba a poder volver a su antiguo puesto de ayudante cuando había estado tan cerca de conseguir la cuenta.

De repente se dio cuenta de lo que tenía a su alrededor. El paisaje era espectacular. Parecía una postal. No pudo evitar acordarse de Dell otra vez. Se preguntaba dónde estaría y si habría pensado en ella en todo el día.

De pie sobre una roca, Dell miró el horizonte. Intentó calmarse y no pensar en que Gabby estaba en algún lugar de ese bosque y a solas con Nick Ocean.

Aprovechó que Lynda estaba haciendo sus necesidades para disfrutar del silencio y de la naturaleza a su alrededor. Aún le dolía la cabeza después de pasarse todo el día escuchando el parloteo de esa mujer. No dejaba de quejarse de su trabajo, de su jefe y de todo en general. Cuanto más criticaba a Eddie Fosser, mejor le caía ese hombre. Y, cuanto más hablaba, más le desagradaba esa mujer. Echaba de menos a Gabby, que podía estar en silencio sin hacerle sentir incómodo. Añoraba su compañía.

No entendía por qué no había impedido que se fuera con el canalla de Nick Ocean. Debería haber intervenido para convencer a todos de que lo mejor era que Gabby fuera con Mike o con Eddie. Ellos sabían cómo defenderse en plena montaña y, por encima de todo, no iban a intentar seducirla.

Pero se dio cuenta de que se estaba engañando. Tampoco quería que fuese con esos hombres, la quería a su lado. Pero ella parecía haber estado satisfecha con el reparto de parejas y eso era lo que le preocupaba. Lo peor no era que Nick intentara acosarla, sino que a lo mejor Gabby estaba deseando que ocurriera.

Estaba fuera de sí.

De repente, oyó un móvil y miró su mochila. Se imaginó que la altura a la que estaba le daba acceso a alguna antena de telefonía móvil que hubiera por la zona. Sacó el teléfono y rezó para que fuera Gabby, sin pensar que lo más probable era que no tuviera siquiera su número. Le sorprendió la facilidad con la que Gabby se había convertido en parte fundamental de su vida. Se preguntó si las cosas serían igual cuando volvieran a Atlanta o si volverían cada uno a sus vidas como si nada hubiera pasado. A lo mejor, la cuenta de CEG era lo

único que iban a tener en común.

Miró la pantalla del móvil. El número tenía el prefijo de Nueva York. Tenía que ser Courtney. No le apetecía hablar con ella, pero descolgó de todas formas.

—¿Diga?

—Hola, guapo. ¿Qué tal el campamento?

—Bien.

—¿Por cuánto vas ganando a...? ¿Cómo se llamaba?

Su tono despectivo le sacó de quicio.

—Lo cierto es que Gabby va ganando.

—¿Qué? —repuso ella riendo—. Me estás tomando el pelo.

—No.

—¿No? Espera, ya lo entiendo. Le estás dando algo de ventaja para no quedar tan mal si la aplastas desde el principio.

Frunció el ceño. No entendía por qué todo el mundo creía que estaba dejándose ganar. Gabby no era tan incompetente como todos creían.

Aunque él, igual que todos, había siempre desconfiado de sus capacidades. Se preguntó cómo sería vivir así, luchando para que la gente te tuviera en cuenta.

—No, no estoy dejándome ganar, Courtney.

—¡Vaya! Parece que Gabby está llena de sorpresas.

—Sí —concedió él con sinceridad—. Así es.

—Bueno, estoy seguro de que te las apañarás para terminar ganando, Dell. Entonces, ¿te lo estás pasando bien en medio del bosque?

—Ahora mismo estamos intentando encontrar el camino de vuelta a la civilización. Es la última prueba.

—Ojalá estuviera allí. ¿Me echas de menos, Dell?

Su pregunta le pilló por sorpresa. Intentó pensar en cuál sería la respuesta adecuada y no se dio cuenta de que estaba tardando demasiado tiempo en responder.

—Supongo que no —repuso ella en voz baja.

—Courtney. Nunca tuvimos ese tipo de relación y los dos estuvimos de acuerdo en que no fuera así.

—Ya lo sé —repuso ella—. Pero, ¿no me echas de menos ni un poquito?

—Claro —mintió él.

Se sintió culpable. Se dio cuenta de que ella había sido un entretenimiento

para él, no una necesidad.

No pudo evitar compararla con Gabby. Era completamente distinto. Le costó seguir respirando con facilidad después de darse cuenta de que cuánto significaba Gabby para él.

—Me da la impresión de que ya me has sustituido —le dijo Courtney.

—Es mejor que no sigamos por ese camino —repuso él.

Se le estaba levantando dolor de cabeza. Acababa de darse cuenta de que sentía algo importante por Gabby y no se veía capaz de tener esa conversación con Courtney en ese instante.

—Es verdad. Tienes que concentrarte en la competición.

—Te llamaré cuando pueda —repuso él cerrando el móvil.

Suspiró y miró de nuevo el impresionante paisaje a sus pies. Se alegró de que al menos Gabby tuviera un aparato desde el que podría avisar a Karen y a Joe si le pasaba algo.

Aunque lo que hubiera querido él era poder apretar un botón y que ella apareciera a su lado.

—¡Dell!

Se giró al oír la histérica voz de Lynda.

—¿Lynda? ¿Estás bien?

—¡Dell, de prisa!

Fue hacia donde estaba ella. Pasó entre arbustos y ramas. Se estaba dañando aún más el tobillo al correr como lo estaba haciendo, pero no podía dejar de pensar que Lynda estaba en peligro. Pesó en osos y jaguares.

—¡Lynda, ya voy!

—¡Dell!

Con el corazón en la boca, llegó a un claro del bosque y la encontró metida en el agua y completamente desnuda.

Lo miraba sonriente y tentadora.

—Métete en el agua. Está perfecta.

No podía creérselo. Estaba fuera de sí.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¡Acabo de torcerme de nuevo el tobillo para conseguir rescatarte y me encuentro con que estás metida en el agua dándote un baño!

Ella hizo un mohín con la boca.

—Vamos, Dell, no seas aguafiestas y ven conmigo.

—Creí que ya te lo había dejado claro anoche —repuso él suspirando.

—¡Por Dios, Dell! No voy a atacarte. Lo único que hago es intentar pasar un buen rato y refrescarme un poco. ¿No estás muerto de calor?

Asintió.

—¿No estás empapado en sudor?

Asintió de nuevo.

—Y sucio... Estoy segura de que el agua fresquita hará que te sientas mejor y que te duela menos el tobillo.

Se imaginó que tenía razón.

—Venga, métete en el agua. Reanudaremos la marcha en cuanto nos refresquemos un poco.

Era muy tentador, pero aún tenía dudas.

—Muy bien, como quieras. Yo voy a disfrutar del baño. Tú quédate ahí fuera y suda como un pollo.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Sus pechos asomaron por encima del agua. Dell frunció el ceño. Le dolía mucho el tobillo y el agua parecía muy apetecible. No habían visto tanta agua junta desde que dejaron el río atrás.

Se quitó la mochila y se sentó para quitarse las botas y los calcetines. Se sacó la camiseta por la cabeza y decidió dejarse puesto el bañador. No quería que Lynda se hiciera una idea equivocada. Lo primero que hizo fue meter sus pies. Fue un gran alivio sentir el agua fresca en su tobillo, que estaba bastante hinchado. Se metió hasta que le llegó el agua al torso. No dejaba de vigilar a Lynda. Ella parecía estar a lo suyo, relajándose en el agua con los ojos cerrados.

Sus músculos empezaron a relajarse y dejó que el agua calmara sus nervios y el estrés que su cuerpo había estado acumulando desde el día en el que Gabby y él se encontraron en el despacho de Bruce.

Pensó en cuánto le gustaría poder trasladarse un par de días en su futuro, dejar atrás ese fin de semana. Se agachó para masajearse el tobillo. Lo que había entre Gabby y él estaba afectando su concentración, su ambición e incluso su salud.

De repente otro par de manos se unieron a las suyas por debajo del agua, pero no masajearon su tobillo, sino otra parte de su anatomía.

Abrió los ojos y se encontró con Lynda al lado suyo. Sonreía con picardía.

—¿Te gusta esto, guapo?

No pudo controlar la respuesta inmediata de su cuerpo, pero agarró sus manos para que se detuviera.

—¡Déjalo ya, Lynda!

—Dell, los dos somos adultos y estamos solos...

Pero la mujer se detuvo de repente mirando detrás de Dell.

—¡Vaya! Parece que no estamos solos...

Dell se giró y vio a Gabby y Nick a pocos metros de allí, parados y observándolos.

Nick parecía disfrutar con la escena. Gabby estaba claramente decepcionada.

Gabrielle se quedó paralizada al ver a Dell y Lynda en el agua. Estaban juntos, desnudos y enzarzados en algún tipo de actividad bajo la superficie. Aquello le decía que Dell era lo que había parecido siempre, nada más.

—Vámonos, Nick —le dijo a su compañero.

—De eso nada —repuso él soltando su mochila—. Esto parece divertido.

Se desnudó en cuestión de segundos. Gabby apartó la vista. Estaba claro que se había tomado más pastillas. El actor saltó al agua con un grito de júbilo.

—¡Venga, Gabby! —la llamó Nick—. Algunas cosas son más divertidas en grupo.

Lynda y él se rieron del comentario.

Miró a Dell. Parecía paralizado. Durante unos segundos, le tentó la idea de desnudarse y unirse a ellos. Quería demostrarles que no era tan puritana y tímida como creían. La verdad era que incluso le excitaba un poco la idea de desnudarse en público.

Se acercó un poco más, pasó al lado de la ropa de Dell. Le atraía la sensación de prohibido que tenía todo aquello. No dejó de mirarlo ni un segundo. Él parecía esperanzado, pero también algo asustado. Se dio cuenta de que Dell no sabía qué esperar de ella y eso le gustó, le dieron ganas de hacer algo que nadie esperara de ella.

Pero, cuando estaba a pocos metros, se dio cuenta de que una cosa era dejarse llevar por las fantasías sexuales que había tenido con Dell y otra cosa muy distinta participar en lo podía convertirse en una orgía. Lynda y Nick la miraban expectantes. Debían de estar imaginándose cómo podrían aumentar su propio placer si ella participaba en el juego. Decidió que no iba a reducirse a ser un simple peón en sus fantasías.

—Os veré en el refugio —les dijo dándose la vuelta y continuando su camino.

Nick y ella se habían acercado a la laguna siguiendo lo que les había parecido voces pidiendo auxilio. Pero lo que descubrieron no tenía nada que ver.

Se alegraba de no haber cedido a los requerimientos de Dell durante los dos días anteriores. Su cuerpo aún lo deseaba, pero no le gustaba nada lo que acababa de descubrir. Creía que Dell no merecía la pena si podía pasar de una mujer a otra tan rápidamente.

—¡Gabby, espera! —le gritó Dell.

Pero no se detuvo.

Algunos minutos después, oyó los pasos de alguien a su espalda.

—¡Gabby, por favor! —le gritaba Dell—. Ten un poco de misericordia. ¡Soy un hombre cojo!

Se paró. Al girarse, vio cómo se acercaba a ella cojeando. Tenía el pelo mojado, la camiseta pegada a su húmedo torso y los cordones de las botas desatados. Esperó hasta que la alcanzó. Sentía curiosidad por ver cómo iba a responder su cuerpo a la presencia de ese hombre, después de todo lo que había descubierto sobre él esa tarde.

—Lo que viste ahí... No es lo que parecía —le dijo con cara de arrepentimiento.

—No tienes que explicarme nada, Dell. No me importa que hay entre tú y esa mujer o cualquier otra.

—Es que no había nada —repuso él con el ceño fruncido—. Lynda se metió desnuda en el agua, pero yo sólo quería refrescarme un poco. Hasta tenía mi bañador puesto, ¿no lo ves?

Vio que la cintura de su bañador asomaba por debajo de la de sus bermudas. Estaba empapada y la tela de los pantalones se había mojado un poco también por culpa del bañador que se había dejado debajo.

—Ya te he dicho que no me importa nada —insistió ella, encogiéndose de hombros.

—De acuerdo. Sólo quería dejar las cosas claras.

—De acuerdo —repitió ella—. Ya puedes volver con tus amigos.

—No quiero volver. ¿Por qué no dejamos a Nick y Lynda aquí y seguimos por nuestra cuenta?

Lo miró con suspicacia.

—Pero si llegamos al mismo tiempo, nuestra puntuación seguirá igual.

—Entonces, ganarás tú.

—Pero, ¿por qué querrías hacer esto? ¿Qué es lo que sacas tú?

—Espero, al menos, contar con tus conocimientos de primeros auxilios —  
repuso mientras señalaba su tobillo—. ¿Te quedan vendas todavía?

Gabrielle se mordió el labio y lo miró con dudas. Quería confiar en él, pero no sabía por qué de repente no le importaba perder la competición. A lo mejor era porque sabía que ese juego no iba a tener ninguna trascendencia. Como Nick le había dicho, cabía la posibilidad de que no consiguiera la cuenta de CEG aunque ganara el concurso de ese fin de semana.

No sabía qué pensar. Quería confiar en sus instintos. Miró su amoratado ojo, que estaba así por su culpa, y su tobillo. Hizo lo que sabía que tenía que hacer.

—Sí, tengo una venda para tu tobillo.

Dell le sonrió y, muy a su pesar, el corazón le dio un vuelco. Se quitó la mochila y la abrió. Mientras buscaba lo que necesitaba, Dell se sentó en un tronco y se quitó la bota y el calcetín. Decidió no usar la venda de algodón y abrió un paquete nuevo de vendaje elástico, más apropiado para ese tipo de lesiones. Después se arrodilló frente a él.

Le bastaba con estar cerca para que su pulso se acelerara, pero se convenció de que él no sabía lo que sentía por él.

—Pensé que Ocean y tú iríais muy por delante de nosotros —le dijo ella—. Lynda no es una excursionista muy rápida, la verdad.

—Nos perdimos y tuvimos que dar un gran rodeo.

—Ya... Seguro que fue por culpa de Ocean, ¿no?

—Sí, pero yo decidí hacerlo a su manera, así que también es culpa mía. Cuando oímos los gritos, pensamos que alguien estaba en peligro.

—A mí me pasó igual. Pensé que a Lynda se la estaba comiendo un oso o algo así.

—Pero lo único que le había pasado era que se había caído al agua, ¿no? ¡Y desnuda!

Él se movió un poco. Parecía incómodo, pero no dijo nada.

Era un hombre inteligente.

Limpió el tobillo con una toallita empapada en alcohol. El objetivo era reducir la hinchazón.

—Tiene mal aspecto —le dijo—. Debe de dolerte mucho.

Él no contestó. Se imaginó que le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir.



Con cuidado, pero con firmeza, vendó el tobillo, rodeando la articulación varias veces para darle una mejor sujeción. Cuando terminó, se sentó sobre los talones y lo miró.

—No puedo hacer nada más —le dijo.

Él lo movió y le guiñó un ojo.

—La verdad es que ya me duele menos. Gracias, Gabby.

A pesar de todo, no podía evitar sentirse feliz al poder ayudarlo.

—De nada. ¿Tienes algún analgésico?

Él negó con la cabeza.

Sacó de la mochila un bote de ibuprofeno y una botella de agua.

—Esto va a ayudarte con el dolor y también bajará un poco la inflamación —le dijo mientras se lo daba.

Él sujetó un segundo sus manos cuando las alargó para darle la botella.

—Algún día vas a ser...

No terminó de hablar e hizo una mueca. Parecía sentir dolor en algún otro sitio.

Gabrielle lo miró con suspicacia.

—Una gran ayudante —le dijo con intención mientras se levantaba—. Venga, será mejor que empecemos a andar. Pensaba desviarme un poco hacia el noroeste para llegar al camino que pasa debajo de las cataratas. Desde allí, debería ser una caminata más o menos sencilla hasta llegar al refugio.

Lo dijo con autoridad, sin que él pudiera llevarle la contraria. No iba a permitir que la confundieran de nuevo. Pensaba seguir sola si Dell no estaba de acuerdo con su plan.

Pero él no protestó. Se puso el calcetín y la bota rápidamente. Después, se colocó la mochila y el saco a la espalda.

Ella iba en cabeza. Caminaban al mismo paso e iban en silencio. Pero ninguno de los parecía incómodo con la situación. Tenía que reconocer que, a pesar de sus diferencias, le gustaba tenerlo como compañero en la montaña.

Su mera presencia hacía que tuviera todos sus sentidos a flor de piel, pero también se sentía más segura a su lado. Esa aparente contradicción la tenía muy confundida.

Hacía mucho calor y tenían que parar a menudo para beber agua. De vez en cuando miraba el mapa y su brújula para comprobar que iban por buen camino. No estaba completamente segura de lo que estaba haciendo, pero decidió que, cuando alguien estaba en medio del monte, lejos de cualquier

camino y sin ningún tipo de referencia, era prácticamente imposible estar seguro de la ubicación en la que se encontraban. Decidirse por una dirección y seguirla era todo un riesgo, pero no le quedaba más remedio que aventurarse.

Después de todo, así era la vida.

Tomar riesgos era algo nuevo para ella y aún no sabía si era lo mejor en su caso, era demasiado pronto para saberlo.

Al caer la tarde, sus ropas estaban ya empapadas en sudor. Iba a echar de menos no poder contar con las duchas esa noche. Llegaron a la cima de una colina cuando comenzaba a atardecer.

—Mira esa puesta de sol —le dijo Dell.

Gabrielle miró hacia el oeste y se quedó completamente extasiada contemplando el espectáculo. Las blancas nubes se habían teñido de rosa y rojo gracias al sol, que se escondía detrás de las montañas. Desde donde estaba podía escuchar también el agua que caía de los acantilados. Estaba segura de que sería alguna de las cascadas que habían dado fama a ese parque natural.

Era realmente extraordinario. También le sorprendió que un hombre como Dell se viera impresionado por algo como aquello. Tanto como para emocionarse de verdad.

—Es increíble —murmuró ella.

Sabía que nunca podría olvidar cómo la cálida luz de ese atardecer iluminaba la piel y el pelo de Dell. También recordaría ese momento. Se sentía como si estuvieran solos en el mundo y unidos por aquel entorno.

—Me encanta todo esto.

—Ya se nota —repuso ella con una sonrisa.

Y volvió a sentir una conexión entre ellos. Era algo eléctrico, intenso y muy confuso.

—Bueno, será mejor que busquemos un sitio para acampar —añadió él con suavidad.

Sus palabras hicieron que se sintiera algo nerviosa. Tenía un nudo en el estómago.

—¡Ya! ¡Claro! Bueno, oigo agua por aquí cerca, ¿por qué no vamos en esa dirección?

Él asintió y se pusieron a explorar la zona y a intentar encontrar el agua que podían oír, pero que no veían.

Minutos después, descubrieron una cascada de unos tres metros de altura

que caía sobre un pequeño arroyo. Dell lo miró sonriente.

—Parece que hemos encontrado una ducha para uso particular. Si te gusta este sitio, nos quedamos aquí. Yo voy a buscar leña para hacer un fuego.

Gabrielle asintió y dejó caer la mochila. Lo primero que hizo fue sacar la tienda de campaña y montarla. Se había convertido en toda una experta y pudo hacerlo en pocos minutos. Pero esa actividad le hizo pensar en cómo iban a dormir esa noche. Dell había dormido en su saco durante las últimas dos noches y ésa no tenía por qué ser distinta.

Decidió no pensar más en eso. Buscó piedras para formar un círculo donde pudieran hacer el fuego esa noche. Después, buscó comida en las bolsas que Karen les había dejado. Cuando Dell volvió con los brazos llenos de leña, le enseñó las opciones que tenían para cenar.

—Tenemos bocadillos de mantequilla de cacahuete con mermelada, manzanas y zanahorias. La segunda opción es sopa de verduras con pan tostado y crema de chocolate.

Él se quedó pensativo unos segundos, como si estuviera mirando la carta de un restaurante de lujo.

—¿Podemos calentar la sopa?

—Sí, claro. Viene en latas metálicas. Podemos ponerlas sobre el fuego.

—¿Por qué no lo hago yo mientras te duchas?

Miró la cascada. Estaba parcialmente escondida entre los árboles.

—No voy a mirar —le prometió él mientras levantaba una mano—. Palabra de explorador.

Lo miró con desconfianza.

—¿Has sido explorador?

—Por supuesto —repuso él sonriendo—. Aunque, tengo que reconocer que me echaron del grupo.

Recogió su bolsa de aseo y ropa limpia.

—Espero que respetes tu palabra, Dell —le dijo mientras lo hacía.

Aunque lo cierto era que ya la había visto completamente desnuda.

De todas formas, no pudo evitar vigilarlo mientras se desnudaba y se metía bajo la refrescante cascada. Tenía que reconocer que estaba cumpliendo su promesa. Dell trabajaba en el fuego mientras le daba la espalda. Pero el mero hecho de tenerlo tan cerca estaba haciendo que se le disparara el pulso.

Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera sobre su cara y los hombros. Después de horas caminando bajo el sol, era increíble poder

limpiarse y relajar los doloridos músculos. Se enjabonó de prisa el pelo y el cuerpo, después aclaró todo con el agua de la cascada.

Cuando salió del agua, se secó con una de las absorbentes y pequeñas toallas de CEG, parecidas a las que usaban los nadadores. Miró de nuevo a Dell. No se había movido. Y no sabía cómo le sentaba eso.

Por un lado, creía que, de haber sido cualquier otra mujer, la habría mirado. A lo mejor ya no le atraía o quizás Lynda había conseguido satisfacer sus deseos.

Se puso ropa limpia y se peinó un poco la melena con ayuda de los dedos. Recogió la ropa sucia y la bolsa de aseo y fue hasta el campamento. Cuando llegó a su lado, Dell estaba sentado al lado del fuego y probando con un dedo la sopa.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó él mientras se lamía el dedo.

Fue un inocente gesto que le recordó el talento que tenía ese hombre con la lengua. Tuvo que tragar saliva para que Dell no viera cuánto le había afectado.

—Sí. Estoy mejor.

—Muy bien. Bueno, la sopa está lista —repuso él mientras quitaba las latas del fuego.

—¡Qué bien! Me muero de hambre —admitió mientras se sentaba a su lado y encima del saco que Dell había extendido en el suelo.

Había colocado pan tostado, queso y dos tarrinas de crema de chocolate en una bandeja de papel.

—Menudo banquete has preparado.

—Yo también tengo hambre —repuso él mientras probaba la sopa—. ¿Cómo es que todo sabe mejor en el campo? —añadió después.

Rió su comentario.

—No lo sé, pero es verdad. He comido algunas cosas en excursiones que me parecen maravillosas. Y no eran nada del otro mundo, eran cosas que como normalmente.

—Entonces, ¿has salido mucho al campo?

Ella negó con la cabeza.

—Lo hacía cuando era pequeña. Tengo muchos recuerdos y muy buenos de esas excursiones.

—¿Te llevas bien con tus padres?

Pensó en sus padres. En su extravagante madre y en su padre, con un corazón de oro.

—Sí. Hablamos y voy a verlos tan a menudo como puedo.

—¿A qué se dedican?

Dudó un segundo antes de contestar.

—Mi madre conduce un autobús escolar y mi padre es mecánico de coches.

No trabajaban en el Pentágono, como los padres de Dell, pero eran trabajadores y les gustaba lo que hacían. Estaba muy orgullosa de ellos, pero sabía que alguien como él perdería cualquier interés que pudiera tener en ella al ver que procedía de una familia humilde.

Pero, si se sintió así, no lo demostró.

—Por fin sale a la luz el misterio del manguito del radiador. ¡Has crecido entre coches! —le dijo.

Ella asintió.

—¿Tienes hermanos?

—Dos hermanos y una hermana.

—¡Vaya! Familia numerosa. Debe de ser divertido.

Recordó que él era hijo único.

—Sí, estuvo bien. De niños lo pasábamos bien. Seguimos muy unidos. Vivimos en ciudades diferentes, pero hablamos a menudo por teléfono y nos vemos en vacaciones.

—¿Se parecen tus hermanos a ti?

No pudo evitar reír.

—No. La verdad es que se parecen más... Bueno, se parecen más a ti, la verdad. Son extrovertidos y tienen más confianza en sí mismos que yo. Son líderes natos.

Era una de las razones por las que deseaba hacerse con la cuenta de CEG. Quería avanzar en su trabajo, necesitaba demostrarse a sí misma y a los demás que ella también podía cambiar su destino.

—No te subestimes —le dijo él con seriedad.

«Entonces, ¿por qué me subestimas tú? ¿Por qué le dijiste a Eddie Fosser que no servía para llevar la cuenta de CEG?», pensó ella.

Lo pensó, pero no pudo decírselo.

Vio una tormenta eléctrica formándose en la distancia. Estaba claro que iba a hacer mucho calor esa noche. Los rápidos relámpagos parecían simbolizar la tensión eléctrica que había entre ellos.

—Creo que me voy a duchar antes de que anochezca más y esté demasiado oscuro como para poder ver lo que hago —le dijo él.

Recogió los restos de su comida y los envases y los metió en la bolsa de plástico que habían reservado para transportar la basura. Eran, ante todo, unos montañeros civilizados.

—Pero no mires —añadió Dell bromeando.

Ella ni siquiera respondió, sabía que no hablaba en serio.

No pudo evitar mirar de reojo y observar cómo caminaba hacia la cascada y comenzaba a desnudarse al lado del agua. Estaba oscureciendo ya, pero había la suficiente luz como para que pudiera distinguir la esbelta silueta de su cuerpo.

No podía dejar de mirarlo. Sintió una intensa sacudida en su interior al contemplar los músculos de sus muslos y sus redondeados glúteos. Era perfecto, un hombre atlético en general. Con un cuerpo ideal para hacer cualquier deporte. Incluso los que se practicaban dentro del dormitorio.

A pesar de la escasa luz, pudo descubrir que estaba muy bien dotado. Se quedó mirándolo completamente absorta y sintió cómo se le erizaba el vello del cuello. Tenía un fuego en su interior y él era el culpable de que se estuviera consumiendo. Levantó la vista y descubrió que él también la miraba.

Avergonzada, bajó la cabeza y comenzó a recoger apresuradamente los restos de la cena. Después, entró en la tienda con la mochila, se quitó la camiseta y los pantalones y se metió en el saco de dormir. Cerró los ojos e intentó no pensar en las imágenes que llenaban su cabeza.

Poco después, le oyó volver al campamento. Tenía el corazón en la boca.

Dell apagó el fuego sin dejar de tararear una canción.

Estaba abochornada, pero también excitada. Una parte de ella deseaba que entrara en la tienda, aunque sabía que esa noche no iba a ser capaz de rechazarlo. Estaba intentando aclarar la confusión que había en su cabeza cuando oyó un ruido en la puerta de la tienda.

—¿Gabby?

Su pulso se aceleró un más.

—¿Sí?

—Cierra bien la cremallera de la tienda si no quieres que entren animales salvajes —le advirtió.

Suspiró desilusionada. Hizo lo que Dell le había aconsejado. Su cuerpo quería mucho más, pero ella sabía que aquello era lo mejor para todos.

Se tumbó de nuevo en el saco y miró el techo de la tienda. No creía que fuera a poder dormir esa noche.

Pudo escuchar cómo Dell se preparaba para acostarse y poco después se metía en el saco.

La noche estaba llena de sonidos. Mucho más intensos ese día por estar tan cerca del agua. Podía oír las cascadas, los insectos y otras criaturas nocturnas.

Aún estaba despierta cuando oyó los primeros truenos cerca de allí. Unos minutos después, sintió algunas gotas de lluvia contra la cubierta de la tienda. Pensó en Dell. Iba a empaparse si se quedaba en su saco en medio de la tormenta. Se levantó y abrió la cremallera de la tienda. A la luz de la luna, pudo distinguir la figura de Dell en su saco.

—¡Dell!

—¿Qué?

—Entra en la tienda antes de que la lluvia te empape por completo.

—¿Estás segura? —preguntó él después de unos segundos en silencio.

—Métete aquí antes de que cambie de opinión —replicó irritada.

Dell no tardó ni medio segundo en aceptar la invitación de Gabby. No le hacía ninguna gracia la idea de pasar la noche en un saco inundado y con la única compañía de truenos y relámpagos. Además, la tormenta le daba la excusa perfecta para estar donde quería estar.

Pero sabía que meterse en la tienda de Gabby podía ser tan peligroso como una tormenta eléctrica. Distinto, pero igual de peligroso.

Se levantó, enrolló el saco y entró en la tienda. Lo dejó en una esquina.

—Parece que va a haber una tormenta —comentó por decir algo.

—Tendremos la oportunidad de comprobar si he montado la tienda bien o no —repuso ella mientras encendía una linterna y movía sus cosas para hacerle sitio.

Sólo llevaba puesta una enorme camiseta de algodón que no conseguía esconder sus largas y esbeltas piernas. Consiguió, no sin mucho esfuerzo, apartar la vista de ellas.

—¿Qué lado prefieres? —le preguntó.

—Me da igual.

—A mí también.

Gabby rió y lo miró.

—Muy bien, entonces yo dormiré a este lado.

—Genial. Yo en el otro.

—Bueno, tendremos que compartir la almohada.

—No hace falta, no la necesito —le dijo él.

—De acuerdo, pero si la quieres, no me importa compartirla. La verdad es que, en cuanto me duermo, no me muevo casi nada.

—¿En serio? ¿Quién te ha dicho eso?

A pesar de la penumbra, notó que se sonrojaba.

—Nadie, pero me parece a mí. Me da esa impresión cuando me despierto, no sé.



No podía evitar bromear con ella. Era un hábito del que le costaba deshacerse.

—Yo, en cambio, me muevo mucho, así que no te asustes si, durante la noche, acabo chocando contigo.

—Nada de trucos, Dell. O dejas esas insinuaciones o te echo de la tienda — le dijo ella.

—Muy bien, te prometo que me portaré bien.

—Eso está mejor.

Gabby fue a su lado de la tienda y se estiró como un gato. Le parecía la mujer más sexy del mundo. Tuvo que contenerse para no gemir al verla.

Se dio cuenta de que iba a ser una noche muy larga y complicada.

Él se tendió en el otro lado de la tienda. Estaban sólo a unos quince centímetros de distancia.

Gabby apagó la linterna y se quedaron a oscuras. Podían oír la lluvia golpear con fuerza la tienda. No lo veía, pero notaba el cuerpo de Gabby a su lado. Sentía su calor, escuchaba su aliento y se imaginó las curvas que no veía.

Su cuerpo reaccionó al instante.

Sonó un trueno muy cerca de la tienda y Gabby pegó un saltó asustada.

Los dos se acercaron unos centímetros más el uno al otro. Pero no dijeron nada.

Unos minutos después, otro trueno sacudió la tienda y se acercaron aún más.

A la tercera vez, sus cuerpos entraron en contacto. Gabby suspiró y él no pudo contener un gemido.

Alargó la mano y se encontró con la de ella. Entrelazaron sus dedos y siguieron en silencio.

Quería más que eso y estaba seguro de que ella sentía lo mismo, podía percibir su rápido pulso en la mano. Estaba más excitado que nunca. Pero seguían siendo válidas las mismas razones que tenían para que nada ocurriese entre ellos. Él, además, se había dado cuenta de que no podía prometerle las cosas que una mujer como Gabby necesitaba.

La monogamia y el matrimonio no formaban parte de su plan, al menos no de momento. Y a lo mejor no llegaba a planteárselo nunca.

Se imaginó que, si llegaba a sentar la cabeza, lo haría en compañía de alguna de las mujeres con las que solía salir. Ella eran la opción más sencilla. Las conocía bien y sabía qué esperar de ellas. Esas mujeres sólo querían seguridad, un buen estilo de vida y mucho dinero.

A Gabby, en cambio, no conseguía entenderla. Era una persona buena y con valores. Era trabajadora y no le gustaba llamar la atención. Aun así, tenía la sensación de que, si un día llegaban a hacer el amor, ella conseguiría dejar su vida patas arriba.

Pero pensaba que Gabby buscaría una pareja honesta. Él no quería estar sometido a ese tipo de presión. Le parecía demasiado intenso. Le gustaba que sus relaciones fueran meramente físicas. Ese juego lo entendía a la perfección.

Cuando sonó otro trueno, Gabby apretó su mano y él le respondió con el mismo gesto. Sintió una cálida sensación en su interior y se preguntó cómo podía tener ardor de estómago cuando apenas había cenado nada.

Se preguntó si sería otra cosa, algo más relacionado con sus sentimientos que con la digestión, pero decidió que no era posible.

Cuando Dell se despertó a la mañana siguiente, se dio cuenta de que ya había dejado de llover. Y también vio que estaban juntos y abrazados. Gabby estaba delante de él y dándole la espalda, como dos cucharas en un cajón.

Tenía la cara apoyada en sus rizos pelirrojos. El aroma afrutado de champú formaba ya parte de él. La estaba rodeando con su brazo y su mano estaba apoyada en su suave pecho.

Se dio cuenta de que estaba excitado, podía sentir cómo Gabby presionaba con la espalda su abultada erección.

Ella murmuró algo incomprensible y se acercó más a él, aumentando el deseo animal que dominaba su cuerpo. Presionó las caderas contra la espalda de Gabby y acarició uno de sus pechos. Aquello era demasiado. Se dio cuenta de que no podía seguir por ese camino o acabaría antes de que ella se hubiera siquiera despertado.

Con sumo cuidado para no despertarla, se apartó de ella, pero Gabby abrió los ojos algo alarmada.

—Tranquila —le susurró al oído—. No ha pasado nada. Pero puede que ocurra si no me voy ahora mismo.

Se quedaron los dos quietos unos segundos. Sus cuerpos se tocaban en muchos sitios, en casi todos los sitios importantes.

—Porque quieres que me vaya, ¿no? —añadió.

Ella no respondió de inmediato. Supo que no se movería de allí a no ser que ella se lo pidiera. Gabby le excitaba tanto, que no podía pensar en otra cosa.

—Sí —murmuró ella minutos después y separándose un poco—. Sí, deberías irte, Dell.

Suspiró y se incorporó resignado. Estiró los brazos y las piernas. Le dolía mucho el tobillo, pero pudo recoger sus cosas y salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Tal y como se había imaginado, ya no llovía y parecía que iba a ser otro día cálido y húmedo. Las cascadas bajo las que se habían bañado el día anterior habían aumentado tanto de volumen que eran auténticos torrentes de agua. También había subido mucho el nivel de la laguna. Se agachó al lado del agua para lavarse la cara. Tenía que despejarse y recuperar el control de su cuerpo.

No entendía la atracción desmedida que sentía por Gabby. Se dijo que si le excitaba tanto era porque ella seguía rechazándolo. Por eso había creído sentir algo más por ella. Recordó que nada le motivaba tanto como conseguir las cosas que no tenía aún.

Igual que le pasaba con la cuenta de CEG.

Se pasó las manos por la cara, haciendo una mueca de dolor al tocar las heridas del ojo y la barbilla.

Creía que había sido una estupidez por su parte retar a Gabby para que participara en esa competición contra él. Había estado completamente seguro de que podía ganarla y se estaba dando cuenta de que no iba a ser así y que tendría que considerarse afortunado si volvía a casa de una pieza y sin haber perdido antes el poco autocontrol que le quedaba.

Gabby llegó hasta donde estaba y se agachó para refrescarse también la cara. Se cepilló los dientes de forma meticulosa y se recogió el pelo en una coleta. No podía dejar de mirarla. Le encantaba cómo se movía, le encantaba observarla. Le encantaba ella.

—¿Qué tal tu tobillo? —le preguntó Gabby.

—No demasiado bien.

—¿Estás seguro de que podrás andar hoy todo el día?

—Sí.

La verdad era que le dolía muchísimo y sabía que lo más inteligente sería pulsar el botón del aparato de búsqueda que les había dado Karen. Creía que lo mejor sería renunciar a la competición, en vez de pasarse todo el día andando. El problema era que si no terminaba la competición y, a pesar de que iba a acabar con menos puntos que ella, Bruce iba a tenerlo muy difícil para inventarse una excusa que justificara el darle la cuenta a él después de todo lo

que había pasado.

—Bueno, cuanto antes empecemos, antes llegaremos —le dijo ella.

Tenía claro lo que esas palabras implicaban. Gabby estaba pensando que, cuanto antes llegaran a su destino, antes podrían seguir cada uno por su camino.

Parecía que ella también estaba sufriendo por culpa de la tensión sexual que había entre ellos.

Levantaron el campamento en pocos minutos y, en vez de pararse a desayunar, comieron algunas barritas de cereales y fruta mientras andaban.

Gabby no comentó nada sobre lo que había pasado la noche anterior, pero eso no hizo que él dejara de pensar en ello.

—¿Crees que alguien se habrá rendido ya? —le preguntó ella.

Asintió, no quería admitir que él mismo había pensado en renunciar a la competición.

—Seguramente —le contestó—. Me temo que la tormenta de noche fue demasiado para alguno de los participantes.

—¿Te gusta tu trabajo, Dell?

Su pregunta le pilló por sorpresa. Le contestó sin pensar demasiado.

—Claro.

—¿Siempre supiste lo que querías hacer con tu vida?

Se encogió de hombros.

—Nunca lo pensé demasiado.

—¿Qué? ¿No pensaste nunca en lo que querías hacer con tu vida?

—Así es. Soy un tipo bastante básico, supongo.

—No eres tan básico. Te gustan los lujos.

—Supongo que sí —concedió él.

No le gustaba admitir que había aprendido a amar los deportivos, los trajes de diseño y los apartamentos de lujo. Esas cosas se habían convertido en algo básico para él.

—Entonces, ¿qué es lo que te hace feliz? —le preguntó en voz baja y seria.

Se dio cuenta de que Gabby estaba de verdad interesada, que no se lo preguntaba sólo para hablar de algo. Intentó pensar en cómo responderla.

—No lo sé. Supongo que soy feliz y ya está.

Pero su pregunta le dejó confundido. Se preguntó si de verdad había llegado a conocer la felicidad.

Recordó un día en Arizona. Llevaba escalando durante días una montaña

que casi pudo con él. Cuando, después de mucho esfuerzo, llegó a la cima, se encontró con una espectacular puesta de sol y se dio cuenta de que ése era para él un momento de pura felicidad.

Pero, ahora que pensaba en ello, se dio cuenta de que ese día no había sido tan feliz como la tarde anterior, contemplando una puesta de sol similar en compañía de esa mujer.

Frunció el ceño. Pensó si eso quería decir que, para ser realmente feliz, tenía que estar con alguna otra persona.

—¿Te llevas bien con tus padres?

—Sí, pero no nos vemos mucho. Ellos llevan una vida muy ajetreada en Washington. Intentamos vernos al menos una vez al año.

—¿Crees que te quedarás a vivir en Atlanta?

Volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Me gusta no tener nada que me una a Atlanta para poder moverme con facilidad si eso es lo que me apetece en un futuro.

Ella se quedó callada, pero sus preguntas lo sumieron en una reflexión que lo tuvo entretenido durante la siguiente hora. Estuvo dándole vueltas en la cabeza a todas las cosas que ella le había preguntado. Pero eso le daba algo que hacer en vez de pensar en su tobillo, que le dolía mucho más después de estar un tiempo andando.

Seguía cojeando y Gabby se había visto obligada a parar en numerosas ocasiones para esperar por él. No dejaba de pensar en el aparato que llevaba en la mochila, el que podía acabar con su sufrimiento en cuanto lo decidiera él.

Pero no podía hacerlo. Si renunciaba a la competición, no podría convencer a Bruce para que le diera la cuenta y, por otro lado, todo el mundo pensaría que se había dejado ganar en beneficio de Gabby.

Levantó la vista y vio que ella no estaba a su lado. El corazón le dio un vuelco. Había estado tan ensimismado en sus pensamientos, que no se había dado cuenta de que faltaba.

Se preguntó si se habría caído.

O, a lo mejor, simplemente había decidido dejarlo atrás.

—¡Gabby! —gritó preocupado.

Ella reapareció unos metros por delante de él. Se acercó y le mostró dos ramas fuertes y largas.

—Tengo buenas noticias. El sendero del arroyo Clay está un poco más

adelante. Creo que podremos llegar al refugio antes de que anochezca —le dijo ella mientras le daba una de las ramas—. He pensado que nos vendrían bien un par de bastones para andar.

Miró sus bellos ojos verdes y sintió cómo su pecho rebosaba de gratitud por esa mujer. Estaba claro que ella no necesitaba ayuda para caminar, pero sabía que él se sentiría mejor si ella también lo usaba.

—Gracias —le dijo él con sinceridad.

Lo cierto fue que el bastón le ayudó a aliviar bastante el peso que soportaba su tobillo. Eso y un par de analgésicos consiguieron que pudiera seguir caminando a su lado.

Pero, según pasaban las horas y se acercaban a su destino, comenzó a sentir una especie de pánico creciendo en su interior. Sabía que, en cuanto volvieran a Atlanta, Gabby y él tendrían que trabajar juntos en la cuenta de CEG y que uno de los dos no estaría satisfecho con su puesto. Creía que, si no se dejaban llevar en ese momento por la potente química que sentían, quizás nunca llegaran a descubrir qué era lo que había entre ellos.

Iban pasando lugares que ya les eran familiares y notó que Gabby también parecía sentirse inquieta.

Se pararon para beber y comer algo. Ella lo miraba de vez en cuando, sobre todo cuando pensaba que él no se daba cuenta. Estaba atardeciendo cuando encontraron el claro donde todo el grupo había acampado la primera noche.

Gabby lo miró sonriente, pero con algo de tristeza en los ojos.

—Estamos a media hora del refugio —le dijo.

—Sí —repuso él mientras señalaba el campamento—. ¿Qué te parece si descansamos un poco?

—Pero deberíamos seguir andando si queremos llegar allí antes de que anochezca.

Dell se humedeció los labios con la lengua.

—¿Qué te parece si, en vez de seguir hasta el refugio, pasamos aquí la noche?

—¿Aquí? ¿Por qué? —le preguntó confundida.

Se acercó a ella y tomó una de sus manos, entrelazando sus dedos con los de Gabby como habían hecho la noche anterior.

—Porque quiero pasar la noche contigo, Gabby —le dijo—. Y, tengo que advertirte que tengo muy malas intenciones —añadió con una sonrisa pícaro.

Gabby lo miró boquiabierto y se sonrojó en pocos segundos.

—Entonces, sería... Sería sólo sexo...

Él asintió.

—No busco tener una relación con nadie, Gabby, pero te deseo como nunca he deseado a nadie. Y creo que tú sientes lo mismo.

Su mirada le dijo que había dado en el clavo.

—Quédate conmigo y te prometo que nunca olvidarás esta noche.

Vio cómo tragaba saliva. Parecía estar disputando una feroz lucha en su interior.

No pudo evitarlo y se inclinó sobre ella.

—Vamos, Gabby, ¿a qué no te atreves? —le susurró.

Gabrielle se quedó mirándolo sin poder hablar. No podía creerse que le acabara de proponer una noche de sexo en medio de la nada. Estaban a punto de volver a Atlanta, allí seguirían con sus vidas y con sus amistades. Perteneían a dos mundos distintos.

Se dio cuenta de que, al no negarse de inmediato, le estaba dejando claro que algo en su interior estaba cambiando. Sólo tenía que averiguar si el cambio era para mejor o peor.

Dell tenía razón. Ella también lo deseaba. Había sido casi imposible resistirse en la tienda la noche anterior y ese día por la mañana. Había tenido que reunir toda su fuerza de voluntad para no sucumbir a la tentación que suponía ese hombre. Era genial saber que él la consideraba atractiva, pero no podía aceptar sólo porque se sintiera halagada ni porque él la hubiera retado.

Sólo había una posibilidad. Si le decía que sí, tenía que estar muy segura de que iba a poder aceptar las condiciones que él había ofrecido. Sólo era una noche de sexo, nada más.

Dell le acababa de prometer, además, que nunca olvidaría esa noche.

Le estaba ofreciendo la posibilidad de llevar a la realidad todas las fantasías que había tenido con él durante los seis años que había estado trabajando en la agencia. No le prometía nada más, pero tampoco le habían prometido nada los dos chicos con los que se había acostado en los últimos tiempos y ellos ni siquiera habían sido buenos amantes.

Con Dell, por lo menos, estaba segura de que iba a disfrutar.

Él seguía esperando a que le respondiera. Cuando vio sus ojos encendidos por la pasión, se dio cuenta de que debían de estar reflejando el mismo fuego que ardía en su interior.

—A que sí me atrevo... —contestó con voz firme y segura.

Fue Dell entonces el que se quedó con la boca abierta.

—Bueno... ¡Vaya! Eso es... Es genial. Genial —repuso con una sonrisa sexy.



—¿Y qué es lo que habías pensado hacer? —le preguntó mientras miraba a su alrededor.

Él se acercó a ella y comenzó a desabrochar las cintas de su mochila.

—Bueno, estaba pensando que podíamos empezar dándonos un baño a la luz de la luna.

El deseo iba creciendo en su interior.

—Parece... Parece buena idea.

—Después la crema de chocolate que no nos tomamos anoche...

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero comérmela esta noche. Y tu cuerpo será mi plato...

—¡Vaya! —repuso ella mientras se quitaba la mochila—. ¿Y después?

—Y después, Gabby, voy a hacer que olvides tu nombre —susurró él mientras la abrazaba.

—Bueno... ¿Crees que vas a poder con un esguince en el tobillo, heridas en la barbilla, el ojo, una mano quemada...?

—Preciosa, podría hacer más desde la cama de un hospital que la mayor parte de los hombres completamente sanos... —la interrumpió Dell.

No pudo evitar estremecerse.

Rodeó su cuello con las manos y Dell la besó apasionadamente. Le parecía increíble estar en esa situación, pero se dio cuenta de que, ahora que había decidido dar el siguiente paso, se sentía mucho más libre y desinhibida que nunca. Todo aquello era nuevo para ella, pero la excitaba mucho.

—Relájate y, al menos por esta noche, sé la mujer que yo sé que eres —le dijo Dell.

Sus palabras la deshicieron por completo.

—Voy a por el jabón.

—Y yo a por la crema de chocolate —repuso él.

Rebuscó en su bolsa de aseo con rapidez. Estaba nerviosa, pero sobre todo feliz con su decisión e impaciente por estar entre sus brazos. Era todo un descubrimiento para ella que el sexo pudiera ser algo tan erótico y sensual. Un juego divertido para los dos.

Se incorporó y contempló el cielo. El sol desaparecía ya tras las montañas. No había ni una nube y se podía apreciar en el horizonte una enorme y hermosa luna. Luna llena.

Las criaturas de la noche ya habían empezado salir, llenando el ambiente de agradables sonidos.

No podía dejar de temblar. Le parecía increíble que fuera a vivir algo así con él. Tomó una linterna y una toalla de su mochila. Cuando se incorporó, Dell estaba detrás de ella, sosteniendo la crema de chocolate. El corazón comenzó a palpar con fuerza en su interior. Él tomó su mano y la llevó hasta la orilla del río, donde empezó a desvestirla muy lentamente.

Se arrodilló y deshizo los cordones de sus botas. Se las quitó e hizo lo mismo con los calcetines. Levantó los brazos para que él pudiera sacarle la camiseta con facilidad. Desabotonó con rapidez los pantalones, pero la torturó bajando muy lentamente su cremallera. En ningún momento dejó de mirarla a los ojos. Después le ayudó a quitárselos y los dejó con el resto de la ropa.

Se concentró entonces en el sujetador, que tenía un cierre frontal. Sus pechos se sintieron liberados en cuanto le quitó la prenda y sus pezones no tardaron en endurecerse. Bastó con una mirada de Dell.

Él no pudo reprimir un gemido, pero decidió seguir adelante y ocuparse de sus braguitas. Pasó un dedo por debajo de la cintura de su ropa interior. Se estremeció de placer. Aquello estaba siendo una deliciosa tortura. Dell le bajó la prenda hasta que quedó sobre sus tobillos.

Después, le soltó el pelo, dejando que flotase libre, y se separó unos centímetros para observarla.

Apenas podía respirar, nunca había estado más excitada. La apreciación en los ojos de ese hombre la hizo sentirse poderosa y orgullosa de sí misma.

—Eres una mujer preciosa, Gabrielle Flannery.

Sonrió y se acercó a él para desnudarlo con el mismo cuidado que había puesto él en la tarea. Le quitó las botas y los calcetines. También se deshizo de su fea camiseta.

Se quedó ensimismada contemplando de nuevo sus anchos hombros y musculoso torso.

Pasó las manos por el fino vello de su pecho y bajó hasta la cintura de sus pantalones cortos. Los desabrochó. Su pulso se aceleró aún más al notar la erección presionando contra la bragueta. Bajó los pantalones y los dejó con el resto de la ropa. Ya sólo llevaba puesto su bañador negro. Metió los dedos por debajo de la cintura elástica y se los quitó con cuidado. Era el último obstáculo que quedaba entre los dos.

Ya lo había visto completamente desnudo la noche anterior, cuando se dio un baño en las cascadas, pero ahora lo tenía delante de ella, desnudo y excitado. Era una visión deslumbrante.

Dell tomó sus manos y se acercaron hasta que sus pechos se aplastaron contra su torso, y la erección contra su estómago. Él la besó lentamente. Sabía que era cuestión de segundos que acabara derritiéndose por completo.

Dell recogió la linterna, la toalla, el jabón y el postre de chocolate. Después se metieron en el río. Le asustó sentir el agua negra rodeando sus piernas y subiendo más y más mientras avanzaban, pero confiaba en ese hombre. Sabía que él no dejaría que nada le pasara, que se sacrificaría por ella igual que había hecho al convencerla para que saltara del puente.

Se metieron hasta que el agua les llegó por la cintura. Podía sentir con los pies las rocas suaves y resbaladizas del fondo del río. Se detuvieron cerca de una roca plana y grande que sobresalía por encima del agua. Dell dejó allí las cosas y encendió la linterna. La puso de pie como si fuera una antorcha. Después se metió bajo el agua y salió con una sonrisa.

—La verdad es que el agua está buenísima. Tan cálida como la de una bañera. Pruébala, Gabby.

Ella hizo lo que le sugería, se metió en el agua para mojarse el pelo. Sintió pánico al ver todo el agua rodeando su cuerpo, pero él estaba allí, a su lado, asegurándose de que nada le pasara. Salió del agua riendo y sintiéndose mucho más fresca. Se colgó de los hombros de Dell y volvió a meterse en el río, se sentía como una sirena, bailando en el agua a la luz de la mágica luna. La temperatura era estupenda, lo bastante cálida como que no sintiera frío sobre su piel mojada, y el aire estaba cargado del aroma de las flores y el musgo.

Dell tomó el jabón y lo frotó hasta conseguir que saliera espuma entre sus manos. Después, se colocó detrás de ella y comenzó a lavar su pelo y masajearle la cabeza. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Le costaba creer que algo tan simple y cotidiano pudiese llegar a ser algo tan erótico y sensual. Él continuó por su cuello, sus hombros y la espalda. Le enjabonó también los brazos, hasta llegar a los dedos de las manos. Luego, colocó un brazo en su espalda y la echó hacia atrás para que quedara tumbada, flotando en el agua.

—No voy a soltarte —le prometió—. Respira hondo y deja que el agua te sostenga.

Podía sentir su fuerte mano en la espalda y decidió dejar sus miedos de lado. Tenía que relajarse. Hizo lo que le decía.

Dell no dejó de susurrarle bellas palabras al oído mientras enjabonaba sus

pechos, su estómago y el montículo de vello entre sus muslos. Después soltó el jabón y usó sus manos para frotar su cuerpo y crear una fina capa de espuma sobre su piel. Gabrielle gimió y se agitó cuando tocó sus partes más íntimas. Sus caricias eran deliciosas. Estaba fuera de sí.

Cuando ya no pudo más, recogió el jabón y se acercó a Dell, estaba deseando devolverle el favor.

Enterró sus enjabonadas manos en el pelo corto y fuerte de Dell. Después bajó por su cuello y se concentró en sus musculosos hombros y en los brazos. Se detuvo también en el torso. Desde allí bajó hasta limpiar su estómago y más abajo aún, hasta su imponente erección. Cuando rodeó su miembro con los dedos, Dell no pudo contener un gemido. Comenzó a masajearlo lentamente, disfrutando al ver su rostro. Se sentía muy poderosa. Lo tenía, literalmente, en la palma de su mano. Después siguió acariciando su muslos.

Dell la besó con fiereza y sus cuerpos, lubricados por el jabón, resbalaron el uno contra el otro. Era una sensación deliciosa.

Después se sumergieron bajo el agua un segundo para deshacerse de la espuma.

Ella salió del agua riendo y sin poder ahogar un grito de sorpresa cuando él la tomó en brazos y dejó sobre la roca. Dell secó con cuidado su piel y, sin dejar de mirarla con picardía, abrió el paquete de la crema de chocolate.

No dejó de reír mientras él cubría sus pezones con la viscosa crema. Después pintó un caminito sobre su estómago y le separó las rodillas para dejar caer un poco más de chocolate sobre los delicados pliegues de su sexo.

No podía dejar de temblar. Estaba impaciente. Gritó cuando Dell rodeó con los labios uno de sus pezones. Centímetro a centímetro, fue comiendo y lamiendo el chocolate. Era una sensación increíble. Como la de estar sobre una fría roca. Lejos de estar incómoda, el dolor le daba más placer aún. Con él todo era nuevo y muy excitante.

Dell sujetó sus rodillas con las manos y se inclinó sobre ella para lamer el chocolate que había vertido entre sus piernas. Se quedó sin respiración al notar por primera vez su cálida y sedosa lengua en un lugar tan íntimo. Arqueó su cuerpo hacia él, estaba perdiendo el control por momentos. Él introdujo la lengua en su interior y ella sintió que estaba suspendida en otra dimensión, envuelta en un mar de sensaciones del que no quería salir nunca. Notó cómo un fuerte orgasmo comenzaba a cobrar fuerza en su interior y le sorprendió la rapidez con la que Dell podía hacerle llegar al clímax. Agarró con fuerza el

pelo de ese hombre y lo levantó hacia las caderas. No había palabras para describirlo.

No pudo evitar gritar su nombre. Era el orgasmo más intenso que había sentido nunca. No podía respirar ni moverse.

Pero intentó recomponerse deprisa. Quería llegar a conocer el cuerpo de Dell como él conocía el suyo. Lo besó con fuerza. Sabía a chocolate y a ella misma. Hizo que se tumbara a su lado en la roca y comenzó a pintar con chocolate sus lugares más estratégicos. Después, lamió y mordisqueó sus pezones, el estómago y bajó hasta llegar al premio final, que esperaba erecto a que le dedicara toda su atención.

Dejó de lado sus miedos. Era algo que no había hecho nunca y temía no hacerlo bien, pero decidió que lo que le faltaba de experiencia lo supliría de sobra su entusiasmo. Introdujo el extremo de su miembro en la boca y se dejó llevar por las sensaciones. Su sedosa piel, el chocolate y los gemidos de Dell. Su intuición le dijo lo que tenía que hacer y le servían de guía los jadeos de ese hombre. Se sentía muy poderosa y le encantó escuchar cómo Dell inhalaba aire entre los dientes y contenía la respiración de vez en cuando. Era como si estuviera haciéndole el amor con la boca. Sus movimientos eran suaves y lentos. Poco a poco fue incrementando el ritmo, hasta que notó que él estaba fuera de control.

—¡Ah! ¡Gabby! ¡No puedo más!

Se detuvo y, agarrando con cuidado su pene, lo sostuvo entre los pechos. Segundos después, el lanzó un grito animal y eyaculó sobre su piel. Fue una experiencia increíble. El cuerpo de Dell temblaba y se sacudía sin control. Se sintió orgullosa de haber conseguido que disfrutara tanto.

Hasta ese instante, no había sido consciente de que tuviera esos talentos ocultos.

Cuando él se recuperó, la tomó de la mano y se metieron de nuevo en el agua para refrescarse. Se colocó detrás de ella.

—Ha sido... Ha sido increíble —le susurró al oído.

—Para mí también —repuso ella—. Nunca había tenido... Bueno, nunca había sentido tanto ni con tanta fuerza.

Él se rió, parecía estar muy orgulloso de sus dotes de amante.

—¿Aún recuerdas tu nombre?

—Sí.

—Entonces, aún no hemos terminado contigo —le dijo él mientras la

llevaba hacia el campamento.

Inclinado sobre Gabby dentro de la tienda que habían montado en pocos segundos, Dell la miró maravillado. No podía creer lo que había cambiado esa mujer delante de sus ojos. Su pelo estaba revuelto y le daba un aire salvaje. Sus verdes ojos brillaban llenos de deseo y su boca era la fruta más apetitosa que había visto en su vida.

Pensó que, si alguien le hubiera dicho unos días antes que Gabby Flannery iba a proporcionarle el mejor sexo oral de su vida, no lo habría creído.

Si alguien le hubiera dicho que iba a ser la amante menos cohibida y salvaje, tampoco lo habría creído.

Y si le hubieran avisado de que se iba a sentirse celoso de los hombres con los que ella iba a estar en el futuro, se habría echado a reír.

Pero estaba siendo así. Estaba encima de ella y deseando estar por fin dentro de su cuerpo. No podía dejar de pensar en que algún día ella estaría compartiendo esas intimidades con otros hombres.

—Dell, no me hagas suplicar —le susurró ella—. Hazlo ya.

Se deslizó con fuerza en su interior. La explosión de sensaciones fue tan poderosa, que todo su cuerpo tembló.

Supo al instante que no quería salir de allí, quería quedarse dentro de Gabby para siempre.

Unos segundos después, sin embargo, se salió, pero sólo para volver a deslizarse dentro. Esa vez más despacio, quería prolongar al máximo las extraordinarias sensaciones que estaba viviendo. Elevó las rodillas de Gabby por encima de sus caderas, quería estar aún más dentro. Y ella lo rodeó con sus largas piernas.

Estaba fuera de sí, sabía que, si no se controlaba, se desarmaría en cualquier momento.

Gabby también parecía fuera de control. Le faltaba la respiración y movía la cabeza sin parar. Agarraba con fuerza sus nalgas y le seguía el ritmo a la

perfección.

—¡Más fuerte, Dell, más fuerte!

Sintió una fuerte descarga de adrenalina. No se parecía a nada que hubiese sentido en el pasado. Ella le estaba clavando las uñas en la espalda, era como un lenguaje secreto, sin palabras, que le decía qué era lo que más le estaba gustando.

—¡Oh, sí! ¡Así, así, Dell! ¡Es perfecto! Perfec... ¡Aaaah!

Notó cómo Gabby se tensaba a su alrededor, después gritó y se quedó semiinconsciente. Él no aguantó mucho más y se dejó llevar con una intensidad inusitada.

Segundos después estaban abrazados, agotados, felices. Él apoyaba la cabeza en los pechos de Gabby y escuchaba con atención el ritmo de su corazón.

Estaba completamente exhausto, física y emocionalmente. Intentó convencerse de que era por culpa del agotamiento de los últimos días, pero de repente se dio cuenta de que había algo más.

No recordaba ni su propio nombre...

A pesar de lo cansado que estaba, Dell apenas durmió. Se quedó despierto mucho tiempo reviviendo en su mente lo que acababa de ocurrir. Había sido increíble. Creía que parte de la atracción que había sentido por ella y que había concluido con esa noche de pasión se había debido a una especie de complejo de profesor que debía de haber estado sufriendo. Quería ser él quien sacara a Gabby de su letargo sexual. Y parecía que lo había conseguido.

Después no pudo dormir porque su mente se fue por caminos peligrosos. Empezó a pensar en el futuro, en conseguir las cosas que de verdad importaban, en lo que le hacía feliz... Esas cosas sólo conseguían ponerle nervioso y acabar con ardor de estómago, como ya le había pasado antes.

Así que intentó pensar en otra cosa, un terreno que conocía a la perfección. Quería tranquilizarse y conseguir dormir y empezó a pensar en su trabajo. Se acercaba el final de la competición y no sabía muy bien cómo salir del atolladero en el que se había metido. Las cosas parecían estar cada vez más complicadas.

Si llegaban juntos al refugio, los dos conseguirían el mismo número de puntos y ella ganaría. Una cosa habían sido esos días en la montaña, se lo



había pasado bien con ella, pero la cuenta de CEG le importaba mucho, era una de las más importantes de la agencia y necesitaba hacerse con ella.

No se imaginaba haciendo de ayudante de Gabby Flannery. Era impensable.

La miró mientras dormía plácidamente y no pudo evitar sentir pánico en la boca de su estómago. Estaba seguro de que no sentía nada por ella. Estaba convencido de que eso no podría ocurrir. De ser así, acabarían teniendo una relación y con eso sólo conseguiría hacerle daño, porque tarde o temprano quedaría claro que él no era monógamo.

No estaba orgulloso de ello, pero al menos era sincero, con él mismo y con las mujeres con las que se acostaba.

Quería la cuenta de CEG. Sabía que lo haría mejor que ella. Gabby lo había distraído tanto durante la competición que ahora estaba doscientos cincuenta puntos por debajo de ella. Para ganar, tendría que llegar mucho antes que Gabby. Sabía que, si permanecía a su lado, estaba dejándole ganar y eso era algo que ella le había echado en cara desde el principio.

Él nunca había dejado que ninguna mujer se interpusiese en su carrera y no quería empezar entonces, porque eso significaría que sentía algo por Gabby.

Tomó la mochila, miró entristecido a la mujer que dormía a su lado y salió de la tienda.

El sonido de un timbre despertó a Gabrielle. Era su móvil. Alargó la mano para responder, pero dejó de sonar.

Era mejor así.

Se estiró y desperezó como un gato feliz. Tenía el cuerpo dolorido, sobre todo en algunas partes, pero no le importaba en absoluto. Había merecido la pena. Esa noche había sido la más increíble de su vida.

Además, aunque Dell le hubiera dicho que sólo era sexo y que no quería tener una relación con ella, estaba claro que durante la noche habían conectado a un nivel que no era sólo físico. Las caricias, la intensidad, las miradas... Tenía claro que nadie podía fingir esas cosas.

Quería ponerse a cantar, pero se controló, no quería que Dell se asustara. Cerró los ojos de nuevo y estiró los brazos hacia el otro lado de la tienda, donde estaba él.

Pero no estaba.

Abrió los ojos sorprendida. Se preguntó si llevaría mucho tiempo levantado. No entendía por qué no la había despertado.

El teléfono sonó de nuevo y se dio cuenta de que el sonido no procedía de su mochila sino de una esquina de la tienda.

Lo encontró y descolgó el teléfono.

—¿Diga?

Hubo silencio en el otro lado de la línea durante unos segundos.

—¿Gabrielle?

—Sí. ¿Quién es? —preguntó mientras suprimía un bostezo.

—Courtney Rodgers.

Eso sí que era una sorpresa.

—Hola, Courtney. ¿Qué querías? ¿Para qué me llamabas?

—Bueno, es que no te he llamado. Marqué el número de Dell.

Miró un segundo el móvil y se dio cuenta de que no era el suyo. Intentó

inventar una excusa rápidamente.

—¡Vaya! Lo siento. He contestado el móvil de Dell creyendo que era el mío.

—¡Ya! —repuso Courtney con tono condescendiente—. ¡Dios mío! No me digas que te has acostado con él.

Gabrielle se incorporó deprisa. El frío tono de esa mujer fue como un puñetazo en el estómago.

—Bueno, Courtney, creo que eso no es asunto tuyo.

La mujer se rió antes de hablar.

—Mira, Gabby, lo único que intento es prevenirte para que no cometas un grave error. ¿Es que no te das cuenta de que este fin de semana ha sido sólo un juego para Dell? Creo que hay apuestas en la oficina para ver cuánto tardaba en acostarse contigo. ¿No lo entiendes, Gabby? Todo ha sido una broma. ¡A tu costa!

No podía creer que fuera tan cruel. Intentó no echarse a llorar y apagó el teléfono. Creía que Courtney sólo estaba celosa. Estaba segura de que Dell no era de ese tipo de hombres.

Con el corazón en la boca, sacó ropa de la mochila y se vistió deprisa. Después salió de la tienda. Se puso de pie y lo buscó con la mirada.

No estaba por ninguna parte.

—¡Dell! —lo llamó—. ¡Dell! —siguió con más fuerza aún.

Cuando no contestó, comenzó a buscarlo por allí. Su ropa había desaparecido, también su mochila y su saco de dormir.

No podía creerlo y siguió llamándolo durante un buen rato.

Se pasó las manos por el pelo. La cabeza le daba vueltas.

Después de andar juntos hasta casi llegar al refugio y de convencerla para que pasara la noche con ella, con la promesa de sólo sexo, sin compromisos, parecía que Dell se había levantado temprano esa mañana para seguir sin ella y conseguir ganar la competición.

Sacudió la cabeza, no podía creerlo. Pero después vio la huella de las botas de Dell en el camino. Estaban frescas y se dirigían hacia el refugio.

Dell había luchado contra los mosquitos durante todo el camino hacia el refugio. Miró hacia atrás de nuevo. Le preocupaba que Gabby no estuviera ya allí. Estaba muy cerca del refugio, hasta podía ver ya el tejado.

No podía hacerlo. No podía hacerle una jugada así a Gabby, no después de que fuera él quien la convenciera para que aceptara el reto de la competición, no después de que ella le hubiera curado las heridas y caminado a su paso el día anterior. Había hecho un gran esfuerzo y se merecía la oportunidad de demostrar lo que era capaz de hacer.

La había traicionado, pero eso haría que Gabby no se hiciera ideas equivocadas sobre lo que había ocurrido la noche anterior. Creía que era mejor así. Además, así ella podría ganar la competición y sentir que lo había conseguido por sus propios méritos.

Estaba contento con su plan. Le molestaba no hacerse con la cuenta de CEG, pero a lo mejor era una señal y lo que le convenía era cambiar de ciudad y de trabajo, comenzar de nuevo.

Pensó que a lo mejor incluso se hacía con un perro.

—¡Dell! —lo llamó un hombre a sus espaldas—. Veo que nos has ganado.

Se giró y vio a Eddie Fosser y a Wally Moon acercándose a él con sonrisas en la cara. Aquello iba a dar al traste con sus planes.

—Hola. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Sí, en general ha estado bien, quitando la tormenta de la primera noche, claro —le dijo Eddie mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Lynda?

—No lo sé. Decidimos que era mejor seguir por separado.

—¡Ya! Bueno, vayamos al refugio a ver quién ha llegado ya —le dijo riendo—. Me pregunto dónde estará Gabrielle.

Dell tenía la misma duda. Miró de nuevo hacia atrás. Ella seguía sin aparecer y no le quedaba más remedio que seguir hasta el refugio, no podía decirles que había estado esperando allí para que ella lo adelantara y llegara primero.

Caminó con los otros dos hombres. Se sentía fatal. Lo único que le alegró fue ver que su todoterreno estaba esperándolo en el aparcamiento. El mecánico había hecho lo prometido, después de todo.

Llegaron al refugio y se encontraron con Karen y Joe. También estaban allí Lynda y Nick, que se habían rendido, y Mike y Elliot, que habían llegado la noche anterior. Wally explicó que se perdió y Eddie había tenido que volver sobre sus pasos para encontrarlo, así que insistió en que Eddie debía colocarse antes que él en la clasificación de llegada.

Todos compartieron anécdotas de esos días. Todos menos Nick y Lynda, que parecía que acababan de pasar un fin de semana en un balneario. El actor tenía

los ojos enrojecidos. Estaba seguro de que había tomado alcohol para desayunar o alguna otra sustancia.

—¿Dónde está Gabby? —le preguntó.

Dell intentó encontrar una excusa.

—Estoy aquí —dijo ella a sus espaldas.

Se giró y la miró. Tenía el mismo aspecto joven y saludable de siempre, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Sintió cómo el corazón le latía con fuerza. Se alegraba de ver que estaba bien, pero le costaba mirarla a los ojos después de lo que le había hecho.

—Pensé que Dell y tú habíais formado equipo —le dijo Lynda algo extrañada.

—Decidimos seguir por separado —contestó Gabby con una sonrisa—. ¿Verdad, Dell?

Hizo que se sintiera como un auténtico canalla.

—Así es.

—Muy bien, repasemos las puntuaciones —anunció Karen—. Mike y Elliot recibirán cada uno quinientos puntos. Ellos fueron los primeros en llegar. Después llegó Dell, así que recibe cuatrocientos puntos. Eddie consigue trescientos, Wally doscientos y Gabby cien.

Karen estuvo haciendo cálculos durante un par de minutos. Después levantó la cabeza y les dedicó una sonrisa agrisada.

—Mike Strong ha ganado la competición y recibirá un viaje con todos los gastos pagados al Gran Cañón del Colorado.

Todos aplaudieron con entusiasmo.

—En cuanto a la interesante batalla entre Gabrielle Flannery y Dell Kingston... Él ha conseguido seiscientos puntos en total y Gabrielle, quinientos cincuenta. Así que parece que Dell consigue la cuenta de CEG, pero sólo por cincuenta puntos —dijo Karen mientras miraba a Gabby a los ojos.

Aplaudieron de nuevo. Lynda parecía entusiasmada. Eddie, por supuesto, también parecía estar muy satisfecho y aliviado de que las cosas hubieran terminado como quería. Vio cómo se acercaba a Gabby y la felicitaba por sus esfuerzos. Ella estaba manteniendo la compostura a pesar de todo, no dejó ni un momento de sonreír.

Cuando por fin se quedó sola, se acercó a ella. Se sentía fatal.

—Hola.

—Hola —repuso ella sin dejar que su cara expresara nada.

—Gabby, tengo que explicarte algo. Yo...

—Encontré tu móvil —lo interrumpió ella mientras le daba el aparato.

Ni siquiera se había dado cuenta de que no lo llevaba encima.

—Te llamó Courtney. Lo siento, pensé que era mi teléfono y contesté por error.

Se imaginó que Courtney habría sido muy desagradable con ella.

Aunque él no era nadie para hablar, después de lo que le había hecho.

—Bueno, felicidades, Dell. Has ganado —le dijo con una sonrisa—. Estoy segura de que lo harás muy bien.

Quería disculparse, pero las palabras no salieron de su garganta.

—Si no quieres llevarme de vuelta a Atlanta, le preguntaré a los otros para ver si ellos pueden llevarme —le comentó Gabby.

—No —replicó él rápidamente—. Quiero decir, sí. Pensaba llevarte de vuelta a la ciudad. ¿Cómo iba a sobrevivir si el coche vuelve a estropearse? —añadió riendo con amargura.

—¿A qué hora?

—Después del desayuno. ¿Qué te parece dentro de una hora?

—Muy bien. Gracias.

—De nada...

Pero Gabby ya se había alejado de allí.

Dell se quedó allí mordiéndose el labio inferior y preguntándose por qué intentaba controlarse para no ir detrás de ella. La había mirado a los ojos y sabía que ella no quería nada más de esa relación, que no albergaba ningún tipo de ilusión sobre ellos dos. Eso era lo que él había querido. Eso y conseguir la cuenta de CEG.

Tenía las dos cosas, pero no estaba feliz. Todo lo contrario.

El trayecto de vuelta a Atlanta se le hizo larguísimo. Fueron tres duras horas durante las que rezó para que el coche se rompiera, para que ella se mareara, le diera un ataque alérgico o cualquier otra cosa que acabara con la tensión. No podía seguir así, en silencio y escuchando la respiración de Gabby.

Y lo peor era que no estaba enfadada, tampoco estaba callada por decisión propia. Se mostraba tan cordial como siempre, respondía a las preguntas o comentarios de Dell con normalidad, como si no hubiera pasado nada.

Pensó en explicarle lo que había ocurrido esa mañana. Decirle que se había portado mal al dejarla sola, pero que luego había cambiado de opinión. Aunque de poco le había servido, porque la llegada de Eddie Fosser había dado al traste con su plan. Sabía que las palabras no le iban a servir de nada, que no tenía justificación, que se había portado muy mal y no podía arreglarlo.

Se alegró al ver que estaban a punto de llegar a Atlanta.

—¿Quieres que te deje en el piso de tu amiga para que puedas recoger a tu perro?

—No, Tori está en la agencia. Ya me acercaré esta tarde para recoger a McGee. Puedes dejarme en cualquier estación de tren. Tomaré uno hasta mi barrio.

—No digas tonterías. ¿Dónde está tu edificio?

Le dijo cómo llegar hasta una casa un poco antigua y destartalada que estaba a un par de manzanas de la calle Peach. Estaba a pocos minutos andando de su moderno apartamento, pero los barrios eran completamente distintos.

Frunció el ceño al pensar en que quizás no fuera un edificio seguro. Sobre todo para una joven soltera como ella.

—Gracias —le dijo ella mientras abría la puerta del todoterreno.

Ni siquiera esperó a que se detuviera por completo.

—Voy a por tu mochila —le dijo él saliendo deprisa.

—No hace falta —repuso ella mientras abría el maletero—. Ya la tengo.

—¿Vas a pasarte hoy por la oficina?

—No —repuso con firmeza.

La forma en que lo dijo le hizo pensar que quizás se temiera que todos fueran a reírse de ella en la agencia.

—Bueno, gracias otra vez —le dijo ella.

—Nos vemos mañana.

Lo dijo sin pensar, pero se dio cuenta en ese instante de que le apetecía mucho verla de nuevo.

Pero Gabby ya estaba en la acera y no miró atrás. Se dirigió con decisión a la puerta del edificio. Parecía que podría caerse en cualquier momento por culpa del peso de la mochila, pero supo que no lo haría. Su seguridad y su personalidad habían crecido delante de sus ojos durante el fin de semana. Era una Gabby distinta, más fuerte y menos torpe.

Se metió de nuevo en el coche y vio que Gabby había dejado olvidados unos papeles. Parecía un artículo arrancado de una revista. Era lo que le había visto leer varias veces durante esos días. Se titulaba *Descarga de adrenalina*. Parecía uno de esos artículos de autoayuda. Leyó algunos párrafos.

*Visualiza qué es lo que quieres y convéncete de que tienes que intentar conseguirlo, porque nada malo puede salir de esa experiencia.*

En el margen, Gabby había escrito el nombre de la empresa por la que pugnaban los dos. El corazón le dio un vuelco. La ropa nueva, el nuevo peinado, la seguridad que mostraba... Todo era parte del programa que había diseñado para conseguir algo que deseaba de verdad, algo que no había sabido cómo conseguir por sus propios medios. Se había arriesgado y le habían dado una puñalada por la espalda.

Y él había sido el culpable.

Levantó la vista y miró a Gabby. Estaba sujetando la puerta del edificio para que pasara una anciana cargada de bolsas.

Se acordó de que ella le había preguntado mientras andaban que qué era lo que le hacía feliz. Se dio cuenta de que, en ese momento, no estaba nada feliz con su vida.



Tori abrió la puerta con McGee en sus brazos.

—¡Has vuelto!

Gabrielle alargó las manos para recoger a su perro. Se había puesto unas gafas de sol enormes. A pesar de que todo, se había pasado casi todo el día llorando. Esperaba que su amiga no se diera cuenta.

—¿Por qué llevas las gafas puestas?

—No sé. Supongo que me he acostumbrado a ellas. No me las he quitado en todo el fin de semana.

Tori se acercó a ella con suspicacia.

—Tienes la nariz roja. ¿Has estado llorando? —le preguntó mientras le quitaba rápidamente las gafas—. Sí. Has estado llorando.

Gabrielle suspiró.

—No es nada. Será algo hormonal, no sé.

—Todo el mundo sabe que perdiste la competición. No pasa nada. Ya sabías cuando te fuiste que lo más seguro era que Dell se hiciera con la cuenta.

—Ya. No sé. Supongo que me había hecho ilusiones.

—Ya te dije que no iban a dejar que gente como nosotras nos pusiéramos a su altura, Gabrielle. Piensa que fueron unos días de vacaciones pagadas y ya está.

—Sí, tienes razón.

—Tengo clase de yoga, pero ¿por qué no te quedas un rato? Tengo un cuarto de hora, más o menos —le dijo Tori mientras se apartaba para que entrara en el piso.

—No, gracias. Sólo he venido a recoger a McGee y darte algo —repuso mientras sacaba un sobre del bolso.

—¿El autógrafo de Nick Ocean?

—Algo así.

Tori abrió el sobre y miró en su interior.

—¿Calzoncillos?

—Son de él.

—¿Los calzoncillos de Nick Ocean? —exclamó incrédula.

—Sí. Tiene sus iniciales bordadas por dentro.

—¿Cómo los conseguiste?

—No puedo decírtelo —respondió mientras se iba.

Era más divertido dejar que Tori dejara volar su imaginación que decirle que se los había robado mientras Nick se bañaba desnudo en el río.

—Te veo mañana en la oficina —le gritó Tori—. ¡De vuelta a la cruda realidad!

No miró atrás. No quería que su amiga viera que había vuelto a llorar.

No podía dejar de pensar en la realidad. Creía que ella sólo era una fracasada que había creído que podía darle un giro a su vida sólo con los consejos de una revista. Lo peor era que se había enamorado de un hombre que estaba fuera de su alcance y que la había utilizado para acostarse con ella y ganar la competición a su costa.

La retó para que participara en la competición, para que saltara del puente y para que se acostara con él. Ella había confiado en él por completo y él se había aprovechado de sus debilidades.

Respiró profundamente, tenía que recomponerse y estar más tranquila para cuando fuera a ver a Bruce Noble a la mañana siguiente.

Gabrielle llegó temprano a la agencia al día siguiente. Se había puesto un elegante y sexy traje azul marino. Se sentía fuerte y segura. Fue directa hasta el despacho de Bruce Noble.

En la carpeta que llevaba debajo del brazo estaba su carta de dimisión.

Esa agencia no había apreciado su talento durante los años que había trabajado allí. Ahora estaba decidida a empezar de nuevo y a hacerlo con fuerza y decisión.

Llegó ante la puerta del despacho de su jefe, respiró profundamente y llamó con los nudillos.

—Pasa —le dijo Bruce.

—Buenos días, Bruce —saludó mientras abría la puerta—. ¿Puedo robarte un minuto?

—Por supuesto, Gabrielle. Por favor, pasa y siéntate.

—No, gracias, sólo he venido para darte...

—Precisamente Dell y yo estábamos hablando de tu futuro en esta agencia.

—¿Dell?

Se giró de prisa y vio a Dell sentado en una de las sillas del despacho. Le sonrió brevemente.

Ella se concentró de nuevo en Bruce, creía que Dell iba a intentar desacreditarla delante de sus narices. Temía que fueran a despedirla antes de que pudiera dimitir.

—Por favor, Gabrielle, siéntate —insistió Bruce.

Se sentó e intentó calmarse. Pero estaba nerviosa. Tenía las emociones demasiado a flor de piel como para poder fingir frialdad y parecer profesional.

Sabía que Dell la estaba mirando. Lo podía sentir. Estaba seguro de que creía que era una auténtica idiota. Además de predecible y débil.

—Como te decía, Dell y yo estábamos hablando de tu futuro en la agencia. Tengo la satisfacción de anunciarte que tú serás la encargada de la cuenta de CEG.

Estaba tan conmocionada como confundida. Miró a su jefe, a Dell y de nuevo a su jefe.

—Pero... No lo entiendo. Dell ganó la competición.

—Y Dell me ha dado una magnífica carta de recomendación en la que describe lo bien que lo has hecho este fin de semana, hasta qué punto conoces los productos, tu habilidad para el liderazgo, tu buena disposición a la hora de probar cosas nuevas, etcétera.

Se sonrojó al recordar que había hecho muchas cosas nuevas durante esos días. A pesar de su apuro, se obligó a mirar a Dell.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza.

—¿Vas a participar tú de alguna manera en la cuenta? —le preguntó a Dell.

Quería saber hasta qué punto iba a tener que relacionarse con ese hombre y cuáles eran las condiciones específicas del acuerdo. Quería estar segura antes de deshacerse de su carta de dimisión.

—Bueno, lo cierto es que he decidido dejar la agencia.

—¿Dejar la agencia? —repitió ella con incredulidad.

No podía creerlo.

—Acabo de aceptar su carta de dimisión —intervino Bruce.

—Pero, ¿qué es lo que vas a hacer? —preguntó ella—. Bueno, perdona. No es asunto mío.

—No pasa nada, puedes preguntar. Pero la verdad es que no tengo planes de momento. Alguien me preguntó una vez qué era lo que me hacía feliz y voy a tomarme un poco de tiempo libre para pensar en ello.

Tragó saliva y apartó la mirada. Le sorprendió que se acordara de lo que le había dicho.

—Felicidades, Gabrielle —le dijo Bruce mientras se levantaba para estrechar su mano.

—Gracias —repuso ella aceptando el gesto.

No podía creerse que su vida hubiera cambiado tanto en un par de minutos.

—¿Qué es lo que querías tú, Gabrielle? ¿Qué querías darme?

Miró la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—No era nada, Bruce. Gracias por confiar en mí.

—De nada, Gabrielle. Pero si has conseguido la cuenta es porque la mereces, por tu talento y tu trabajo. No tienes nada que agradecerme.

Asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, creo que nosotros también hemos terminado —le dijo Dell a Bruce—. Me pasaré después para hablar de algunos asuntos pendientes.

Cuando salieron al pasillo, esperó a Dell para hablar con él.

—Gracias, Dell. La verdad es que no sé qué decir.

—Ya te lo ha dicho Bruce, el mérito es todo tuyo.

—Siento que te vayas —repuso ella midiendo mucho sus palabras.

Dell la miró con una sonrisa triste.

—Me cuesta creerlo —le dijo mientras sacaba un sobre del bolsillo de su chaqueta—. Esto no sirve para resarcirte por cómo te he tratado estos días, pero espero que lo aceptes como una disculpa. Una disculpa por todo.

Le dio el sobre y desapareció dentro del ascensor.

Atónita, miró el sobre y lo abrió. Era una foto. Su corazón latía a mil por hora.

Se vio a sí misma saltando desde el puente. Tenía una expresión de absoluta felicidad en el rostro. Se había arriesgado, pero al final el salto había merecido la pena.

Levantó la vista hacia el ascensor, ya cerrado. Dell había conseguido conmoverla con su disculpa y con ese detalle. Parpadeó un par de veces para reprimir las lágrimas. El dolor estaba consumiéndola por dentro y esperaba

con todas sus fuerzas que Dell estuviera dispuesto a aceptar el riesgo de que estuvieran juntos.

—¿Tienes la sección de cultura y ocio? —le preguntó Gabrielle a McGee.

El perro ladró, mordió el periódico y se lo subió al sofá, donde estaba sentada leyendo la prensa del sábado.

—¿Sabes que eres el perro más listo del mundo?

McGee ladró de nuevo.

Se concentró en el periódico.

El actor Nick Ocean ha sido fotografiado consumiendo cocaína en una fiesta, decía un titular.

Se quedó helada. Tenía claro que los directivos de CEG no iban a ver con buenos ojos esa faceta de Nick. Sólo llevaba una semana al frente de la cuenta y ya había surgido el primer gran problema. Pero no le importaba, estaba encantada con sus nuevas responsabilidades.

—Bueno, sólo era cuestión de tiempo que sus vicios salieran a la luz. Cuanto antes mejor.

McGee ladró para darle la razón a su dueña.

—Creo que los calzoncillos que le di a Tori habrán subido de valor.

Sonó el timbre y se levantó del sofá.

—Seguro que es ella y su novio, el perrito caliente.

Era un tipo un poco raro, pero agradable. Estaba muy contenta por su amiga. Abrió la puerta. Pero no era Tori, sino Dell el que la esperaba en el umbral. Llevaba vaqueros y una camisa y la miraba con cautela, casi con miedo.

—Hola, Gabrielle.

No podía respirar.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablarte de mi nuevo trabajo.

—¡Ah!

No entendía nada. Se convenció de que sólo estaba allí por compasión, porque sabía que se había portado mal con ella y quería enmendar su actitud.

—¿En qué trabajas ahora?

—Soy el nuevo portavoz de CEG.

Aquello era increíble.

—¿Qué? Me estás tomando el pelo.

—No. Acaban de echar a Nick Ocean y creo que también van a despedir a Lynda Gilbert. La pillaron borracha en horas de trabajo.

—Acabo de leer lo de Nick —contestó ella—. Bueno, él pierde, pero tú ganas.

—Sí, gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí. Nunca te lo he dicho, pero si fallé en las pruebas de los primeros días y me comporté con torpeza fue porque no podía dejar de mirarte, en vez de concentrarme en lo que tenía que hacer.

Se mordió el labio inferior e intentó ignorar sus palabras. Creía que sólo estaba intentando ser amable.

—¿Y qué tiene eso que ver con obtener el puesto de portavoz de CEG?

—Al parecer, Joe tomó muchas fotos en las que salgo haciendo el tonto. Cuando ocurrió lo de Nick Ocean, se las mandó a la gente indicada.

—Parece una gran oportunidad para ti.

—Voy a poder enseñar y hacer de guía. También tendré la oportunidad de asesorar y tomar decisiones sobre los nuevos productos —le explicó con una sonrisa cálida—. Voy a poder hacer las cosas que de verdad me hacen feliz.

Ella asintió. Estaba contenta por él, pero acababa de complicarle mucho las cosas. Le iba a ser muy difícil superar lo de Dell si iba a tener que verlo continuamente como portavoz de CEG.

—Entonces, ¿vas a quedarte en Atlanta?

—Sí, puedo vivir donde quiera.

—Y, ¿quieres vivir en Atlanta?

—Sí. Porque tú estás aquí, Gabrielle.

Se quedó de nuevo sin aliento.

—¿Yo?

—Me has hecho pensar mucho estos días. He reflexionado sobre la dirección en la que iba mi vida. He pensado en cómo quiero pasar mis días y con quién quiero pasarlos. Y quiero pasar mi vida contigo. Si me dejas, claro, después de lo mal que me he portado...

—¿Cómo? —preguntó atónita.

—Lo que intento decirte es que estoy enamorado de ti, Gabrielle.

Estaba sin aliento y el cerebro tampoco parecía funcionarle. No creía haber entendido lo que acababa de decirle.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Que estoy enamorado de ti. Siento muchísimo lo que hice al final de la competición. Creo que me di cuenta de que sentía algo por ti y... Y eso me asustó mucho. Quería alejarte de mí.

Sus palabras estaban consiguiendo que la cabeza le diera vueltas, pero tenía que tener en cuenta que era Dell el que le hablaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Es esto otra broma de las tuyas, Dell? Porque no tengo la energía para...

—¿Me quieres?

—¿Qué? —preguntó ella mientras se limpiaba los ojos con las manos—. No puedes preguntarle eso a la gente. ¿Y si te digo que no?

—Dime que sí —le dijo él con los ojos llenos de esperanza.

Se cruzó de brazos, las lágrimas caían ya libres por sus mejillas.

—Pero, ¿y si decir que sí da demasiado miedo?

—Dilo de todas formas —repuso él mientras tomaba sus manos.

Tenía el corazón en la garganta y estaba dispuesta a saltar.

—Di que sí —insistió él—. Venga, Gabrielle. ¿A que no te atreves?

Siempre conseguía convencerla con sus desafíos.

Miró a Dell y se dio cuenta de que había cambiado. Ella tenía ahora un sitio en su vida. Lo que le estaba pidiendo le daba más miedo que saltar en paracaídas. Sintió una descarga de adrenalina recorriendo su cuerpo.

—Sí —murmuró ella.

Él dio un grito de júbilo y la levantó entre sus brazos. No podía dejar de sonreír. Después, la dejó en el suelo y la besó con una pasión indescriptible. Fue el beso más largo de su vida. Estaba fuera de sí, por fin había encontrado al hombre de su vida. No solía creer en fantasías ni en sueños que se hicieran realidad, pero todo estaba cambiando.

Dell estaba haciendo que se derritiera con sus besos, sabía que el reencuentro iba a ser espectacular.

Se separó de él unos centímetros.

—¿Quieres pasar?

Dell miró a su alrededor y vio lo que había en el salón. Se le iluminaron los ojos.

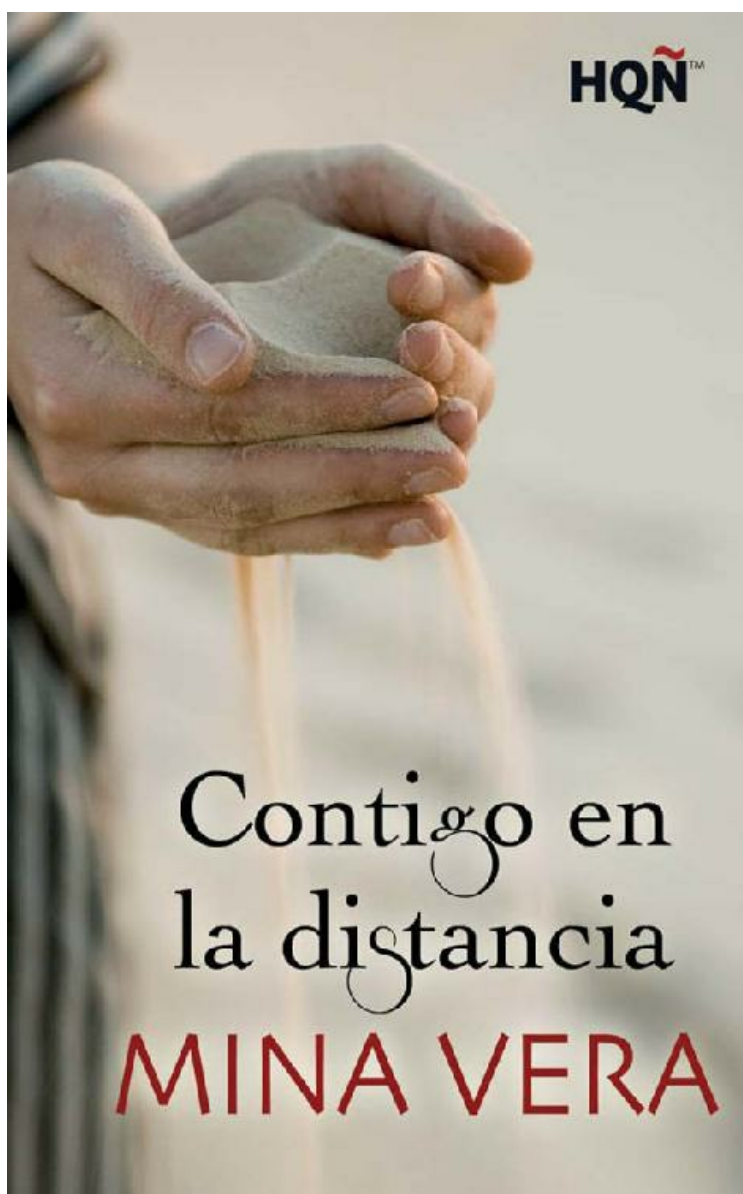


—¿Vas a enseñarme la tienda por dentro? —le preguntó insinuante.

—Desafíame.

Sonrió y cerró la puerta. Tomó la mano de Dell y lo llevó hasta allí.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)